BREVE HISTORIA de la...

GUERRA ANTIGUA Y MEDIEVAL

F. Xavier Hernàndez y Xavier Rubio

La historia del desarrollo inicial de la tecnología militar y su evolución táctica y estratégica. Desde la aparición de los primeros ejércitos jerarquizados en la antigüedad y el uso del estribo y las sillas de montar hasta los piqueros, los almogávares, los ballesteros, los arqueros y el surgimiento de las primeras armas de fuego.

nowtilus

BREVE HISTORIA DE LA GUERRA ANTIGUA Y MEDIEVAL

Francesc Xavier Hernàndez Cardona
Xavier Rubio Campillo

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título:	Breve historia de la guerra antigua y medieval
Autor:	© Francesc Xavier Hernàndez Cardona
	© Xavier Rubio Campillo
Director de Colección:	José Luis Ibáñez
Editores:	Graciela de Oyarzábal
	José Luis Torres Vitolas

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: NicandWill
Diseño del interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las corres pondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-975-0

Printed in Spain

A todos los amigos y amigas
del grupo de investigación
Didáctica del patrimonio y, muy especialmente,
a los que han participado en las excavaciones
arqueológicas en los campos de batalla
de Almenar, Cardedeu, Gandesa,
Ciudad Universitaria, Talamanca,
Prats de Rei, Ordal y Monjos…

Índice

Capítulo 1: Guerras lejanas
- Guerras de la Prehistoria
- Primeras civilizaciones, primeros ejércitos
- Fortificación y seguridad
- Armas de bronce y hierro

Capítulo 2: 1914: La revolución griega
- Nuevos ejércitos: los invencibles hoplitas
- La marina de guerra
- La aventura de Alejandro
- Máquinas de guerra

Capítulo 3: La hora de Roma
- Las legiones
- Ingeniería militar
- Los enemigos de Roma
- El Bajo Imperio y sus herederos

Capítulo 4: De Arabia a América
- La increíble expansión árabe
- Vikingos: los aventureros del mar
- Los grandes imperios orientales
- La marea mongol
- Guerra en América

Capítulo 5: El ascenso de los caballeros
- Los caballeros feudales
- La vida en el castillo
- Las Cruzadas
- Las grandes batallas

Capítulo 6: El ocaso feudal

Vuelve la infantería
Ciudades inexpugnables
Armaduras para todos
Las marinas de guerra

Epílogo

Bibliografía

1

Guerras lejanas

Guerra de la prehistoria

El concepto *guerra* es polisémico, pero hay consenso en considerar que una guerra es un conflicto violento entre humanos en el cual se utilizan instrumentos o armas, es decir, tecnología, en el que participan ejércitos o grupos, más o menos organizados y que, usualmente, tiene por objetivo primario dominar directa o indirectamente un entorno espacial y, de manera subsidiaria, sus recursos naturales, humanos o económicos. En definitiva, una interacción violenta entre humanos, instrumentos, máquinas, espacios y recursos. A menudo el proceso cuenta con cobertura ideológica, desarrollo de ritos, convenciones o reglamentos, que se imponen voluntariamente los participantes.

Sin embargo, la arqueología evidencia que los más remotos enfrentamientos humanos tal vez tuvieran como objetivo la simple obtención de alimentos. En numerosos yacimientos con restos de género *Homo* se ha podido comprobar que los huesos aparecen con marcas de procesos de descarnación y que fueron fracturados para obtener el tuétano. Tales operaciones solo se explican a partir de prácticas de canibalismo. Tal es el caso de los restos de la Sima de los Huesos de la sierra burgalesa de Atapuerca que hacen pensar en conductas violentas, organizadas y colectivas, practicadas hace ochocientos mil años, durante el Paleolítico Inferior, por el denominado *Homo antecessor*.

Durante el Paleolítico Medio (100000-50000 a. C.) el *Homo neanderthalensis* practicó el canibalismo de manera asidua. Todo parece indicar que los neandertales cazaban todo tipo de animales, incluso a los de su propia especie, tal como se puede comprobar a partir de numerosos yacimientos, como, por ejemplo, el de la cueva del Sidrón, en Asturias, que cuenta con unos cuarenta y tres mil años de antigüedad. Precisamente, entre las teorías que se consideran para explicar la extinción de los neandertales, una de ellas especula con su canibalismo endogámico, factor que podría haber contribuido a su decaimiento demográfico. Por el contrario, los restos arqueológicos asociados al *Homo sapiens sapiens* no muestran un comportamiento similar, tal como atestiguan los sistemáticos ritos de inhumación y protección de los muertos, lo cual les dio finalmente una mejor estrategia de supervivencia y evolución.

Es obvio que resulta inquietante la consideración de que los humanos evolucionaran gracias, o a pesar de una componente, el canibalismo, que resulta incomprensible, y condenable, para las mentalidades contemporáneas. A su vez, el canibalismo implicaba cacerías o enfrentamientos entre seres de la misma especie y, en definitiva, prácticas asimilables al concepto de *guerra*.

Teniendo en cuenta este contexto previo no es de extrañar que los *Homo sapiens*, en ocasiones, se hayan mostrado propensos a solucionar sus diferencias apelando al exterminio de sus semejantes, aunque lo que parece el éxito de su evolución tuvo que ver con estrategias participativas que obviaban la práctica sistemática del canibalismo respecto al propio grupo.

En general, los *Homo sapiens* son sociales y acostumbran a cooperar y dialogar para solucionar sus problemas. Aunque la mayoría de las culturas y civilizaciones se han desarrollado sobre bases solidarias, la guerra ha formado parte del devenir humano si bien como situación excepcional. Sin entrar en un juicio de valores sobre su ética, es un fenómeno que ha existido y existe, y naturalmente las guerras también han decidido la historia, dicho lo cual no vamos a insistir en la obviedad de que la guerra es una práctica contradictoria con la dinámica evolutiva y de socialización de la humanidad.

Como se ha señalado, la guerra es un fenómeno transversal y transtemporal que no necesariamente debe relacionarse con el desarrollo tecnológico, político o social. Sociedades de cazadores-recolectores de la Prehistoria o de periodos recientes han practicado la guerra con el mismo empeño que las sociedades neolíticas, las industriales o las postindustriales.

Las fuentes y la documentación sobre los pueblos cazadores-recolectores o sobre los agricultores incipientes, de tiempos más o menos cercanos, evidencian que la guerra formó parte de la realidad y práctica de algunos de ellos.

A finales del Paleolítico Superior, hace unos doce mil años, los grupos de cazadores y recolectores organizados en bandas erráticas dieron paso a nuevas y complejas formas de organización social en la medida que se extendían las prácticas agrícolas y ganaderas. La jerarquización social fue en aumento y finalmente aparecieron sociedades de jefatura, en las que caudillos permanentes o circunstanciales contribuían a la redistribución de recursos y a la organización de tareas complejas. En esta dinámica de nuevos marcos sociales que apuntaban a las tribus, los enfrentamientos entre humanos continuaron siendo una práctica usual. El mito del «buen salvaje» prefigurado por el pensador suizo del siglo XVIII Jean-Jacques Rousseau y el del «comunismo primitivo» que imaginaban, a finales del siglo XIX, autores del materialismo histórico como Friedrich Engels difícilmente pueden sostenerse hoy a partir de las evidencias arqueológicas.

El Paleolítico Superior acabó hace doce mil años aproximadamente, en algunos lugares de Europa occidental pervivieron las mismas formas de vida basadas en la caza y la recolección en lo que se conoce como periodo Epipaleolítico. En Oriente Próximo, el final del Paleolítico dio paso al Neolítico, caracterizado por el desarrollo de la ganadería y la agricultura que, en sucesivos periodos, se extendió hacia Europa, el norte de África y Extremo Oriente.

En el Epipaleolítico y el Neolítico encontramos ya evidencias de confrontaciones sistemáticas entre humanos. En la villa de Talheim (en el actual estado alemán de Baden-Wurttemberg), los arqueólogos localizaron restos de los resultados de un enfrentamiento violento entre humanos. Hace unos siete mil años, las llanuras del centro y sur de la actual Alemania estaban ocupadas por agricultores. Cultivaban cereales y en sus confortables granjas había bueyes, vacas y cerdos. Su instrumental de piedra era muy eficaz y contaba con hoces de sílex, raspadores, raederas para preparar pieles, punzones, etc. Las hachas de piedra pulimentada respondían al tipo conocido como de «horma de zapato».

Las excavaciones de los poblados invitan a pensar en pueblos pacíficos con aldeas localizadas en llanuras y sin muros defensivos. Pero, entre 1983 y 1984, las excavaciones de Talheim revelaron restos inquietantes: una fosa común con los restos de dieciocho adultos y dieciséis adolescentes y niños. No había ningún niño menor de cuatro años. Todos los cadáveres identificados pertenecían a

personas que habían muerto de forma violenta. La mayoría recibieron el primer golpe cuando estaban de pie, probablemente huyendo. Cuando cayeron al suelo fueron brutal y reiteradamente golpeados. Sus cuerpos tenían las señales terribles de los instrumentos de ataque: las hachas de «horma de zapato». Recibieron golpes diestros en la bóveda craneal, en la nuca y en los temporales. También sufrieron heridas punzantes muy profundas, que afectaban incluso a los huesos pélvicos. El estudio detallado demostró que algunos individuos habían recibido simultáneamente golpes por todo el cuerpo. Habían sido atacados por más de una persona y que, una vez muertos, los agresores se ensañaron con sus cadáveres.

Por supuesto, se desconocen las causas del brutal enfrentamiento, solo sabemos que los agresores utilizaban, como los agredidos, hachas de «horma de zapato». Probablemente fue una guerra entre grupos de campesinos vecinos. Sorprende también la ausencia de niños pequeños… Tal vez fueron secuestrados, el resto del grupo sucumbió totalmente en el ataque. Si hubiese habido supervivientes, los cadáveres habrían tenido una sepultura de acuerdo con sus rituales de muerte. No fue este el caso.

Este ejemplo de masacre entre campesinos no es el único que conocemos. En las localidades de Asparn-Schletz (Austria) y Manheim (estado de Baden-Wurttemberg, Alemania) también se localizaron yacimientos neolíticos con brutales masacres. Pero los europeos no eran los únicos campesinos irascibles. Las potentísimas murallas de Jericó (Palestina), levantadas a partir del VIII milenio a. C., indican que las sociedades neolíticas de Oriente Próximo conocían el miedo y la violencia.

Recreación de la fosa de Talheim (Baden-Wurttemberg, Alemania). Los restos localizados por los arqueólogos pertenecen a familias que podían estar emparentadas y que fueron aniquiladas en un ataque fulminante en el que se utilizaron hachas pulimentadas. Ilustración de Mar H. Pongiluppi.

Las pinturas rupestres del Levante de la península ibérica evidencian también, a manera de crónicas gráficas, singulares situaciones guerreras que se daban en los milenios V y IV a. C.

En el Cingle de la Mola Remigia (en el municipio castellonense de Ares del Maestre, en España), el abrigo número 9 cuenta con una pintura de pequeño tamaño, de apenas un metro cuadrado, que muestra dos grupos de guerreros enfrentados, uno compuesto por veintidós arqueros y otro de trece o catorce. El grupo más numeroso tiene una primera línea que avanza contra los enemigos; está formado por diez u once arqueros, algunos llevan los arcos en tensión, prestos a disparar, otros se dirigen contra el adversario a la carrera. Detrás de ellos, en la parte superior, hay otro grupo; es un retén de reserva formado por ocho guerreros. Llevan arcos con tres o cuatro flechas; encabeza el grupo un individuo de mayor tamaño, tocado con un gorro, quizás con plumas. Parece que todos van desnudos, ya que muestran prominentes órganos sexuales. Los «enemigos», en menor número, están situados a la derecha. Disparan sus arcos y puede que uno esté muerto. También parecen ir desnudos, pero sus órganos sexuales son menos prominentes.

Si aceptamos que detrás de cada hombre hay un entorno familiar de cinco o seis personas, la lucha implica a un grupo de un centenar de personas con otro de sesenta o setenta. Por descontado, lo que se representa es un combate organizado con un pensado despliegue táctico.

En el abrigo de Les Dogues, cerca del anterior, otra pintura de pequeñas dimensiones muestra otro combate entre dos grupos de arqueros, uno de diecisiete y otro de diez. El grupo más reducido está formado por una avanzadilla de cuatro arqueros. Tres de ellos están disparando sus arcos; a su espalda hay uno de mayor tamaño que los demás, es el personaje principal y está en plena acción; va tocado con plumas en la cabeza, en los tobillos y, quizás, en la cintura. Es, evidentemente, el que se lanza con más denuedo contra los adversarios. Detrás hay un segundo grupo de reserva compuesto por seis arqueros, dos están disparando, los otros cuatro preparan sus arcos; llevan algunos tocados de plumas. Este grupo está conteniendo el embate de numerosos enemigos que avanzan en tres líneas de ataque con cuatro guerreros cada una. Ocho de ellos están a punto de tirar, pero las flechas contrarias están penetrando en su campo. El conjunto muestra una auténtica batalla entre grupos tribales. El inferior representa a unas cincuenta personas; el superior, a unas ochenta o noventa.

En la cueva del Civil (situada en el barranco de la Valltorta, en el municipio castellonense de Tírig) se conserva parcialmente la representación de lo que, sin duda, fue una gran batalla en la que se implicaron docenas de arqueros. Es otra muestra notable que nos informa de los combates prehistóricos. Pero las pinturas rupestres levantinas de temática bélica no solo representan guerreros luchando. En la cueva Remigia (barranco de Gasulla, Ares del Maestre, también en Castellón) asistimos a la representación clara de una ejecución. Se distingue un grupo de diez arqueros que, al parecer, han disparado contra una víctima que yace en el suelo con seis flechas en el cuerpo.

Las escenas descritas y muchas otras de la pintura rupestre levantina nos muestran claras escenas de guerras tribales que, obviamente, eran un referente importante y cotidiano para las gentes del momento.

Combate entre arqueros. Abrigo de Les Dogues (Ares del Maestre, Castellón). Dos grupos de arqueros, que se pueden identificar perfectamente, se enfrentan en un combate reglado. A destacar el personaje de mayor tamaño de la izquierda que, probablemente, representa a un jefe.

PRIMERAS CIVILIZACIONES, PRIMEROS EJÉRCITOS

En determinados lugares del planeta las sociedades tribales, gobernadas por caudillos y jefes, crecieron y se convirtieron en Estados complejos, con estructuras políticas y religiosas, y con formas de vida urbanas. Las primeras civilizaciones se forjaron en el entorno de los valles de grandes ríos que otorgaban posibilidades para una óptima explotación agraria. Sin embargo, el desarrollo agrícola y el control de los recursos hidráulicos exigían un trabajo con mucha colaboración. De hecho, la aparición de los primeros grandes Estados debe relacionarse con estas necesidades de organización a gran escala. Los ríos Tigris, Éufrates, Nilo e Indo vieron aparecer formaciones políticas complejas vinculadas al cultivo del trigo. En China fue el arroz y en Centroamérica y Sudamérica el maíz los que vertebraron las dinámicas de civilización.

A su vez, durante los milenios IV y III a. C., esos primeros grandes Estados desarrollaron los primeros ejércitos y practicaron la cultura de la guerra para defender o para extender sus dominios. La pugna por obtener espacios irrigados o estratégicos, la necesidad de dar salida al crecimiento de la población, la coacción permanente de los grupos dominantes sobre los dominados o la necesidad de rechazar a pueblos que merodeaban en los límites de los valles fluviales, con la intención de apoderarse de sus recursos, favoreció una cultura militar estatal. Los Estados generaban grandes espacios cultivados y había que expandirlos o defenderlos. Ello implicaba la organización temporal o permanente de cantidades importantes de combatientes armados, según las posibilidades tecnológicas del momento, que, dirigidos por una jerarquía legitimada política o religiosamente, tenían como misión agredir para defender o atacar.

Ni Egipto ni los Estados mesopotámicos, situados entre los ríos Tigris y Éufrates, estaban protegidos por ninguna barrera natural. Egipto tenía que rechazar continuamente de sus fronteras a vecinos agresivos, los nubios en el sur y los nómadas del Sinaí, en el este. Igualmente los territorios y las ciudades de Mesopotamia, objetivo de diversas migraciones, y constantemente enfrentados entre sí, tuvieron que combatir duramente para garantizar la seguridad de las fronteras.

Los más antiguos ejércitos documentados pueden ubicarse en Mesopotamia, en el país de Sumer a mediados del III milenio a. C. Una de las representaciones más antiguas de lo que es propiamente un ejército es la que nos proporciona la llamada *Estela de los Buitres*, localizada en Telloh (en el actual Iraq), la antigua Girsa. Evoca las guerras entre las ciudades de Lagash y Humma hacia el 2525 a. C.

Uno de los bajorrelieves muestra una especie de falange precedida por grandes escudos cuadrangulares. Entre ellos se proyectan largas lanzas con punta de metal. La singular formación parece que se orga niza en seis líneas, ya que son seis las lanzas que sobresalen detrás de cada escudo. El bajorrelieve da a entender que los guerreros portan largas picas utilizando las dos manos, hecho que implica que difícilmente podían sostener el escudo y que este quedaría limitado exclusivamente a los componentes de la primera línea. Los combatientes cuentan todos ellos con un casco, probablemente de cuero. El conjunto representa, sin duda, una poderosa y numerosa formación de infantería pesada, dirigida por un oficial o jefe, aplastando a sus enemigos. La forma de lucha que se muestra es de absoluta colaboración, ya que ese armamento solo es útil para formaciones de combatientes que luchan en conjunto y es inviable para enfrentamientos entre guerreros aislados.

Estela de los Buitres. Bajorrelieve que conmemora la victoria del rey Eanntum de Lagash sobre Umma, hacia el 2450 a. C. Se puede distinguir una formación de infantería con pesados escudos y lanzas de las filas posteriores que sobresalen a través de ellos. En la zona inferior se distingue infanteria ligera y un carro de guerra. Museo del Louvre.

En otra faja del bajorrelieve se muestran fuerzas de infantería ligera, llevan lanzas cortas y lo que parecen hachas de cobre o bronce. La estela muestra también, aunque de manera fragmentaria, un carro de combate con carcaj para hachas y jabalinas.

El conjunto es sencillamente impresionante, con tropas ligeras, pesadas y carros de guerra, y evidencia una organización extraordinariamente compleja que requería jerarquía y orden. Por otra parte, el tipo de formación representada solo es útil si comprende centenares de soldados, por lo que cabe pensar que los ejércitos sumerios además de complejos eran numerosos.

Una cronología similar, hacia el 2500 a. C., presenta el llamado Estandarte de Ur. Lagash, Eridu y Ur fueron un importante grupo de ciudades que impulsaron la cultura urbana y la agricultura hidráulica en el entorno de la desembocadura del Éufrates. Las ruinas de la ciudad de Ur se encuentran cerca de la actual Nasiriya, en Iraq. Esta ciudad contó con un ejército organizado. El llamado Estandarte, una supuesta enseña militar, es una caja de madera con incrustaciones de conchas y lapislázuli que muestran una interesante escena de victoria militar. Los soldados llevan un casco de cuero ligeramente puntiagudo que les cubre las orejas y que sujetan con barboquejo. Sobre una túnica, con cinturón, portan lo que parece una pesada capa que podría estar reforzada con pequeños discos de cobre o bronce. Parte de la tropa va armada con hachas. También se representan carros de combate. Aparentemente son muy robustos y cuentan con cuatro ruedas macizas. Sobre el carro hay aljabas para jabalinas. La tripulación consta de dos combatientes, uno conduce y otro empuña las armas. Los carros están tirados por cuatro onagros, pero en las tumbas reales de Ur aparecieron también restos arqueológicos de carros tirados por bueyes.

Finalmente, cabe destacar también por su antigüedad la estela de Naram-sin (hacia los años 2254-2218 a. C.) que debe su nombre al rey acadio que llegó a dominar el conjunto de Mesopotamia. En el bajorrelieve aparecen guerreros que forman bajo estandartes y llevan lanzas, hachas, y cascos de cuero. Sin embargo, lo más importante es que aparecen por primera vez arcos compuestos que probablemente tenían un buen alcance y capacidad de penetración. Un instrumento que posibilitaba la guerra a distancia y que revolucionaría las formas de combate.

Estela de Naram-sin. Estela del rey acadio Naram-Sin en lucha contra los pueblos montañeses de hacia los años 2254-2218 a. C. Cabe resaltar las armas, sobre todo el arco compuesto de doble curvatura, la más antigua representación de un artefacto de este tipo. Museo del Louvre.

Durante el III milenio a. C. Egipto también generó una brillante civilización, pero su desarrollo militar fue mucho más tardío. Durante el Imperio antiguo (2850-2052 a. C.) y medio (2052-1570 a. C.) prácticamente no había ejércitos permanentes. Frente al peligro ocasional se procedía a la movilización de combatientes que se equipaban con armas muy sencillas. Los ejércitos se limitaban a contingentes de arqueros y de infantes armados con grandes escudos de madera y cuero, y lanzas con punta de cobre o bronce.

Durante todo el III milenio a. C., la calidad de las armas, en Mesopotamia y Egipto, fue muy limitada. El cobre era un bien escaso y también el bronce, que no es sino una aleación de cobre y estaño. Complejas vías comerciales hacían llegar el estaño a Oriente desde los lejanos centros productores de Europa occidental. La rareza del metal impedía que este se aplicara de manera masiva en el armamento de los ejércitos. Si las armas mayoritarias eran las mazas o hachas de piedra, las estacas afiladas y las puntas de flecha de pedernal, las más sofisticadas eran las hachas de cobre o bronce.

Es ya en el II milenio a. C. cuando se dieron avances determinantes en cuanto a las formas de hacer la guerra y organizar los ejércitos. Esos cambios operaron, principalmente, en cuatro categorías.

En una primera, referida a dimensión y organización de los ejércitos, se introdujo mayor orden, y se encuadraron y jerarquizaron los efectivos en unidades que maniobraban y seguían presupuestos estratégicos y tácticos.

Ejército egipcio en marcha. Representado a partir de una maqueta con figuras de madera. Hay documentados soldados de infantería con grandes escudos de cuero y lanzas, a finales del Imperio antiguo. Tumba de Mesehti (dinastía XI). Museo Egipcio de El Cairo.

La segunda supuso la mejora de las armas individuales. Ciertamente, no hubo una revolución ya que palos y piedras continuaron dominando la panoplia de las armas ofensivas. Sin embargo, las armas de bronce, es decir, hachas, mazas y puntas de lanza, se generalizaron, y también proliferaron las armas defensivas para proteger el cuerpo.

En tercer lugar, asimismo, aparecieron nuevos artefactos y elementos de combate. Los carros de guerra se generalizaron y comenzaron a utilizarse de manera precoz fuerzas de caballería, esto es, combatientes montados sobre caballos. También se diseñaron nuevas armas de guerra para la expugnación de fortificaciones y naves expresamente diseñadas para combatir.

En cuarto y último lugar no es menos importante constatar que en ese II milenio a. C. la fortificación de ciudades y fortalezas adquirió un desarrollo relevante.

Durante el II milenio y en los inicios del primero, los grandes Estados de Oriente conocieron un importante desarrollo militar. Egipto sufrió ataques y, a su vez, expandió sus fronteras militares. Oriente Próximo conoció el auge de Babilonia, los hititas y el Estado militar asirio. A lo largo de ese segundo milenio a. C., Eurasia acusó el impacto de migraciones de los más diversos pueblos, así como la emergencia de poderes marítimos en el Mediterráneo: minoicos y micénicos.

Hacia el 1800 a. C., los hicsos o «reyes pastores» invadieron Egipto. Irrumpieron con caballos, carros de guerra y broncíneas espadas en forma de hoz y aplastaron a las milicias egipcias. El príncipe Amosis, de la ciudad de Tebas, inició la resistencia y derrotó finalmente a los hicsos hacia el 1589 a. C.; comenzó entonces para Egipto lo que denominamos Imperio nuevo (1570-715), con faraones guerreros muy preocupados por garantizar la seguridad de las fronteras. Amenofis I (1554-1530 a. C.) consolidó el control de Nubia y Libia, y avanzó a través de Siria hasta el Éufrates. Tutmosis I (1504-1492 a. C.) mantuvo fronteras y sometió Mitanni. Tutmosis III (1479-1425 a. C.) consolidó el dominio sobre la plaza estratégica de Kadesh (lago Homs, en lo que hoy es Siria), llave del vínculo comercial con Asia y sometió la costa fenicia.

Ramsés II, hacia el 1292 a. C., combatió duramente a los hititas que habían acabado dominando Siria y el enclave de Kadesh. Las dos batallas campales más antiguas de la historia de las que tenemos un cierto conocimiento fueron precisamente las de Meggido, acaecida tal vez en el 1457 a. C. y librada por Tutmosis III contra la coalición de Canaán (formada por pueblos de la actual Palestina); y Kadesh (1288 a. C.), que enfrentó al faraón egipcio Ramsés II contra los hititas. En Kadesh, las tropas egipcias contaron con divisiones de infantería y masivas concentraciones de carros. De manera paralela, Ramsés se vio obligado a combatir a los llamados «pueblos del mar» que irrumpieron en el Egeo y trataron de establecerse en las costas mediterráneas de Oriente Próximo.

El II milenio a. C. también conoció el auge de dos pueblos que ya hemos mencionado: los hititas y los asirios. Los hititas, centrados en Anatolia (la zona interior de la actual Turquía), pugnaron duramente, como hemos visto, con los egipcios y dispusieron de una depurada organización militar

hasta el punto de que a menudo se les atribuye el primer uso sistemático de caballería y la utilización de armas de hierro. Sin embargo, no está claro que sus ejércitos usaran masivamente el hierro. Probablemente la fuerza de su maquinaria militar radicaba más en la organización y la disciplina que en el uso de armas avanzadas.

Por su parte, los asirios, establecidos en la región montañosa del Tigris, al norte de Babilonia (cerca de la actual Bagdad, en Iraq), acabaron creando un poderoso Estado militar a finales de ese mismo milenio a. C. Los asirios practicaron una guerra total. Exterminaban sin compasión a sus enemigos, saqueaban y destruían. Su crueldad fue extrema y usaron el terror como arma política y militar para amedrentar y someter a vecinos y contrarios. Sus disciplinadas y bien dotadas tropas fueron, durante siglos, invencibles.

Entre los feroces reyes guerreros asirios destacó Tiglathpileser I (1115-1102 a. C.), que tras sembrar el terror en Mesopotamia y alcanzar las costas de Palestina consolidó el Imperio asirio. Un reguero de reyes, no menos feroces, continuó vertebrando sus prácticas políticas a partir de la agresión militar.

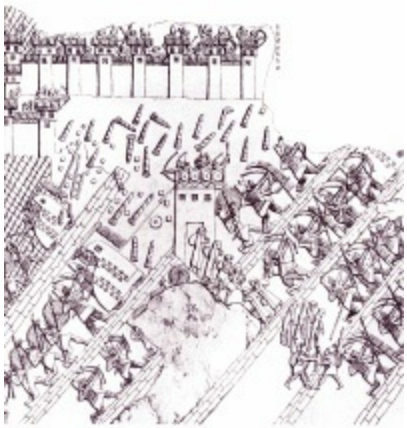
Entre los gobernantes más fieros destacaron Senaquerib (705-681 a. C.), que pasó a sangre y fuego el reino de Judá, destruyó Jerusalén en el 701 a. C. y saqueó Babilonia en el 689 a. C. Asimismo, convirtió la ciudad de Nínive (en los alrededores de la ciudad actual de Mosul, Iraq) en una gran capital dotada con una doble muralla de gran altura.

A partir del siglo VII a. C. la ambición asiria fijó sus objetivos en Egipto. En el año 671 a. C., el ejército del rey Esarhaddon golpeó como un rayo todo el Alto Egipto hasta Nubia. Asurbanipal (668-626 a. C.), el último gran caudillo asirio, destruyó el reino de Elam (actual suroeste de Irán) y volvió a atacar Egipto, que quedó temporalmente sometido a su dominio.

Las ricas iconografías egipcias, asirias, minoicas y micénicas nos informan con cierta precisión de las maneras de combatir de los grandes ejércitos del II milenio y de la primera mitad del I milenio a. C., así como de las tácticas más usuales.

La infantería componía el grueso de los ejércitos de este periodo, que tuvieron en la lanza con punta de bronce y en el escudo las armas principales. Los escudos, normalmente, eran de madera pero también los hubo de piel e incluso con aditamentos de bronce. Se usaron diversos tipos de cascos, de cuero, reforzados con dientes de jabalí, o de bronce con crineras. Se utilizaron armaduras de escamas confeccionadas con cueros o bronce o, incluso, armaduras de placas de bronce como la localizada en la necrópolis Dendra (municipio de Midea, en la región griega de la Argólida); datada aproximadamente en el 1400 a. C. y perteneciente a la cultura micénica.

A menudo, el equipo del guerrero también incluía grebas (espinilleras) para proteger las piernas, muñequeras, plaquetas de arquero, etc. Asimismo se utilizaron otras armas ofensivas como las mazas, para golpear al enemigo, puñales y espadas curvas, en forma de hoz, pero con filo exterior. Las espadas rectas de bronce se incorporaron a la panoplia del guerrero a finales del II milenio a. C. y su uso fue dispar, intenso en la zona mediterránea y más escaso en Oriente Próximo. A finales de ese milenio comenzaron a introducirse armas de hierro que alcanzarían la hegemonía a mediados del siguiente. Las armas individuales para luchar a distancia se limitaban al arco o al arco compuesto, con flechas que tenían puntas de pedernal o bronce, y a la honda.



Bajorrelieves de Nínive que muestran el asalto a una fortaleza, sobre los siglos VIII y VII a. C. Los atacantes utilizan diversos tipos de armas y artefactos. Los defensores intentan repeler el ataque con armas arrojadizas, incluyendo antorchas encendidas.

La infantería de los grandes ejércitos formaba en nutridos grupos bajo el mando de oficiales y contaba con estandartes e instrumentos musicales de viento para transmitir órdenes que permitían agrupar y ordenar las tropas. Normalmente, la infantería formaba en el centro de los dispositivos militares mientras que los carros de guerra, con más capacidad de maniobra, se situaban en los flancos.

Las fuerzas con mayor movilidad estaban compuestas precisamente por los carros de guerra. La caballería individualizada, es decir, el jinete montado sobre el caballo, pese a excepciones, como la de los hititas, no se usó de manera generalizada hasta mediados del I milenio a. C., si bien el carro se venía usando ya desde el III milenio, como vimos en la *Estela de los Buitres*. Los primeros carros pesados y de cuatro ruedas estaban concebidos como plataformas de combate para dar apoyo a la infantería, pero durante el II milenio otros más ligeros se utilizaron para efectuar maniobras rápidas, perseguir o envolver al enemigo.

Los carros de combate de dos ruedas con seis o más radios, tirados por dos caballos, aparecen documentados indistintamente en la iconografía mesopotámica, egipcia y de los pueblos marítimos mediterráneos. En general, todos los modelos se conciben como plataformas de combate que se pueden desplazar con rapidez. Normalmente, cuentan con un conductor y un combatiente que utiliza como armas un arco de flechas y lanzas arrojadizas. Según se puede apreciar en los espectaculares bajorrelieves del templo egipcio de Karnak que evocan la batalla de Kadesh, las formaciones de carros podían llegar a agrupar una gran cantidad de ellos y tenían un importante papel en las batallas, indistintamente para aterrorizar, atacar o perseguir al enemigo. Sin embargo, las dudas que se despiertan respecto a su supuesta funcionalidad no son pocas. Las ruedas de los carros no utilizaban llantas, por lo tanto su desgaste debía ser extraordinario y más si circulaban fuera de caminos cuidados. Resulta difícil imaginarse un carro moviéndose a gran velocidad en un terreno irregular o pedregoso, con ruedas sin llantas y sin un sistema de suspensión. No obstante, y en contra de lo que pudiera sugerir un pensamiento razonado, los carros no solo existían sino que, además, según consta en las fuentes iconográficas y textuales, tuvieron un papel importante en batallas campales como la ya citada de Kadesh.

El carro se convirtió, además, como arma prestigiosa, no solo en emblema del poder en la guerra sino en emblema de la guerra misma. Así, la iconografía de los faraones representó a no pocos de ellos combatiendo con arco y sobre un carro. Igualmente, los gobernantes asirios y persas se hicieron representar sobre sus carros en escenas de combate o de caza. Por otra parte, relatos como la *Ilíada*, el afamado poema épico datado en la segunda mitad del siglo VIII a. C., que explica la conquista de la ciudad de Troya por parte de los griegos, documentan también el uso del carro, como mínimo para

trasladar a los héroes a los espacios de combate. El héroe griego, Aquiles, se acerca a Troya montado en su carro para retar a Héctor, el gran líder militar troyano. Tras vencer a su rival, Aquiles ató el cadáver a su carro de guerra y lo arrastró a la vista de los troyanos.

A lo largo del I milenio a. C., el carro mantuvo su prestigio emblemático e iconográfico, aunque su uso decayó en beneficio de la caballería, plenamente desarrollada a partir del siglo VII a. C. Pero aun durante la segunda mitad del I milenio anterior a nuestra era, los persas continuaron utilizando carros de guerra, y el mismo Darío III dirigía sus ejércitos desde el suyo cuando se enfrentó a Alejandro Magno en la batalla de Issos en el 333 a. C. Prestigio que también se mantenía en Occidente, donde el carro fue usado por pueblos célticos, y algunos de ellos, como los belgas de Britania, todavía lo usarían contra los invasores romanos durante el siglo I a. C.

Y fue también a lo largo del I milenio a. C. cuando las técnicas y máquinas de expugnación de murallas se desarrollaron poderosamente. Los bajorrelieves asirios de Nínive y Nimrud, que se conservan en el Museo Británico de Londres, muestran zapadores protegidos por escudos de grandes dimensiones, socavando muros de fortalezas. Los mismos bajorrelieves representan también poderosos arietes dotados de fuertes vigas que destruyen murallas y torres desde donde los arqueros dan cobertura a los procesos de derribo.

Bajorrelieve del Palacio de Nimrud. Las tropas de Assurbanipal II (669-627 a. C.) asedian una fortaleza utilizando un gran ariete y una torre de asedio. Museo Británico. Fotografía de X. Rubio.

Por lo que respecta al desarrollo de la marina de guerra, a principios del I milenio a. C. asistimos a una serie de cambios. Hasta esa época no habían existido barcos de guerra explícitamente diseñados con fines bélicos. Para el combate en el mar se utilizaban simplemente naves de transporte o mercantes que se reconvertían en plataformas de combate. Desde ellas, soldados con armas arrojadizas atacaban los barcos enemigos o los abordaban. Tal es el caso representado en los bajorrelieves del templo egipcio de Medinet Habu (cerca de Tebas) que muestran un caótico combate naval en el que los egipcios de Ramsés III (1197-1195 a. C.) luchan contra los invasores pueblos del mar. Los barcos que aparecen representados, tanto los de los egipcios como los de sus enemigos, no evidencian ninguna singularidad que los pudiera identificar como barcos de guerra.

Sin embargo, en los bajorrelieves asirios de Nínive que se conservan en el Museo Británico aparecen por primera vez barcos diseñados explícitamente para el combate y que se corresponden con una cronología que oscila entre el 704 y el 681 a. C. Se considera que los barcos representados son fenicios y están dotados de un inequívoco espolón para taladrar el casco de las naves enemigas. Las embarcaciones de guerra se mueven a partir de una bancada de remeros, cuentan, sin embargo, con una plataforma superior de combate, donde se cuelgan escudos y están los combatientes armados con lanzas.

Batalla del Delta del Nilo entre las fuerzas del faraón Ramsés III y los llamados pueblos del mar, siglo XII a. C. Templo de Medinet Habu. Aparecen representados un gran número de barcos luchando entre sí. Los guerreros de los pueblos del mar se nos muestran con un penacho que los diferencia de los egipcios.

El método principal de combate era sencillo y se prolongó en el Mediterráneo durante los siguientes dos mil quinientos años. La nave atacante usaba los remos para dirigir un encuentro contra una nave enemiga, tomaba velocidad y la embestía en el flanco con el espolón, utilizado a modo de ariete. El impacto perforaba el casco del barco contrario y provocaba el hundimiento. Se trataba de un método no solo sencillo, sino también práctico y con pocos riesgos cuyo inconveniente principal era que difícilmente se podían capturar las riquezas del barco atacado. Durante la segunda mitad del I milenio a. C. el uso de barcos de guerra propulsados con remos y espolones frontales se generalizó en todo el Mediterráneo, de tal manera que prácticamente todos los pueblos marítimos del periodo (griegos, etruscos, cartagineses, romanos) usaron embarcaciones de combate de ese tipo.

Fragmento de bajorrelieve del palacio del rey asirio Senaquerib (704-681 a. C.). Muestra un barco de guerra con espolón, probablemente fenicio. Representa la huida del rey Luli de Sidón en el ataque de Sargón II de Asiria a la ciudad, hacia el 700 a. C. Museo Británico.

En referencia al trato a los vencidos en las batallas de aquel periodo, la iconografía también es explícita. Los bajorrelieves asirios nos muestran una amplia gama de crueldades: combatientes que son despellejados vivos, lenguas arrancadas, prisioneros golpeados, decapitaciones, etc.

Las maneras de luchar de los ejércitos de los grandes Estados de mediados del I milenio a. C. no eran sustancialmente diferentes de las que practicaban los pueblos tribales del occidente europeo y mediterráneo: formaciones de infantería, caballería y carros que se acometían en los campos de batalla. Las armas de bronce o hierro que usaron sucesivamente micénicos, griegos, etruscos, cartagineses, celtas, íberos etc., fueron similares: cascos, espadas, escudos y lanzas. Pero los ejércitos que podían movilizar las sociedades tribales o gentilicias eran, por descontado, muy inferiores en efectivos a los que servían a los grandes Estados de Oriente. Ello repercutía, obviamente, en las tácticas de combate. Los enfrentamientos singulares individualizados entre líderes, para demostrar mayor valor, eran más frecuentes y las escaramuzas entre grupos de guerreros más usuales que las batallas. La organización de grandes ejércitos resultaba, por lo general, dificultosa ya que exigía que diversas tribus o ciudades se pusieran de acuerdo para que sus combatientes agruparan fuerzas en una misma formación y obedecieran a un mando unificado.

FORTIFICACIÓN Y SEGURIDAD

Los cazadores y recolectores de la Prehistoria cambiaban frecuentemente de asentamientos forzados por la disponibilidad de recursos de subsistencia. Frecuentaban cuevas, abrigos y campamentos, y seleccionaban los lugares con mejores vistas o con mayores posibilidades de defensa frente a la irrupción de fieras o de posibles depredadores humanos. Sin embargo, entre sus pautas culturales no existían las que motivaran la fortificación sistemática de sus circunstanciales habitáculos. De hecho, la fortificación defensiva de un espacio, que requería un importante esfuerzo, no tenía demasiado sentido para sociedades nómadas, erráticas por definición.

Los orígenes de las fortificaciones deben relacionarse con las transformaciones agrarias provocadas por la revolución neolítica. El desarrollo de la agricultura favoreció el sedentarismo de las poblaciones que la practicaban, y el establecimiento de graneros en los que se guardaban las reservas alimenticias. A su vez, algunas sociedades pastoriles desarrollaron recintos para mantener y proteger sus rebaños. La fijación de grupos humanos en el territorio en poblados permanentes posibilitó e hizo rentable la inversión de recursos, esfuerzos y tiempo en seguridad y, por tanto, en la construcción de defensas para proteger los incipientes recintos urbanos.

Uno de los más antiguos espacios fortificados conocidos es el de la precoz ciudad de Jericó (Palestina), cuyos orígenes se remontan al VIII milenio a. C. y que está asociada a las primeras transformaciones del Neolítico. En el recinto excavado se han localizado altos tramos de muralla y una torre cilíndrica maciza, todo ello construido con piedra y barro.

A partir de la «neolitización» la mayoría de estructuras defensivas, las «murallas», siguieron el mismo patrón: una barrera vertical, o muy inclinada, de altura suficiente para impedir el paso a los humanos, que pudiera ser defendida desde la zona superior. Las barreras verticales podían complementarse con obstáculos extensivos horizontales: fosos o campos de piedras hincadas (los llamados *campos frisios*) para dificultar la aproximación de posibles atacantes, a pie o a caballo.

En los recintos más sencillos, aquellos levantados por pastores o por pequeñas comunidades de agricultores, una de las opciones usuales consistía en agrupar las casas a partir de un patio central formando círculos o herraduras. Las partes traseras de las casas, sin aberturas de acceso, con excepción de la entrada al recinto, delimitaban entonces una muralla fáctica. Modelos de este tipo se utilizaron, de manera continuada, en las aldeas neolíticas a partir del VII milenio a. C. y pervivieron hasta el periodo altomedieval (siglos IX-X).

En las zonas de los grandes Estados de Oriente la construcción de murallas se estandarizó con el uso de almenas, que aparecen iconografiadas de manera recurrente en los bajorrelieves egipcios y asirios, con pasos de ronda y con torres cuadrangulares que permitían batir de flanco a aquellos que se acercaran a ellas. Estas soluciones (murallas, con almenas y torres) fueron prácticamente universales y se usaron igualmente en la Muralla de China (siglo V a. C.), en fortificaciones de la India (siglo III a. C.), etc. Por el contrario, los muros defensivos centro y sudamericanos (fortaleza de Sacsayhuamán, en los accesos a la ciudad peruana de Cusco, Perú) o los del África austral (ruinas de Khami, en la ciudad de Bulawayo, Zimbabue) obedecían a otras lógicas poco claras, y desde una perspectiva de arquitectura de fortificación, difícilmente justificables. Se construían con mucho esfuerzo, pero la resultante era una simple plataforma elevada de combate. También en el Mediterráneo existieron supuestas fortificaciones difíciles de interpretar en clave funcional, es el caso de los talayots de las islas Baleares o de los nuragi de la también isla mediterránea de Cerdeña, construcciones macizas de piedra pero poco prácticas desde una óptica militar.

Bajorrelieve del panel de bronce de la puerta del palacio de Salmanasar III en Balawat (actual Iraq) de. En el detalle se observa el asedio y toma de una fortaleza, hacia el siglo IX a. C. Museo Británico. (Fotografía de X. Rubio)

Murallas reconstruidas del poblado de Biskupin (Pomerania, en Polonia). La construcción aprovecha las características del territorio, suelos profundos que permiten la excavación de fosos y abundancia de troncos rectilíneos. Este asentamiento estuvo ocupado desde el siglo VIII hasta el II a. C. Fotografía de J. Santacana.

Los materiales de construcción utilizados en los procesos de fortificación están en relación con las disponibilidades de cada lugar. Así, en Oriente Próximo y en Egipto el uso de adobes y tapial fue una constante, sin excluir la utilización de piedra en determinadas construcciones defensivas. En el entorno mediterráneo hubo construcciones realizadas con grandes bloques de piedra, tal es el caso de las ciclópeas fortalezas micénicas de Tirinto y Micenas (siglos XV-XIII, a. C., en Grecia), o de las murallas de la supuesta Troya (siglos XIV-XIII a. C.; Çanakkale, en Turquía). En otros paramentos se usaban piedras de menores dimensiones ligadas con morteros de barro que adquirían mayor consistencia cuando se mezclaba cal. En las construcciones de tapial también se utilizaron distintas proporciones de cal, y su uso, junto con el adobe, estuvo extendido por todo el Mediterráneo.

En el centro y en el norte de Europa, contrariamente, la piedra podía ser escasa. En compensación disponían de suelos profundos y de árboles con troncos rectilíneos. En estos casos los taludes de tierra reforzados con troncos y con empalizadas se convertían en soluciones constructivas al uso, tal como se evidencia en aldeas como la de Biskupin (en la Pomerania polaca) de la primera Edad del Hierro o en los más diversos poblados célticos a partir del siglo VIII a. C.

La proliferación de poblados fortificados desde el periodo Neolítico hizo que se generaran modelos a partir de la experiencia empírica. De tal manera que los poblados fortificados no difieren excesivamente, desde un punto de vista conceptual, en el conjunto de Europa. Los modelos de colinas fortificadas a partir de taludes de piedra o tierra, como el de Maiden Castle (Dorchester, en Inglaterra, de los siglos V-I a. C.), son asimilables a sus precedentes del entorno céltico europeo o de la cultura castreña de la península ibérica. En este contexto cabe situar pequeñas ciudades del siglo II a. C. como Numancia, Candeleda, Uxama, etc., situadas en colinas y defendidas por murallas de

piedra con los oportunos complementos de tapial y adobe.

A mediados del I milenio a. C. la península ibérica estaba ocupada por dos grandes grupos culturales, los íberos y los celtas. Si los íberos se extendían por el litoral mediterráneo y el valle del Guadalquivir, los celtas habitaban el centro y el norte de la península. La influencia mutua generaba, por otra parte, grandes áreas de transición celtíberas. Desde el punto de vista de la arquitectura militar, los poblados ibéricos, de los siglos V, IV, III y II a. C., no difieren excesivamente de los castros celtas o celtíberos. Las murallas son el elemento dominante, aunque en el caso íbero suelen ser más reforzadas, sistemáticas y están influidas, en los poblados más relevantes, por la ingeniería militar de los pueblos colonizadores (fenicios y griegos). Contrariamente, íberos y celtas sí que tienen diferencias notables en los aspectos urbanísticos. Hay poblados célticos en los que predominan las construcciones circulares o elípticas, contrariamente, poblados íberos y algunos celtíberos muestran evidencias claras de ordenación urbanística con calles y construcciones cuadrangulares. En este periodo, entre los siglos VIII y II a. C., las tradiciones de fortificación y urbanísticas del Mediterráneo y Oriente presentaban un elevado grado de uniformidad, producto del intercambio de experiencias militares y culturales.

Fortaleza de Vilars de Arbeca (Lleida, en España), de la primera Edad del Hierro (siglo VIII-VI a. C.) y época ibérica (siglos V-IV a. C.). Se pueden observar claramente la gran muralla con sus torres, el foso y el gran pozo central situado en el centro del poblado. Fotografía de E. Junyent.

Uno de los casos de arquitectura defensiva más singulares de toda la península ibérica es el de Vilars d' Arbeca (en la localidad de Arbeca, en la provincia catalana de Lleida). Se trata de una fortaleza de la primera Edad del Hierro que se remonta al siglo VIII a. C. y que continuó en activo, optimizada y transformada, hasta el periodo ibérico. El recinto se organiza a partir de un pozo central, y las gruesas murallas, de cinco metros de espesor, definen un círculo. Las torres permiten optimizar la defensa del recinto. En el exterior, campos frisios y fosos dificultan el acceso a posibles

atacantes.

ARMAS DE BRONCE Y HIERRO

La metalurgia del cobre y del bronce, generalizada durante el III y II milenio a. C., requería procesos complejos de obtención y manipulación. El cobre es escaso en la naturaleza, y el bronce es todavía más difícil de obtener, ya que requiere una aleación en cobre y estaño en una proporción mínima de nueve a uno. Y es, precisamente, esa rareza y escasez del cobre y del bronce lo que impidió su aplicación masiva en los instrumentales agrícolas, limitándose su uso a piezas suntuarias o determinadas armas de prestigio. En la Europa central, el hallazgo de Otzi, el Hombre de los Hielos, en los Alpes italianos, en 1991, evidencia que hacia el 3000 a. C. ya se utilizaban hachas de cobre. De hecho, armas de este tipo ya se habían generalizado a finales del IV milenio a. C., y la metalurgia del cobre era perfectamente conocida en yacimientos como el de los Millares (en el municipio de Santa Fe de Mondújar, en la provincia andaluza de Almería), de finales del IV milenio a. C., un centro metalúrgico de primer orden que contaba además con un extraordinario recinto fortificado.

Pero la utilización de armamento de bronce en ejércitos organizados se remonta a principios del III milenio a. C., cuando los guerreros sumerios y acadios aparecen representados con hachas de bronce. Las primeras armas de bronce fueron las versátiles hachas, aptas para golpear y perforar, posteriormente el metal se aplicó a puntas de lanza, dagas y, finalmente, se usó en espadas rectilíneas que se generalizaron a mediados del II milenio a. C. También se confeccionaron cascos, grebas, armaduras pectorales y escudos.

El armamento de bronce se obtenía a partir de fundición, si bien previamente se tallaban moldes bivalvos con las formas deseadas. El metal se sometía a altas temperaturas en crisoles, y cuando estaba líquido se depositaba en el molde para obtener la forma deseada. Sin embargo, como hemos señalado, el bronce siempre escaseó y su uso se limitó a la nobleza guerrera de algunos pueblos europeos o a los ejércitos de Oriente Próximo.

Por su parte, la metalurgia del hierro comenzó a desarrollarse hacia el siglo XIII a. C., en Anatolia, y de ahí se extendió a todo el Oriente Próximo. La manufactura de útiles de hierro era complicada, ya que el metal obtenido en los hornos de reducción no se fundía y debía golpearse en caliente, en las forjas, hasta obtener las formas deseadas. Como ventaja cabe señalar que el mineral de hierro es muy abundante en la naturaleza, a diferencia del cobre y el estaño, y que las herramientas obtenidas eran de una dureza extraordinaria. Una vez conocidas las sofisticadas técnicas metalúrgicas se construyeron de manera masiva útiles de hierro hasta el punto de que algunos historiadores denominan al hierro *metal democrático*. El uso del bronce se había limitado a joyas y armas, pero el hierro se pudo aplicar masivamente a las herramientas agrícolas, aspecto que provocó importantes cambios económicos y sociales. Lo que implicó, a su vez, también, ejércitos mejor estructurados.

Sobre el papel, las armas de hierro eran muchos más eficaces que las de bronce y, en consecuencia, los ejércitos dotados con estas armas superiores a cualquier otro. La historiografía ha insistido en el hecho de que los hititas, supuestamente diestros en la metalurgia del hierro, se impusieron militarmente a los egipcios y a otros pueblos gracias a sus novedosas armas férreas. Sin embargo, como hemos apuntado anteriormente, la arqueología no documenta el uso masivo de armas de hierro entre los hititas, por lo tanto, cabe suponer que su superioridad militar tal vez se debía a

factores de organización y técnica militar. Sin embargo, parece que los asirios, a principios del I milenio a. C., sí utilizaban, con cierta abundancia, armamento de hierro. En cualquier caso, en contra de lo que a menudo se ha afirmado, no parece que haya una relación directamente proporcional entre el uso de armamento de hierro y la hegemonía de un determinado ejército. Probablemente los asirios ejercieron su dominio militar por razones culturales organizativas y no en dependencia de la tecnología del hierro. En definitiva, las armas de hierro no cambiaron inmediatamente los ejércitos, no provocaron una revolución militar súbita, las herramientas de hierro propiciaron una nueva transformación agrícola y económica y ello redundó en ejércitos más organizados y favoreció el ascenso de aristocracias guerreras.

Espadas de bronce con sus correspondientes moldes, réplicas del yacimiento de Parco Montale, en el municipio italiano de Montale Rangone, en Módena. Fotografía de J. Santacana.

En Europa central, la cultura de Hallstat, en el siglo VIII a. C., y la de La Téne, durante el siglo IV a. C., marcaron la difusión definitiva del armamento de hierro. Tanto en el área mediterránea como en el continente europeo la nueva tecnología metalúrgica reforzó las aristocracias guerreras dotadas de armamento férreo que ejercieron el poder supremo en tribus, pueblos y ciudades del entorno mediterráneo.

2

La revolución griega

Nuevos ejércitos: los invencibles hoplitas

Durante el siglo VIII a. C., un innovador sistema político se popularizaría en el Mediterráneo oriental, teniendo su cuna en las tierras de lo que hoy es Grecia. La base del mismo era la ciudad-estado o polis, que organizaba el territorio cercano a ella, y en la que los ciudadanos libres, generalmente agricultores, ejercían el gobierno de forma más o menos compartida.

Las polis, pues, se estructuraban de modo diferente a las tradicionales monarquías de la época, y, por lo tanto, crearon ejércitos distintos. De ellas surgió un nuevo modo de combatir que revolucionaría la guerra durante los siglos venideros: la infantería pesada. Las tácticas que este tipo de soldado adoptó acabarían por implantarse como la forma tradicional de lucha de los pueblos del continente europeo. Este hecho fue una de las bases que permitiría su hegemonía militar a lo largo y ancho del globo terráqueo a partir de la Edad Moderna.

Este nuevo soldado fue llamado hoplita debido al gran escudo redondo que llevaba (denominado *hoplon*, en griego antiguo). Este pesado escudo, de unos ocho kilogramos de peso y un metro de diámetro, estaba hecho de madera, a veces recubierta con bronce para dar mayor resistencia al conjunto, y servía para proteger al soldado desde el cuello hasta las rodillas. Además del *hoplon*, el conjunto defensivo griego constaba de una o dos grebas, también de bronce, destinadas a proteger las piernas desde la espinilla hasta el tobillo. El conjunto de piezas defensivas era coronado por un casco de bronce que cubría toda la cabeza, dejando escasa visión y nula capacidad de escucha. Finalmente, muchos soldados llevaban una coraza pectoral de lino endurecido o bronce, que servía como complemento a la ya considerable defensa que significaba el gran escudo.

El armamento ofensivo principal del hoplita era una lanza de madera de aproximadamente dos metros y medio con punta y contrapeso de bronce, que se blandía con una mano en lugar de lanzarse. Como recurso final, la panoplia (el equipamiento militar) de estos guerreros podía constar también de una espada de hoja recta.

El hoplita era un soldado eminentemente defensivo, pero el caro sistema de protecciones por sí solo no hubiera sido útil, puesto que un soldado así armado tenía una movilidad muy limitada y podía ser presa fácil para rápidos jinetes o arqueros típicos de otros ejércitos. Así, el equipamiento del soldado griego tenía sentido dentro de un sistema de combate muy concreto llamado falange. Era una táctica de orden cerrado en la que todos los hoplitas de una polis griega formaban ocho o doce líneas compactas que se movían y combatían al unísono. Cada hoplita estaba protegido por su propio

escudo, llevado en la mano izquierda, y el de su compañero de la derecha, de forma solapada. Avanzando la pierna izquierda, blandían la lanza por encima de la muralla de escudos así establecida, situándose el comandante de la formación a la derecha de la primera línea, es decir, en el lugar más vulnerable, puesto que no tenía ningún compañero que le protegiera por su costado derecho.

Hoplita griego del siglo IV a. C., según Johnny Shumate. Este soldado lleva toda la panoplia tradicional, de la que destaca el hoplon. Como se observa en la ilustración, el escudo era tan pesado que debía fijarse en el antebrazo del guerrero y asegurarse con una correa cogida con la mano.

Por otra parte, el origen de este tipo de infantería no está claro. Existen algunos grabados asirios y egipcios que muestran formaciones similares a la falange, pero se desconoce si estas tuvieron alguna influencia sobre los ejércitos griegos. Los guerreros del sur de Grecia, que pertenecían a la llamada cultura micénica del 1600 al 1100 a. C., también podrían estar relacionados con los hoplitas, aunque la principal referencia escrita al respecto, la *Ilíada* de Homero, es confusa. Esta obra es un poema épico que narra la conquista de la ciudad de Troya, en la actual Turquía, por parte de guerreros micénicos, pero las formas de combate descritas son probablemente una mezcla de hechos bélicos de distintas épocas. Homero habla de densas formaciones de soldados a pie, parecidos a los hoplitas y armados con escudos en forma de ocho, con la presencia de héroes que, atacando desde carros conducidos por aurigas, luchan lanzando jabalinas y otras armas arrojadizas. Cabe decir que el poema es del siglo IX a. C. aproximadamente, por lo que coincidiría con el nacimiento de las primeras falanges hoplíticas y, seguramente, fueran introducidos en la narración algunos elementos nuevos. En la *Ilíada* también aparecen con frecuencia combates individuales que focalizan la lucha, conocidos como la *aristeia*, que no parece tener demasiada relación con las formaciones tácticas griegas, donde primaba la actuación en equipo en lugar de los combates individuales.

La falange era, pues, un sistema de combate ideal para la organización social de las polis griegas: todos los ciudadanos tenían el deber y el derecho de proteger sus tierras formando parte de ellas y portando sus armas, que usualmente eran patrimonio familiar. Además de ser un sistema equitativo, en el que todos los hoplitas tenían la misma importancia, servía perfectamente para que los ciudadanos griegos, que no eran guerreros profesionales sino agricultores y artesanos, pudieran medirse a los mercenarios del resto de potencias de la época, y especialmente de Persia. El motivo es que, debido a su naturaleza estática y grupal, el orden cerrado es idóneo para soldados sin entrenamiento, puesto que no hace falta ser experto en el manejo de las armas para ser útil al conjunto de la falange.

Así pues, los ejércitos griegos adoptaron una táctica muy distinta a la guerra que se había llevado a cabo hasta entonces. Los ejércitos anteriores se caracterizaban por un elevado porcentaje de tropas ligeras, que, aunque eran capaces de combatir en una gran batalla, usualmente formaban pequeños grupos que ejecutaban acciones de incursión, así como emboscadas. Este tipo de guerra de hostigamiento podía durar muchos años, ya que a corto plazo no significaba un elevado coste, y era

ejecutado por combatientes especializados semiprofesionales (arqueros, jinetes, etc.).

Pintura de cerámica, mostrando una escena de combate entre guerreros y perteneciente a la llamada época geométrica (siglo VIII a. C.). En ella se combinan los carros llevados por los héroes con la infantería armada de los escudos denominados Dypilon (por ser mostrados en cerámicas como esta, recuperadas de la necrópolis del Dypilon (Atenas). Fotografía de X. Rubio.

Para las polis, por el contrario, no era este un sistema apto, debido a la ausencia de un monarca capaz de pagar a estas tropas, los mismos ciudadanos debían realizar largas campañas militares que no les permitían ocuparse de sus tierras ni del gobierno de la ciudad. El sistema hoplítico, por otra parte, estaba íntimamente relacionado con el concepto de batalla campal; dos polis enfrentadas resolvían sus conflictos en un solo día de combate (normalmente en verano, cuando las tareas del campo tienen menor peso), las falanges formadas por los ciudadanos de cada ciudad se enfrentaban y se decidía el resultado de forma rápida.

Era un combate muy ritual. Antes de la batalla se hacían sacrificios a los dioses para que los sacerdotes leyeran las entrañas de los animales sacrificados. Si, según los religiosos, parecía que los dioses no iban a favorecer al ejército en la batalla, el combate debía celebrarse otro día. Una vez decidido que habría batalla, ambos contendientes recibirían distintas arengas de sus comandantes, y seguidamente se formarían las falanges, formadas por los mejores y más equipados soldados en las primeras líneas. Las formaciones avanzarían lentamente una contra la otra, y al llegar al contacto de las dos murallas de escudos se desarrollaría una escena parecida a la melé de un partido de rugby. Ambos ejércitos empujarían con sus escudos para intentar abrir una brecha en el enemigo, mientras las hileras de detrás ejercerían una importante presión, al mismo tiempo que evitarían la huida de los soldados de primera línea y ocuparían los huecos generados por las bajas. Los hoplitas de delante intentarían herir a sus oponentes con las lanzas, y con el tiempo se crearía, en la vanguardia de una de las falanges, un agujero debido a las bajas, por la que avanzarían los hoplitas enemigos, extendiéndose el pánico entre la falange derrotada. Era en este punto cuando se producían la mayoría de bajas, ya que los soldados desechaban el escudo para correr más rápido y, al dar la espalda al enemigo, podían ser alcanzados con las lanzas.

Pintura de un plato conservado en el Museo Británico de Londres y datado hacia el siglo VI a. C. que muestra a dos hoplitas combatiendo con la panoplia completa, incluida una armadura de bronce reproduciendo la musculatura del torso. Fotografía de X. Rubio.

Así pues, vemos cómo el desgaste psicológico era el factor principal que afectaba al desenlace de una batalla, y no era este un detalle que escapara a los mismos griegos; escudos con motivos pintados para infundir el miedo y cascos con agresivos diseños coronados por penachos de plumas (que hacían parecer más altos a sus portadores) eran elementos usuales entre los hoplitas.

Además, este tipo de combate era de rápido desenlace; y es que el peso del equipo era tan elevado (más de treinta y cinco kilogramos) que los hoplitas no podían aguantar más de una hora combatiendo, por lo que normalmente en treinta minutos la batalla se había acabado.

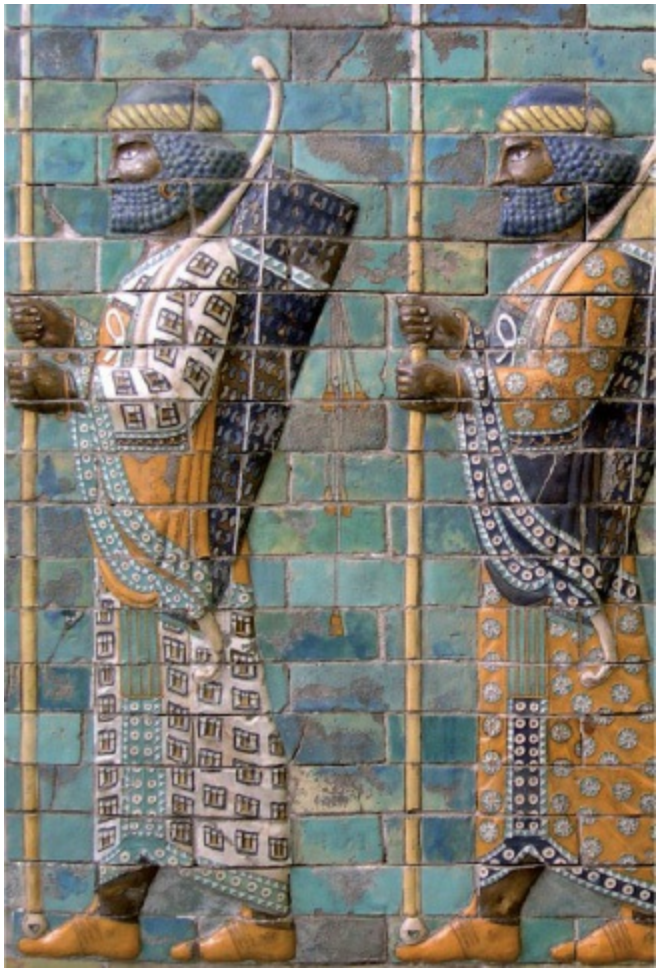
Los hoplitas formaban la columna vertebral de los ejércitos griegos, pero también había otros tipos de soldados presentes en el mismo: jinetes armados con jabalinas, arqueros, y los llamados *peltastas* que, menos protegidos que los hoplitas, hostigaban los flancos del enemigo mediante el lanzamiento de proyectiles (lanzas, piedras, etc.).

De entre las polis griegas fue Esparta la ciudad que llevó a la perfección el sistema hoplítico. Esta ciudad, con un Gobierno mixto formado por dos reyes y un consejo de ancianos, hizo del combate su forma de vida. Según esta cultura militarista los ciudadanos libres varones, en lugar de trabajar el campo, se dedicaban íntegramente al ejercicio de las armas, dejando las actividades productivas para las mujeres y los llamados ilotas, que eran siervos procedentes de los pueblos conquistados por Esparta.

Los espartanos llevarán al extremo las virtudes tradicionales del hoplita: el valor y el culto al físico. Si nacía un bebé que no fuera perfecto físicamente era lanzado a un barranco desde el monte Taigeto, cercano a la ciudad de Esparta. Los supervivientes recibían una estricta educación, y todos los hombres libres vivían de la forma más austera, juntos, en un barracón. En combate tenían prohibido retirarse siquiera un palmo de terreno, y era famosa la frase que las madres les decían a sus hijos cuando estos marchaban al combate: «Vuelve con tu escudo o sobre él», refiriéndose al hecho de que, como en la huida el escudo era lo primero que se lanzaba, volver sin él significaba la vergüenza del espartano; era mejor volver sobre el escudo, que era como los muertos en combate eran llevados a casa. Estos conceptos de honor y valentía estaban combinados con la arrogancia de saberse los mejores combatientes de toda Grecia, por lo que la ciudad de Esparta no construyó murallas dignas de mención hasta bien entrado el siglo III a. C., ya que no las necesitaban porque en combate eran poco menos que invencibles.

El punto álgido de este revolucionario sistema de combate fueron las guerras entre persas y griegos, las llamadas guerras médicas, que tuvieron lugar a inicios del siglo V a. C. El Imperio persa intentó conquistar Grecia dos veces, pero fue rechazado y derrotado en cada uno de los intentos.

En el primero de los intentos, el rey persa Darío I el Grande (550-486 a. C.) atacó las ciudades helenas en el año 490 a. C. Las tropas persas estaban formadas en su mayoría por arqueros, jinetes y otras tropas especializadas, entre las que destacaban los llamados *Inmortales*. El nombre respondía al hecho de que este contingente siempre tenía exactamente diez mil soldados, pues cuando uno de ellos moría o era herido era sustituido rápidamente por otro. Eran tropas de élite que formaban la guardia personal del rey persa, y los soldados estaban dotados de arco, lanza y un escudo grande, aunque no iban tan fuertemente acorazados como los hoplitas.



Representación de los diez mil Inmortales, según el friso del palacio construido por Darío I el Grande (siglos VI-V a. C.) en Susa.

Para hacer frente a esta potente fuerza de conquista, una confederación de las distintas polis griegas, capitaneadas por Atenas, congregó sus falanges en las llanuras de Maratón. Los hoplitas, mayoritariamente atenienses (Esparta no acudió al combate por estar celebrando un festival religioso), derrotaron a Darío y a sus tropas, poniéndolas en fuga.

Nueve años después, el hijo de Darío, Jerjes I (519-465 a. C.), intentó de nuevo ocupar Grecia, esta vez con el soporte de una inmensa flota de guerra y usando uno de los ejércitos más grandes de la Antigüedad. Durante el 480 a. C., en las Termópilas, se produjo el primer gran choque cuando una fuerza conjunta de hoplitas bloqueó el estrecho acceso a este inmenso contingente de soldados, mientras las polis intentaban organizar una defensa conjunta. Jerjes consiguió burlar el paso usando una ruta que lo flanqueaba, e intentó atacar a los griegos por la retaguardia. Avisados de la treta, la mayoría de soldados se retiraron, pero la rigidez de los valores espartanos hizo que los trescientos hoplitas de esta polis, que habían defendido las Termópilas (mientras quedaba el resto en la ciudad realizando otro festival religioso), capitaneados por uno de sus reyes, llamado Leónidas, se quedaran contra toda lógica en el paso y fueran exterminados.

Al año siguiente, la Liga Panhelénica volvió a enfrentarse a las huestes de Jerjes en una planicie cercana al estrecho de Corinto llamada Platea, en el sur de Grecia. El ejército griego, que estaba desplegado en un terreno difícil de defender, decidió retirarse a una zona más favorable al uso de la falange, aunque el contingente espartano de nuevo se negó a ceder terreno a sus enemigos. Justo cuando los persas se iban a aprovechar de este error los espartanos accedieron a retirarse a una mejor posición, y su temible efectividad fue el factor determinante que permitió a los griegos derrotar finalmente a los soldados de Jerjes. Por otra parte, el fracaso de la ofensiva persa realmente se había decidido el año anterior en las costas de Salamina, y no en una batalla terrestre sino naval.

La eliminación de la amenaza exterior persa fue el inicio de la escalada de tensiones entre las dos ciudades-estado más influyentes del mundo griego: Esparta y Atenas. La supremacía de la flota ateniense fue percibida como una amenaza por los espartanos, ya que Atenas empezó a desarrollar ansias expansionistas por diversos territorios del Mediterráneo oriental. Fue esta una época de gran esplendor para la ciudad, por ejemplo, se construyó el famoso templo conocido como el Partenón. Así, en el 432 a. C. se desató la llamada guerra del Peloponeso entre las dos ciudades, a las que se fueron uniendo las diversas polis, formándose la Liga de Delos a favor de atenienses, y la Liga Peloponesa, a favor de espartanos. Como Esparta tenía el dominio terrestre gracias a sus invencibles hoplitas, y Atenas el del mar debido a su flota, el conflicto fue extremadamente largo, y no acabó hasta el año 404 a. C. Mientras Esparta no se arriesgaba a una batalla naval, los atenienses sabían que nada podrían hacer contra la falange espartana, y cedieron el control del territorio a sus enemigos y evitaron enfrentarse a ellos, abasteciéndose por mar. Numerosas batallas se sucedieron, siendo especialmente importante una fracasada expedición lanzada por Atenas en el 415 a. C. contra la Siracusa siciliana, aliada de Esparta, en la que se perdieron gran cantidad de tropas y barcos.

Finalmente el conflicto acabó por agotamiento, ya que Atenas sufrió diversas plagas y malas cosechas que, unidas al desgaste producido por la guerra y la derrota sufrida por su flota en Egospótamos, en el 405 a. C., dieron la victoria final a Esparta. Un Gobierno títere sustituyó a la democracia ateniense, y la flota de la ciudad fue eliminada casi en su totalidad.

La guerra había mostrado cómo el sistema hoplítico, diseñado para evitar largos conflictos entre polis, tenía el efecto contrario cuando los ejércitos eran numerosos, ya que el reducido porcentaje de bajas (en torno al quince por ciento) y el poco uso de caballería significaba que ninguna batalla podía ser decisiva y, por lo tanto, los contendientes eran capaces de recuperarse de una derrota sin problemas a corto plazo.

A largo plazo, sin embargo, el conflicto entre Atenas y Esparta fue extraordinariamente costoso para los griegos, puesto que a causa de la guerra, los campos de cultivo fueron constantemente quemados, y los ciudadanos se vieron obligados a desatender la vida civil a causa de las largas campañas militares. Así pues, toda la región sufrió terriblemente, no recuperándose nunca de los estragos del conflicto ni Atenas ni Esparta, ello permitió el ascenso de otros poderes.

El dominio espartano duró poco más de tres décadas, ya que en el 371 a. C., su temible falange encontró, al fin, la derrota, a manos de la ciudad de Tebas en la batalla de Leuctra. El líder tebano, Epaminondas (418-362 a. C.), creó una formidable columna hoplítica de cincuenta líneas que, apoyada por caballería pesada y *peltastas*, aniquiló la fuerza espartana. Esto significó el siguiente paso en la evolución de los ejércitos griegos, debido a la combinación de diferentes tipos de tropas y las originales tácticas empleadas durante la batalla. De entre las tropas tebanas destacaba la llamada *Banda Sagrada*, formada por ciento cincuenta parejas de hombres. Esta curiosa decisión estaba basada en la idea de que el amor entre cada pareja haría que el conjunto de esta formación luchara de forma más feroz que el resto de soldados. Según los griegos, el hecho de que cada soldado combatiera con su amante al lado haría que no huyera, puesto que en ese caso lo dejaría expuesto al enemigo, además de perder su respeto. Esparta, por su lado, nunca se recuperó de las terribles bajas sufridas en Leuctra, a aquella derrota le siguieron diversas revueltas de los ilotas que, aunque no acabaron con esta polis, hicieron que nunca volviera a su periodo de esplendor de inicios del siglo IV a. C.

Casco corintio del British Museum. Este diseño de casco era muy popular entre las polis. Es interesante el hecho de que no existieran agujeros para los oídos, por lo que se deduce que, una vez en el campo de batalla, los hoplitas no recibían órdenes demasiado complejas que no pudieran escucharse. Fotografía de X. Rubio

LA MARINA DE GUERRA

Si las falanges hoplíticas fueron la base del ejército griego que derrotó al inmenso ejército persa en tierra, las flotas de veloces trirremes realizaron la misma función en el mar.

El trirreme es un tipo de galera de guerra cuya principal forma de impulsión viene dada por remeros que, organizados en tres hileras a distintos niveles de altura, empujan sus remos de forma coordinada para mover la nave hacia delante.

Habitualmente, estos barcos navegaban gracias a una vela cuadrada con la que podían llegar hasta cinco o seis nudos, reservándose los remos para situaciones puntuales que requirieran altas velocidades, como, por ejemplo, las batallas. En combate, se desmontaban la vela y el mástil, de forma que el navío podía llegar hasta los ocho nudos de velocidad.

Los trirremes griegos tenían unos treinta y siete metros de eslora y unos cinco metros de manga, albergando ciento setenta remeros (cada uno de ellos con un remo), unos diez o quince marineros, y un pequeño contingente de soldados, principalmente hoplitas y arqueros. En su proa tenían un gran espolón de bronce, que se usaba para embestir a los enemigos.

Durante la década de 1980 se reconstruyó un trirreme griego a imagen y semejanza de los que lucharon en Salamina. Las pruebas de velocidad realizadas con el navío, llamado Olympia, demostraron su gran velocidad, llegando a los nueve nudos y sus aptitudes de maniobra, ya que era capaz de darse la vuelta en tan solo un minuto.

La táctica de ataque con espolón no era la única opción para las galeras, también podían optar por abordar a los enemigos para combatir con los soldados y, en caso de victoria, capturar la nave enemiga. Así pues, se establecían dos modos de combate antagónicos; mientras el uso del espolón requería expertos marineros y remeros, y poco peso, el abordaje no necesitaba tantas habilidades marineras, y sí una fuerte dotación de soldados a bordo.

Los griegos, y particularmente los atenienses, eran excelentes en la embestida debido a la calidad de sus marineros y remeros. Contrariamente a la visión popular, los remeros no eran esclavos, sino profesionales altamente especializados y remunerados que requerían de un intenso entrenamiento para realizar sus tareas adecuadamente.

Disposición de los remeros de un trirreme, según el llamado relieve de Lenormant localizado en el Museo del Acrópolis de Atenas y esculpido durante el siglo v a. C. El nombre de esta pieza viene dado por su descubridor, el arqueólogo francés Charles Lenormant (1802-1859), cuyo hallazgo fue una pieza clave para entender la disposición de los remos en este tipo de galera.

Cabe decir que la embestida requería de remeros con mucha habilidad, ya que se sucedían una serie de complejas maniobras diseñadas con el fin de poder colisionar con el espolón de proa contra el vulnerable centro de la embarcación contraria, evitando simultáneamente que esta hiciera lo mismo. Debía hacerse a gran velocidad para evitar que la presa escapara, pero al mismo tiempo frenar la embarcación justo en el momento del choque. En caso contrario, los dos barcos quedarían empotrados, y no entraría agua por el agujero hecho en el casco enemigo. Además de ello, si no podía retirarse el agresor, los enemigos podrían saltar por la borda y atacar la propia nave, pudiendo dar lugar a una situación muy peligrosa para un atacante veloz pero poco armado. Este, pues, debía dar marcha atrás, alejándose del enemigo y permitiendo que la nave atacada se llenara de agua en pocos minutos y se hundiera, al mismo tiempo que evitaba el abordaje.

Fue esta el arma decisiva para derrotar la segunda invasión persa del 490 a. C., organizada por Jerjes. Años antes, y percibiendo la amenaza que el Imperio vecino suponía, Atenas decidió crear una gran flota de guerra utilizando la plata obtenida de una nueva mina, localizada en Laurium en el 483 a. C. Bajo las ideas del militar Temístocles (520-450 a. de C), Atenas decidió fortalecer su

marina de guerra en lugar de las tropas de tierra, construyendo más de doscientos trirremes que constituirían la base de la flota griega. Esta fue el arma principal griega que intentaría desafiar la inmensa armada del Imperio persa, que reunía casi mil embarcaciones de las regiones conquistadas (Egipto, Fenicia, y Anatolia).

Después de la derrota espartana en las Termópilas, los atenienses tuvieron un encendido debate sobre la idea de abandonar la ciudad o defenderla hasta el final. Ambas tendencias hicieron uso de un extraño augurio del oráculo de Delfos que decía que la ciudad tan solo sería salvada de la conquista persa gracias a una muralla de madera. Mientras algunos interpretaban esta muralla como la de la antigua Acrópolis (construida con este material), Temístocles convenció a sus conciudadanos de que la muralla era el símbolo de la flota griega, y que Atenas debía ser evacuada, ya que no se podía defender del ataque de Jerjes. Mientras los atenienses se refugiaban en la cercana isla de Salamina, los persas asaltaron y conquistaron la ciudad, incendiando el recinto sagrado. La flota persa, que daba apoyo al contingente terrestre, avanzó hasta el estrecho paso de mar entre Salamina y el continente griego, donde se produjo, como ya hemos comentado, el combate naval más multitudinario de la Antigüedad, entre las cuatrocientas embarcaciones griegas y las mil persas.

Debido a la estrechez del paso, la superioridad numérica persa fue inútil, y los expertos marineros griegos destrozaron la flota persa de manera decisiva. Fue esta la batalla más importante de las guerras entre Grecia y Persia, ya que sin una flota que apoyara al ejército, este no podría abastecerse de forma ágil. La victoria de los hoplitas griegos en Platea, el año siguiente, fue el epílogo del conflicto, pues motivó la retirada definitiva persa de Grecia.

La importancia de la flota ateniense dio paso a una talasocracia (es decir a una suerte de imperio marítimo) de Atenas, que intentaba controlar las rutas marítimas del Mediterráneo oriental, conduciendo inequívocamente al conflicto con Esparta, como se ha comentado anteriormente. La destrucción de la flota ateniense mientras los barcos estaban en tierra en la zona de Egospótamos en el 405 a. C., orquestada por el espartano Lisandro, fue sin duda el factor decisivo de la derrota de Atenas, ya que dejó la ciudad incomunicada por mar y sin capacidad para obtener alimentos.

La aventura de Alejandro

La crisis generada por las guerras del Peloponeso permitió que las anteriormente invencibles polis griegas sucumbieran ante el ejército de una nueva potencia militar: Macedonia.

Las innovaciones introducidas por Epaminondas a principios del siglo IV a. C., además de las de otros grie gos, encontraron a un gran seguidor en Filipo (382-336 a. C.), futuro monarca de Macedonia. Filipo vi vió en Tebas durante parte de su juventud, recibiendo entrenamiento militar por parte del mismo Epaminondas. Cuando volvió a su tierra, ya como rey, Felipe II aplicó y perfeccionó los conocimientos sobre táctica y adiestramiento de los soldados, con la ventaja añadida de que Macedonia era famosa por sus caballos, mucho más escasos y pequeños en Grecia. Filipo transformó a los antiguos hoplitas en un nuevo tipo de soldado, llamado *falangita*. Desprovisto del hoplon, el falangita portaba una gran lanza, la *sarissa*, que podía llegar a medir más de seis metros. El material defensivo era similar al del hoplita, aunque en lugar del gran escudo circular, los falangitas llevaban un pequeño escudo que se sujetaba con correas a su brazo izquierdo, porque las dos manos sujetaban la pesada *sarissa*.

La falange macedonia, que constaba de dieciséis líneas (más profunda por tanto que la griega), era una formación más ágil y veloz que la hoplítica, por lo que era posible efectuar maniobras más

complejas. Al mismo tiempo, su potencial ofensivo era superior, ya que las *sarissas* formaban un frente de afiladas púas que impedía al enemigo acercarse a una distancia suficiente como para atacar a los falangitas con espadas o lanzas normales. Las hileras traseras, a su vez, portaban sus lanzas en alto, y protegían en cierto modo a la formación de las flechas debido a que estas topaban con ellas antes de impactar entre los soldados.

Aunque esta falange formaba el núcleo del ejército, la verdadera arma del rey Filipo II fue su caballería. Macedonia, situada al norte de Grecia, tenía una amplia experiencia en el uso de caballos, ya que estos formaban una parte importante de su cultura, y el hecho de montar sobre ellos se había convertido en un símbolo de las clases altas (como pasaría también en Roma, o en Europa durante la época medieval). Filipo adiestró a los jinetes para que fueran capaces de actuar como fuerza de choque, y por ese motivo estaban armados de forma muy distinta a los ligeros jinetes griegos.

El jinete pesado estaba armado con una lanza de tres metros de longitud y cinco kilogramos de peso que podía ser esgrimida como arma de choque o, en casos determinados, lanzada contra el enemigo. Estaba fuertemente acorazado, con corazas musculadas de bronce y casco, y montaba su caballo mediante una silla que le permitía un control bastante correcto de la montura, si bien inferior al que proporcionarán los estribos usados durante época medieval.

La caballería pesada de Macedonia se organizaba en orden cerrado y formación de cuña, el comandante se situaba en la vanguardia para dar ejemplo a sus jinetes, los llamados *hetairoi* o «Compañeros del rey». Aunque arriesgado, este sistema de comandancia, en el que el monarca y sus lugartenientes debían ocupar una posición avanzada y ser los primeros en el combate, funcionó a la perfección, ya que conectaba con los mitos de combate griegos que se habían introducido en la cultura macedonia, de los que destacaban los relacionados con la *Ilíada* de Aquiles, Héctor y demás héroes. El comandante macedonio debía dar ejemplo de valentía y coraje a sus soldados durante el combate, y era a partir de estas cualidades como se ganaba su respeto y el privilegio de llevarlos a la batalla.

Esta formación de jinetes de élite se situaba en uno de los flancos, y era dirigida al punto más débil de la formación enemiga con la intención de romperla, mientras que los falangitas formaban el centro del ejército macedonio, complementados por infantería ligera (cuyos miembros recibían el nombre de *hipaspistas*) y caballería ligera, que eran los encargados de hostigar al enemigo.

Con este heterogéneo ejército, que como vemos era mucho más sofisticado que las primitivas falanges hoplíticas, Filipo II desencadenó una serie de campañas de conquista que le permitieron controlar una gran parte de terreno, dentro de la cual se encontraban Tracia, Tesalia, y la mayoría de las polis griegas. Estas habían perdido su independencia después de la batalla de Queronea (338 a. C.), cuando el ejército, dirigido por Filipo II, se enfrentó a una liga helénica capitaneada por Tebas y Atenas. El monarca macedonio le concedió la comandancia de la caballería pesada a su joven hijo Alejandro (356-323 a. C.), que participó activamente en la derrota aplastante de las fuerzas griegas, incluyendo el exterminio de la Banda Sagrada tebana.

Caballería macedonia, probablemente parte del contingente de Tesalia. Estos jinetes ligeros gozaban de gran prestigio, y fueron uno de las mejores bazas de Alejandro como apoyo de sus compañeros. Este relieve es parte del llamado Sarcófago de Alejandro, construido poco después de la muerte del monarca macedonio.

La consecuencia fue el fin de la independencia griega, aunque Filipo no arrasó las polis aliadas contra él, a cambio de apoyo económico y soldados para una futura campaña que aseguraría la destrucción de Persia, eterno rival de los griegos.

Pocos años después, el monarca macedonio murió en extrañas circunstancias. Aunque hubo rumores que acusaban a su hijo Alejandro, este heredó el trono de Macedonia y, con él, la extraordinaria máquina de guerra en la que se había convertido el ejército de Filipo. Con ella inició diversas campañas de conquista y sumisión de territorios circundantes, incluyendo la supresión de una rebelión griega que acabó con la destrucción de Tebas en el 335 a. C.

Cuando todo el territorio del Imperio macedonio estuvo bajo control, quien habría de pasar a ser conocido por la posteridad como Alejandro Magno cruzó en el 334 a. C. el estrecho llamado Helesponto, entre Europa y Asia, con un ejército de treinta y cinco mil combatientes, listo para desafiar al temible Imperio persa. La primera batalla, sucedida a orillas del río Gránico, enfrentó a las tropas de Alejandro con las reunidas por los sátrapas (gobernadores locales) de Asia Menor, concluyendo en una derrota total de las tropas persas. Los Compañeros, encabezados por el propio Alejandro, cruzaron el río donde estaban desplegados los persas, y seguidamente arrollaron el flanco de la formación enemiga con el apoyo de la falange, que al mismo tiempo la estaba atacando por el frente. El resultado fue una gran victoria para Alejandro, que continuó su marcha imparable para conquistar las ciudades de la zona, de cultura griega, entre ellas Halicarnaso y Mileto. El año siguiente se enfrentaría a un segundo ejército persa, en Issos, mucho más potente y mejor dirigido, encabezado por el mismísimo rey persa, Darío III, que según algunas fuentes llegaría a los ochenta o noventa mil combatientes.

Compuesta por las mejores tropas de todo el Imperio, la fuerza de Darío puso en un aprieto a los macedonios, a punto estuvo la caballería persa de derrotar al flanco derecho de Alejandro, formado por tropas ligeras. El monarca macedonio guió a los hipaspistas hasta el centro enemigo, formado por mercenarios griegos, y seguidamente subió a lomos de su caballo Bucéfalo para guiar una imparable carga de la caballería pesada, que consiguió derrotar a los persas. Alejandro intentó dirigir el ataque directamente contra Darío, situado en un carro en la retaguardia del centro persa. Cuando estaba a punto de llegar hasta su enemigo, el macedonio fue informado de que su centro corría peligro, hecho que hizo que los Compañeros dieran la vuelta y se lanzaran al ataque de los mercenarios griegos, permitiendo la huida de Darío pero asegurando la victoria macedonia.

Reconstrucción hipotética de una parte del Sarcófago de Alejandro, realizado poco después de las conquistas macedonias. Se aprecian los cascos tracios, típicos de los falangitas macedonios.

Una vez más los persas no fueron capaces de derrotar a la invencible caballería de Alejandro, que, como en la batalla anterior, atacó y derrotó a sus rivales combinando su ataque con el del resto de tropas, mostrando cómo las elaboradas tácticas creadas por Epaminondas y Filipo daban su fruto.

Después de Issos, Alejandro tuvo el camino abierto para conquistar toda la zona del Imperio persa que bordeaba el Mediterráneo, asediando y conquistando Sidón, Tiro, Gaza y Egipto, en los años posteriores, y capturando la flota de guerra persa al completo. Seguidamente, se dirigió al corazón del Imperio persa, cruzando el Éufrates en el 331 a. C. En esta zona, cerca de la población de Gaugamela, Darío había creado un nuevo y masivo ejército que, formado por cien mil hombres, debería acabar con la amenaza que Alejandro suponía. Para hacerlo, Darío sorprendió a su rival intentando desarticular la formación de los hipaspistas mediante el ataque en masa de elefantes y un arma secreta poco conocida por las tropas de Alejandro: los carros escitas. Estos vehículos, creados por las gentes de la zona de Escitia, situada en Asia central, tenían en cada rueda una afilada hoja metálica de unos dos metros de longitud, y eran lanzados a toda velocidad contra formaciones cerradas de infantes para sembrar el caos por el peligro que suponían. Los macedonios no cedieron, y Alejandro intentó de nuevo llegar hasta Darío atacando con su caballería pesada desde el flanco derecho. Igual que en Issus tuvo que retroceder después de derrotar al centro persa debido al peligro que corría una parte de su ejército, en este caso el flanco izquierdo.

Mosaico de Alejandro (Pompeya). El mosaico data del siglo I a. C., pero muy probablemente sea una copia de otro contemporáneo al monarca macedonio. Muestra la batalla de Issos o la de Gaugamela, y se puede apreciar a Darío huyendo en su carro ante el ataque de Alejandro y sus compañeros.

Esta batalla marcó, de todos modos, el fin del Imperio persa de Darío, ya que Alejandro conquistó en los años siguientes la totalidad del mismo, y aquel fue asesinado mientras huía de su

obstinado perseguidor.

Alejandro Magno, por otra parte, no quedó contento con estas extraordinarias hazañas. Obsesionado por la gloria y la figura de Aquiles, cada vez estuvo más convencido de que, de hecho, él mismo era un dios y de que debía seguir las conquistas sin tregua hasta dominar todo el mundo conocido. Con esta intención marchó hacia el este después de capturar la capital persa, Persépolis, ocupando Media, Bactria y Partia (a grandes rasgos, los actuales territorios de Irán y Afganistán).

Sus soldados macedonios, por otra parte, estaban cansados de la guerra, ya que después de la caída de Persia no veían sentido a continuar las conquistas. Así, hubo diversos intentos de asesinar a Alejandro, aunque todos fueron finalmente frustrados. En estos complots participaron algunos de los más íntimos amigos y oficiales del monarca, que fueron ejecutados sin vacilar. Finalmente, una parte del ejército dejó a Alejandro y se volvió a Macedonia.

Alejandro continuó la marcha con las tropas restantes hacia el este, convirtiendo esta expedición en una gran aventura por tierras a las que ningún griego había llegado. Decidió cruzar el río Hindus (situado en el centro de Pakistán), y en el 326 a. C. se enfrentó, cerca del río Hydaspes (afluente del anterior), al rey Porus, que controlaba la región. Aunque las tropas de Alejandro tuvieron dificultades para derrotar a los elefantes lanzados por sus enemigos, finalmente los increíbles macedonios volvieron a vencer, y continuaron su marcha. Pese a todo, Alejandro era cada vez más esclavo de paranoias sobre conspiraciones y de su obsesión por ser considerado un héroe. Además de ello fue herido de gravedad durante el asedio de Massaga, se lanzó al combate de forma casi suicida convencido de su inmortalidad, siendo atravesado por una flecha.

Finalmente su ejército al completo se amotinó durante el cruce del río Hyphasis (actualmente entre Pakistán y la India), y Alejandro tuvo que retirarse de nuevo hacia los territorios del antiguo Imperio persa. Aunque tenía la idea de volver a conquistar el Mediterráneo occidental, murió en el 323 a. C., en medio de sospechosas circunstancias; tenía tan solo treinta y dos años.

Los años posteriores vieron la fragmentación de los territorios conquistados, por los que lucharon sus antiguos oficiales (los llamados *diadochoi* o diadocos). Su Imperio no duró demasiado tiempo, aunque algunas de las monarquías creadas por los aristócratas macedonios llegaron hasta la conquista romana, como, por ejemplo, la dinastía Tolemaica, de la que fue parte la famosa reina egipcia Cleopatra. En cualquier caso, Alejandro extendió la cultura helénica por todo el Mediterráneo oriental y, al mismo tiempo, por supuesto y en tanto que parte de aquella, la forma de guerrear de los griegos.

Máquinas de guerra

Dada la importancia capital de las ciudades en la cultura griega es lógico pensar que su defensa y conquista fueran algunos de los objetivos de las guerras libradas en esta región. Por ese mismo motivo las ciudades helénicas, igual que las de otras zonas del globo, se dotaron de potentes murallas desde sus inicios. Así, por ejemplo, las ciudades de la cultura micénica tenían murallas de construcción ciclópea, compuestas por inmensos bloques de piedra. Como las puertas eran los elementos más débiles de estos sistemas defensivos, se construían complicados accesos que permitieran a los defensores hostigar a cualquiera que quisiera penetrar por ellas haciendo uso de proyectiles. Modelo señero de ello es la conocida como puerta de los Leones, situada en la misma ciudad de Micenas (en el sur de Grecia) y erigida hacia el siglo XIII a. C.

Estos sistemas de defensa fueron, hasta el siglo V a. C., muy superiores a cualquier elemento de

ataque que los ejércitos griegos pudieran crear. Debido a ello, el método tradicional de asedio era el sitio de la ciudad mediante un anillo de circunvalación, vigilado por los atacantes. Se intentaba rendir a la ciudad a través del hambre y la sed, ya que no había ningún modo fácil de derribar las murallas e introducirse en el recinto urbano. Una muestra es el asedio a la ya citada ciudad de Troya que como sabemos narra la *Ilíada* de Homero y que duró hasta diez años según el autor.

El otro recurso de los atacantes, también explicado en los cantos homéricos a partir del caballo de madera creado por Ulises, era el acceso a la ciudad a partir de alguna treta ingeniosa que cogiera desprevenidos a los defensores. De manera más común las ciudades eran tomadas debido a la traición de algún habitante de la ciudad, que abriría las puertas a cambio de riquezas o promesas por parte de los sitiadores.

Poco a poco, y gracias a la adopción de tecnologías desarrolladas por fenicios y asirios anteriormente, se fue mejorando otro tipo de mecanismo de ataque que a la larga ocupó un espacio importante en los asedios: el asalto. Según este, el atacante debía desarrollar métodos para derruir parte de las murallas y acceder al interior de las mismas, conquistando así la ciudad en un tiempo mucho menor que el mero sitio. Esta parte de los sistemas poliorcéticos (los elementos de ataque y defensa de una ciudad) tuvo un gran auge durante el siglo V a. C. y posteriores, cuando se inventaron gran cantidad de máquinas y técnicas para destruir tanto las murallas de la ciudad como los artilugios creados por los sitiadores.

Así, aparecieron proyectiles incendiarios que servían para quemar casas, y elementos fabricados en madera usados por los dos bandos; arietes llevados por soldados o montados en armazones con ruedas; y, especialmente, grandes ingenios de madera diseñados para aproximarse a las murallas enemigas. De entre estos destaca la *sambuca*, una especie de escalera que, mediante contrapesos, podía ser subida en cualquier momento a modo de pasadizo protegido para que los atacantes pudieran salvar el desnivel de la muralla. También se crearon torres con ruedas protegidas del fuego por pieles de animales humedecidas, ideadas con la misma intención.

Además de ello se crearon ingeniosos diseños para lanzar proyectiles. Estos eran especialmente útiles para los atacantes, permitían derruir poco a poco las murallas, creando una brecha por la que, en el momento oportuno, se pudiera emprender un asalto por el ejército sitiador y conquistar la ciudad. Fue durante el reinado de Dionisio I (405-367 a. C.), tirano de Siracusa, cuando todas estas innovaciones técnicas llegaron a la madurez. Siracusa era una de las polis más importantes de la llamada Magna Grecia, la región donde se ubicaban las colonias griegas establecidas en la Italia meridional y oriental. Enfrentado a la colonia fenicia norteafricana de Cartago, debido a la competencia económica de ambas ciudades, Dionisio contrató a los mejores técnicos de todo el mundo griego para convertir Siracusa en una fortaleza impenetrable y conquistar a su vez las ciudades aliadas de Cartago.

Así, en esta época de florecimiento de las artes del asedio se crearon infinidad de máquinas lanzadoras, de las que destacaban los *gastraphetes*, precursores de las ballestas posteriores, y sus hermanos mayores, los *oxybeles*, también llamados *katapeltes* («perforador de escudos»), que posteriormente dieron paso a las catapultas romanas y medievales. No es casualidad que, un siglo después, fuera en esta misma ciudad, convertida en el centro de la tecnología de asedio griega, donde naciera Arquímedes (287-212 a. C.), que además de realizar numerosos progresos científicos también creó nuevos sistemas de asedio y defensa. Un ejemplo de ello es el diseño de máquinas de torsión capaces de lanzar piedras de ochenta kilogramos de peso contra las murallas enemigas, o espejos que captaran la luz del sol para incendiar las naves enemigas.

No fue hasta la época helenística (siglo IV-I a. C.) que los asaltos a ciudades se popularizaron de

forma decisiva. El desarrollo de tropas ligeras especializadas y el perfeccionamiento tecnológico fueron los elementos principales de este avance en los sistemas de ataque a una fortificación. Pese a ello, el sitio y la traición continuaron siendo los principales métodos de conquista de una ciudad, puesto que permitían no exponer valiosas tropas en unos asaltos que podían llegar a ser muy arriesgados para los luchadores.

3

La hora de Roma

Las legiones

La República romana y sus instituciones se generaron durante los siglos V y IV a. C. Desde sus orígenes, Roma, a menudo con el apoyo de otras poblaciones latinas, combatió a pueblos vecinos: sabélicos; volscos o etruscos de la ciudad de Veyes, etc. A mediados del siglo IV a. C., los romanos dominaron totalmente la inmediata región del Lacio, apoyaron la creación de ciudades latinas y fundaron colonias romanas, establecieron pactos federales con otras ciudades, avanzaron sobre la Campania y mantuvieron tres durísimas guerras contra los samnitas. Roma, convertida en capital del Lacio unificado y dueña de la Campania, vio crecer espectacularmente sus efectivos militares, ya que los hombres libres de las ciudades que habían obtenido la *civitas*, o ciudadanía romana, debían servir en el ejército. La clonación de ciudades romanas, en forma de nuevas colonias, también multiplicaba las expectativas militares del emergente Estado republicano, puesto que a mayor número de ciudadanos mayor número de combatientes. Esta potencia territorial suponía una novedad relevante, por consiguiente las polis griegas, pese a mantener vínculos entre sí, según sus orígenes, raramente llegaron a formar estados cohesionados. A principios del siglo III a. C., los romanos sometieron Etruria y, tras durísimas guerras, las ciudades griegas de las costas itálicas. A mediados y a finales del mismo siglo, Roma luchó contra los cartagineses, y los derrotó en las dos sucesivas guerras púnicas (264 a 241 a. C.; y 218 a 201 a. C.), y aun habría una tercera guerra contra Cartago a mediados del siglo II a. C. (149-146 a. C.). A inicios del siglo II a. C., Roma se aprestaba a explotar sus primeras provincias exteriores: la Citerior y la Ulterior en Hispania.

Durante las primeras guerras de expansión de Roma, en los siglos V y IV a. C., el armamento y las técnicas de combate de sus guerreros no eran diferentes de las de otros pueblos de la época, todos se basaban, con mayor o menor efectividad, en las aportaciones que había generado la revolución hoplítica. El grueso del ejército romano estaba compuesto por infantes pesadamente armados con escudos y lanzas, dispuestos en línea y generando nutridas falanges. La infantería ligera marchaba al frente, dispersa, y la caballería guardaba los flancos.

La singularidad de Roma comenzó cuando desbordó los límites de la ciudad-estado y se convirtió en un auténtico Estado con ciudades. A partir de ese momento, los romanos pudieron organizar ejércitos de grandes dimensiones y pasaron a ensayar innovaciones. Durante el siglo IV a. C., el dictador Marco Furio Camilo (446-365 a. C.) propició grandes reformas como la fijación de un sueldo para pagar a las tropas. Pero el cambio más importante y revolucionario fue el diseño de la

legión como unidad autónoma y básica del ejército. La legión estaba formada por treinta manípulos o grupos, cada uno contaba con dos centurias de sesenta soldados cada una, y al frente se situaba un centurión que mandaba con el apoyo de un *optio* y del *signifer*, que portaba la enseña o estandarte. Había, además, pequeños grupos de infantería ligera, los vélites y hasta trescientos jinetes repartidos en diez secciones o turmas.

Representación de guerrero etrusco con un equipo de combate típico del siglo V a. C. Destaca la armadura corporal de lino endurecido. En el casco dispone de carrilleras articuladas. Museo Británico. Fotografía de X. Rubio.

Los soldados eran hombres libres que tributaban al Estado, mayoritariamente pequeños propietarios agrícolas que podían ser movilizados según las necesidades. Cada uno debía procurarse el equipo, hecho que podía generar diferencias clasistas entre los legionarios. La vida de estos ciudadanos militarizados no era fácil, las largas campañas con ausencias prolongadas implicaban la posibilidad de que los granjeros se empobrecieran o se arruinaran. Sin embargo, durante decenios, y con las oportunas reformas, la legión se rebeló como un sistema militar complejo extremadamente eficiente.

La legión se desplegaba de manera similar a los cuadros de un mismo color de un tablero de ajedrez. Las agrupaciones de unidades se disponían en tres líneas. En primer lugar, formaban en cuadro los manípulos de *hastati*, los soldados más fuertes y jóvenes. Los manípulos de esta primera línea se mantenían separados entre ellos.

La segunda línea la componían los manípulos de *príncipes*, que eran legionarios algo más maduros que los *hastati*, normalmente tenían entre veinticinco y treinta y cinco años. Generalmente llevaban un mejor equipo, ya que al tener más edad disponían de más bienes y mejores expectativas económicas. De igual manera, los *príncipes* se desplegaban en manípulos separados, pero dispuestos de forma alternativa a los de la primera línea, teniendo al frente los huecos de esta.

Si se consideraba necesario, los manípulos de la segunda línea, los *príncipes*, podían avanzar y cubrir los huecos de la primera formando un frente conjunto.

La formación era muy plástica, puesto que de igual manera las unidades de la primera línea podían retirarse por los huecos que dejaba el despliegue de las unidades de la segunda.

Finalmente, nos podemos encontrar en el despliegue legionario romano a los *triarii*, los legionarios de más edad, que se desplegaban en línea formando una falange continua sin huecos.

La caballería se situaba en los extremos cubriendo los flancos de la maniobra. Su papel en las batallas era complementario, su función principal era la exploración del territorio y la persecución del enemigo. Los estribos no se conocían, las herraduras eran extrañas, y los caballos de pequeñas dimensiones, razones todas ellas por las que la caballería, con una capacidad ofensiva limitada, era un arma más auxiliar que decisiva. Los caballeros eran normalmente los legionarios con más solvencia económica, los que podían costearse el equipo y el caballo.

Al frente de la legión desplegada se disponían los vélites, la infantería ligera armada con jabalinas y hondas. Los vélites agrupaban ciudadanos pobres y jóvenes que no podían costearse un equipo militar.

La batalla comenzaba con los vélites hostigando al enemigo con dardos y piedras. Cuando el combate entraba en una fase resolutiva, los vélites se retiraban entre los espacios vacíos de los manípulos de la primera formación. A continuación, atacaban los *hastati*. Su armamento era idéntico al de los *príncipes* o muy similar. En general portaban un casco de bronce, un disco frontal protector en el pecho, también de bronce, o cota de malla corta de tradición céltica, un escudo alargado de grandes dimensiones, una jabalina y una lanza pesada, mitad de madera, mitad de hierro, denominada *pilum*, una espada corta, un puñal y, en algunos casos espinilleras (grebas o cnemides).

Recreación de un *equites*, soldado romano de caballería, siglo II. El equipo de desfile implicaba la utilización de máscaras antropomorfas. El jinete está equipado con cota de malla corta de tradición celta, escudo de pequeñas dimensiones y espada. Los caballos eran de pequeñas dimensiones y no se conocía el uso del estribo. Fotografía de F. X. Hernàndez.

En tiempos de la II guerra púnica (218-201 a. C.) se generalizó el uso de las cotas de malla cortas de tradición gala.

Los *hastati* avanzaban alineados y lanzaban las jabalinas contra el enemigo con el ánimo de diezmar sus filas. Tras continuar su avance lanzaban el *pilum* pesado. Los escudos que recibían el impacto resultaban inutilizables, el peso de la larga pértiga imposibilitaba su uso.

A continuación, los *hastati* desenvainaban las espadas cortas de tradición hispana, aptas para clavar y pinchar. En el cuerpo a cuerpo procuraban cubrirse con el escudo que levantaban hacia arriba para mirar y pinchar el torso del contrario.

Cuando los *hastati* estaban cansados o tenían problemas se retiraban de manera ordenada entre los huecos que habían dejado los manípulos de la segunda formación. Entonces los manípulos de este segundo escalón, el de los *príncipes*, avanzaban ordenadamente y repetían la operación, lanzaban jabalinas y lanzas y atacaban con la espada. La segunda descarga de jabalinas y lanzas podía tener efectos devastadores sobre las líneas contrarias, especialmente si estaban cansadas o debilitadas, cosa que pasó en batallas decisivas como Cinoscéfalos (197 a. C.) o Ampurias (195 a. C.). La línea de *triarii* era la reserva, una especie de muralla tras la que se refugiaban *hastati* y *príncipes* en caso de derrota o retirada. Los *triarii* mantenían el armamento típico de los hoplitas: casco, armadura, un gran escudo y una larga lanza. De hecho, formaban en falange y constituían el muro de seguridad por si hubiera que cubrir a los compañeros en retirada.

Las reformas furianas fueron auténticamente revolucionarias. El concepto de hoplita que luchaba en filas y con la larga lanza en mano quedó obsoleto. Los romanos lanzaban jabalinas y lanzas como armas arrojadizas, y la estructura manipular les permitía reforzar el ataque, retirar tropas cansadas o empujar hacia el combate tropas de refresco. Nada de esto podía hacer la falange de hoplitas, condenada al combate de corta distancia, y sin posibilidad clara de dar relevo a los combatientes de las primeras filas que pudieran bajar de rendimiento a causa del cansancio y de la presión ambiental.

Normalmente un ejército romano estándar, el llamado «ejército consular», desplegaba dos legiones, una al lado de otra, flanqueándolas había tropas aliadas, las llamadas «alas», y finalmente en el extremo de los flancos aparecía la caballería, que podía ser propia o aliada.

Las marchas de la legión estaban perfectamente protocolizadas y los legionarios caminaban portando solamente las armas. Los bagajes, es decir, las tiendas, las provisiones y las herramientas, eran transportados por asnos.

Las legiones furianas, ensayadas desde principios del siglo IV a. C., se perfeccionaron durante las guerras púnicas. Su rendimiento y efectividad aumentó con el paso de los años. En las batallas de Zama (202 a. C.; cerca de Cartago); Cinoscéfalos (197 a. C., en Tesalia, Grecia) y Ampurias (195 a. C., en lo que hoy es el Ampurdán catalán, entonces Hispania), la estructura manipular mostró su total madurez al actuar con perfecta sincronización y eficacia.

La siguiente reforma,incluso más revolucionaria, la impuso el general Cayo Mario (157-86 a. C.). Mario, que era un demócrata, rompió el vínculo entre propiedad y ejército, abrió las puertas de la milicia a los pobres a cambio de un sueldo y de la ciudadanía romana si no la poseían. La extensión de la ciudadanía romana acabó a su vez con las unidades de alia dos. El servicio limitado a una campaña se cambió por presencias más permanentes y la antigua milicia romana se convirtió en un cuerpo de profesionales. Mario acabó con las categorías furianas (*vélites, hastati, príncipes, triarii*) que tenían un trasfondo clasista. A partir de entonces, solo hubo legionarios, todos sus miembros iban armados igual: casco de bronce, cotas de malla corta, escudo grande, espada hispánica, puñal, espinilleras, *pilum* y jabalina; y además era el Estado el que suministraba las armas.

Casco de bronce de los denominados tipo «Montefortino» de tradición céltica, fueron utilizados ampliamente por los legionarios romanos durante el periodo republicano. Museo Británico. Fotografía de X. Rubio.

Mario también acabó con el transporte del bagaje por parte de asnos. La legión debía ser autónoma y ello implicaba que cada combatiente debía ser capaz de transportar su impedimenta: el capotemanta militar, las raciones de comida, potes y ollas, y en algunos casos un par de estacas para las empalizadas del campamento y un pico, un hacha o una pala. El equipo completo pesaba el equivalente a unos cuarenta kilogramos actuales, y los legionarios se adiestraban en largas marchas con ese peso. No por casualidad la gente llamó a los legionarios «las mulas de Mario». Una alimentación frugal a base de gachas de pan, tocino y queso, y una disciplina rígida definían la austera vida cotidiana del legionario.

Las reformas de Cayo Mario instituyeron, también, una nueva unidad táctica, la cohorte, formada por tres de los antiguos manípulos, es decir, por seis centurias. La legión pasaba a tener unos cinco mil soldados organizados en nueve cohortes de quinientos legionarios cada una, una cohorte de élite con ochocientos legionarios y unos ciento veinte jinetes. Pero las legiones conservaron su forma táctica de despliegue en forma de cuadros de ajedrez. La primera formación la componían cuatro cohortes que se desplegaban por centurias y con cuatro líneas de fondo. Entre cada cohorte había los preceptivos espacios intersticiales. La segunda formación estaba compuesta por tres cohortes y la tercera por otras tres, todas separadas entre ellas para permitir las maniobras.

Este tipo de formación se mantuvo prácticamente sin cambios durante los últimos tiempos de la República y durante el Imperio. En algunos periodos la fuerza nuclear de las legiones se reforzó con tropas auxiliares, especializadas o reclutadas en determinadas regiones. No se trataba de tropas aliadas, sino de cuerpos especiales integrados directamente en el dispositivo militar romano.

En tiempos del primer emperador, Augusto (27 a. C.–14), el ejército romano se componía de treinta legiones permanentes desplegadas a lo largo y ancho del Imperio. Cada legión tenía un

número y un nombre (VI *Victrix*; IX *Hispana*; VI *Ferrata fidelis constans*…), y los legionarios poseían un fuerte espíritu de cuerpo que les vinculaba a su unidad.

Entre el siglo I a. C. y el III el equipo de combate varió relativamente poco. Durante el siglo II aparecieron las armaduras segmentadas hechas con plancha de hierro y con el mismo metal comenzaron a fabricarse los cascos. Las tácticas de combate continuaron en la misma tónica, las cohortes de infantería atacaban con jabalinas y lanzas y después cargaban espada en mano.

Roma contó con excepcionales comandantes que utilizaron sabiamente la potencia y eficacia de las legiones. Publio Cornelio Escipión, el Africano, derrotó al cartaginés Aníbal; Marco Porcio Catón diseñó el increíble despliegue romano en la batalla de Ampurias; Cayo Mario combatió con denuedo en el norte de África. Julio César fue sin duda uno de los mejores comandantes de todos los tiempos, luchó contra todo tipo de enemigos: celtas, legiones de Pompeyo, egipcios… Tanto en las batallas en campo abierto como en los asedios alcanzó victorias sorprendentes: Farsalia, Ilerda, Munda, Alesia… Augusto derrotó a las fuerzas de Marco Antonio y Cleopatra en la gran batalla naval de Actium. Emperadores como Trajano y Adriano expandieron sistemáticamente las fronteras del Imperio más allá del Danubio y hacia Mesopotamia. Pero es evidente pese a todo ello que, además, la fuerza del ejército romano también radicó en sus mandos directos, tribunos y legados, y en su oficialidad. Los centuriones y sus ayudantes, los *optio*, fueron la columna vertebral de las legiones, y los centuriones *primus pilus*, los que tenían como responsabilidad el despliegue de la legión, fueron los auténticos protagonistas de la aventura militar romana.

Ingeniería militar

La superioridad militar romana se basaba, también, en criterios defensivos de fortificación. Cuando las tropas no estaban desplegadas para el combate debían estar protegidas, bien fuera en campamentos de campaña mínimamente fortificados, bien en fortalezas o en ciudades amuralladas. Igualmente, el ejército romano entendía que debía disponer de técnica y tecnología suficientes para expugnar o asaltar cualquier tipo de fortificación enemiga.

La movilidad del ejército formaba parte esencial de la doctrina militar romana desde los orígenes de la República. Las legiones debían poder trasladarse con rapidez para golpear al enemigo en cualquier lugar, si había posibilidad se embarcaban para ganar tiempo y evitar el deterioro del equipo, y cuando la vía marítima no era posible marchaban a pie. Los legionarios romanos estaban acostumbrados a cubrir marchas diarias de más de treinta kilómetros transportando sus armas y bagajes. Marchaban siguiendo unas pautas, en cuanto a tipo de formación, que permitían que, en caso de ataque por sorpresa, la columna pudiera adoptar fácilmente una formación de combate para defenderse. Al finalizar la marcha se procedía a construir el campamento a partir de un protocolo muy experimentado.

Fragmento de la columna Trajana (Roma) que muestra la construcción de fortificaciones y un grupo de legionarios en marcha, con la impedimenta atravesando un puente de pontones sobre el río Danubio. Los bajorrelieves de la columna representan la invasión de la Dacia por parte del emperador Trajano a principios del siglo II.

Un oficial de alta graduación, un tribuno, y un grupo de exploradores que marchaban avanzados decidían el lugar de acampada, preferentemente en un lugar llano y con agua. Para acampar un ejército de dos legiones, más aliados, se necesitaban, por término medio, unos doscientos cincuenta mil metros cuadrados. Normalmente el campamento se organizaba en forma de cuadrado o rectángulo de quinientos metros de lado, o bien de cuatrocientos por setecientos. Las dimensiones finales variaban según las características del terreno. En algunos casos, el campamento podía tener un perímetro irregular para adaptarse a las condiciones del terreno. Un eje o vía principal, la vía *Pretoria*, unía las entradas situadas en el centro de las aristas opuestas más alejadas del rectángulo. Otra dos vías, la *Quintana* y la *Principalis*, cortaban en perpendicular la vía *Pretoria*. La vía *Principalis* conectaba con las otras dos entradas, y cuando se cruzaba con la vía Pretoria definía el foro o plaza de armas del campamento. Las líneas principales del campamento se trazaban a partir de estacas y cordeles. Los ingenieros, por medio de un instrumento llamado *groma*, marcaban velozmente las líneas principales de taludes, fosos y calles utilizando banderines como referencias visuales. Una vez llegados al lugar de acampada, los legionarios procedían a excavar un foso periférico con la mayor brevedad posible. Mientras unas cohortes trabajaban, el resto permanecía sobre las armas y en formación de combate para conjurar o repeler cualquier posible ataque contra las obras. En algunas ocasiones se llegaron a construir campamentos bajo el acoso directo del enemigo, o a pocos metros de campamentos o formaciones contrarias como en la campaña de César en Ilerda (Lleida), en el 49 a. C. En más de una ocasión los romanos ganaron sus batallas a golpes de pala y zapapico gracias a sólidos campamentos defensivos. En el proceso de construcción la tierra extraída del foso se acumulaba en el lado interior del campamento con la finalidad de formar un terraplén. En poco tiempo se definía un formidable obstáculo compuesto por el foso y el terraplén, o *agger*, sobre el que se colocaban estacas afiladas. Normalmente cada legionario transportaba dos estacas. Un ejército de dos legiones, más aliados o auxiliares podía alcanzar los veinte mil combatientes, ello significaba que cada metro de los tres mil que podía alcanzar el perímetro de un campamento acumulaba diez o más estacas. Una vez finalizada la protección del recinto las unidades procedían a levantar las tiendas de campaña, cada unidad sabía perfectamente su ubicación en relación a otras unidades y al campamento, esta tarea, pues, no presentaba demasiada complejidad. Cuando el campamento estaba frente al enemigo, los fosos se excavaban más profundos y los terraplenes se levantaban más altos. Si el campamento adquiría una cierta continuidad temporal en un asedio, una campaña larga o la defensa de una frontera, el perímetro defensivo se reforzaba hasta llegar a contar, incluso, con muros de piedra.

Las guardias en el campamento eran muy estrictas. Cada día había una contraseña que decidía el máximo responsable militar. Los centinelas pedían la contraseña a cualquiera que pretendiera entrar en los recintos militares, o para que los desconocidos se identificaran frente a las patrullas, así, una palabra debía ser respondida de forma precisa con otra: eran la seña y la contraseña. El desconocimiento de la contraseña implicaba la presencia de potenciales enemigos y la consiguiente alarma.

En campañas largas, con desplazamientos de centenares de kilómetros, la construcción diaria de campamentos comportaba una rutina agotadora. Sin embargo, la capacidad para marchar y la fortificación volante practicada por las legiones eran el factor que hacía de ellas maquinarias invencibles. Normalmente las campañas se ganaban más con las *caligae*, las sandalias militares, que con las armas.

El ejército romano contaba también con fortalezas, y la estructura medular del propio Imperio se basó, en última instancia, en una red de ciudades fortificadas unidas entre sí por calzadas que permitían un tránsito rápido de unidades militares. En muchos casos, el ejército se convirtió en factor de colonización y bastantes campamentos militares acabaron transformándose en ciudades. En cualquier caso, la estructura de un campamento y de una ciudad eran las mismas. Los romanos construían ciudades de perímetro cuadrado o rectangular, a semejanza de los campamentos, definidas por dos vías principales que se cruzaban en perpendicular en el foro. En muchos territorios imperiales, las ciudades estaban fortificadas, en algunos casos, porque eran avanzadas de colonización en territorios parcialmente dominados, en otros para prevenirse de los efectos de posibles incursiones. Finalmente, en los últimos tiempos del Imperio, la fortificación intentaba dar seguridad frente a las incursiones de los pueblos bárbaros. Las ciudades amuralladas eran puntos de referencia desde los cuales se podía organizar la defensa de un territorio.

Las tipologías de defensa y el tipo de murallas romanas que conocemos dependen del momento histórico y de la función ejercida. Uno de los campamentos romanos más antiguos conocidos es el de Ampurias (L'Escala, en la actual provincia española de Gerona), que se construyó cuando Cneo Cornelio Escipión desembarcó en el lugar en el 218 a. C. para impedir que los cartagineses de Hispania mantuvieran contacto con los ejércitos de Aníbal en la península itálica. El campamento, por otra parte, se mantuvo en activo durante casi dos siglos y, lógicamente, sus defensas se fueron perfeccionando. Lo que se ha conservado es una muralla con una base de grandes bloques y un cuerpo de mortero de arena y cal construido con encofrados. Probablemente las defensas estaban rematadas con almenas de madera. La muralla era baja y necesitaba una guarnición importante para asegurar la defensa, aspecto que evidencia la estructura defensiva de un campamento permanente. También se diseñó como muralla campamental el recinto de Tarragona originado en el 218 a.C., sin embargo, la base militar pronto se convirtió en la capital de la provincia Citerior de la Hispania romana, situación que exigió la construcción de mejores defensas. Las murallas se construyeron con una base de bloques ciclópeos y un lienzo de gran altura, prácticamente sin torres, construido con una imponente sillería. Por el contrario, las murallas de ciudades como Lugo, que apoyaron la romanización del norte hispano pocos años antes de Cristo, se construyeron con numerosas torres cilíndricas y aparejo de cal y canto.

Murallas romanas de Ampurias (L'Escala, Gerona), construidas con sillares y mortero de cal y arena mediante encofrados. Probablemente se trata de las murallas del último campamento castrense en Ampurias. El campamento de Ampurias fue construido por Cneo Cornelio Escipión en el 218 a. C. Fue la primera base romana en la península ibérica. A mediados del siglo I a. C., el antiguo campamento comenzó a transformarse en ciudad. Fotografía de X. Rubio.

En general, los romanos no hacían sino mantener las tradiciones de arquitectura de la fortificación que habían recibido de otros pueblos: etruscos, griegos y púnicos.

En el periodo helenístico que sucedió a Alejandro Magno, la llamada «poliorcética», el arte de construir y destruir las fortificaciones, alcanzó un alto virtuosismo. En este periodo se desarrollaron defensas muy pensadas que tenían en cuenta la instalación y los ángulos de tiro de las máquinas de guerra, esto es, balistas y catapultas (de ambas hablaremos detalladamente más adelante) para defender las murallas. Los romanos conocieron los logros técnicos del helenismo y, en última instancia, su cultura de fortificación fue subsidiaria de los avances ingenieriles griegos. Durante el periodo republicano y alto imperial, entre los siglos III a. C. y III, los recintos se caracterizaron por la potencia de su fábrica que usualmente utilizaba una espectacular sillería en cuanto a dimensiones de los bloques, a veces ciclópeos. También se usaron de manera sistemática buenos morteros de cal y arena. Las torres defensivas en las murallas eran usuales, pero no respondían a una sistemática clara.

Ya desde el primer emperador, Augusto, el Imperio acometió obras de fortificación imponentes: así se construyeron larguísimas barreras fortificadas, con fosos y empalizadas, custodiadas regularmente por guarniciones, a lo largo del Rin y el Danubio. Estas defensas constituían el famoso *limes*, que separaba el mundo romano de la barbarie. Y también se construyeron *limes* en el norte de África para prevenir el hostigamiento de las tribus indígenas. Sin embargo, los muros más espectaculares fueron los levantados en Britania, en tiempos del emperador Adriano (117-138). El denominado Muro de Adriano parte la isla de Gran Bretaña de este a oeste y se levantó con buena sillería de piedra. Su finalidad era, precisamente, proteger los procesos de colonización romana contra los feroces pictos y escotos que moraban en el norte de la isla. Las fronteras y puntos estratégicos se defendían, además, con tupidas redes de campamentos fortificados, castillos, fortalezas, torres y fortines.

Durante el bajo Imperio, en los siglos III, IV y V, se redoblaron los esfuerzos de fortificación a causa del peligro bárbaro. Las capitales imperiales, Roma y Constantinopla, conocieron espectaculares procesos de defensa. Roma vio reforzado su recinto con murallas de tipo «aureliano», caracterizadas por la presencia de un gran número de torres que podían albergar artillería (balistas y pequeñas catapultas) para batir de flanco a enemigos que se acercaran a los muros. Barcino (la actual Barcelona), llamada a ser el baluarte romano en Hispania, se dotó también con espectaculares murallas aurelianas, con decenas de poderosas torres, que hicieron de la ciudad un referente estratégico durante la baja romanidad y los siglos que siguieron. Constantinopla, la ciudad creada por el emperador Constantino (306-337), se rodeó con un amplísimo recinto amurallado que aislaba la ciudad por tierra y mar. El frente de tierra, el más vulnerable, estaba protegido por un foso y por una triple barrera escalonada de murallas dotadas con torres prismáticas, igualmente capaces de

albergar balistas. El recinto, considerado inexpugnable, defendió la ciudad durante mil años, pero fue finalmente reducido por los cañones turcos otomanos en el 1453.

La buena manufactura de las fortificaciones romanas no fue superada durante muchísimo tiempo. En los primeros siglos de la Edad Media bastantes de los prestigiosos recintos romanos continuaron en activo debido a la limitada ingeniería altomedieval no disponía de recursos técnicos suficientes para arruinar las reforzadas obras romanas.

Las técnicas de fortificación romanas, de campaña y en ciudades y fortalezas, tuvieron su reverso en las técnicas de expugnación, es decir, en los sistemas de asedio, asalto y destrucción de fortalezas. En este aspecto de la poliorcética, los romanos también fueron deudores de los avances experimentados en el mundo helenístico. Los ingenieros griegos habían contado con pensadores y tratadistas de gran nivel como lo fue el rey de Macedonia Demetrio *Poliorcetes* (337-283 a. C.), el Sitiador, significado de su sobrenombre. Demetrio estableció diferentes sistemas de ataque y expugnación en base al uso de máquinas de guerra y diseñó, en el asedio de Rodas, una torre gigantesca de más de cuarenta metros. También hubo personajes singulares como alguien a quien ya conocemos, Arquímedes (287-212 a. C.), que organizó las defensas de la siciliana Siracusa contra los romanos, durante la II guerra púnica. Se le atribuyen singulares máquinas que atrapaban los barcos en la entrada del puerto de la ciudad, o el incendio de las velas de buques enemigos concentrando el efecto de los rayos del sol convenientemente desviados, mediante escudos de bronce pulimentados, para generar una alta temperatura.

Los romanos desarrollaron y perfeccionaron las máquinas de guerra que habían utilizado o utilizaban los griegos y cartagineses. La artillería se componía de máquinas de torsión que semejaban grandes arcos y que conocemos con el nombre de catapultas. Mediante cabestrantes incorporados a los artefactos se tensaban cuerdas que, al librarse violentamente, empujaban con fuerza el dardo o piedra. Las grandes catapultas o balistas eran capaces de arrojar piedras de gran peso contra las murallas. Las piedras, esféricas se colocaban sobre un riel y la cuerda de la catapulta, al activarse, las empujaba con fuerza hacia delante. Con igual principio funcionaban las balistas, montadas sobre trípodes, que lanzaban dardos. Estas pequeñas piezas constituían la artillería de campaña legionaria y podían desplegarse, incluso, en campo abierto. De hecho, eran un arco de gran potencia que lanzaba dardos de un tamaño considerable. Las catapultas bombardeaban las murallas hasta conseguir su deterioro y abrir brechas para que los asaltantes pudieran penetrar. Pero el rendimiento de los artefactos no era muy bueno, el sistema de impulsión, desplazando el proyectil por un raíl, implicaba un rozamiento considerable que restaba potencia a los impactos. Los onagros también eran máquinas de torsión que activaban una viga que lanzaba los proyectiles mediante una gran honda. No obstante, cosa sorprendente, los ingenieros romanos no desarrollaron máquinas de contrapeso mucho más efectivas que las de torsión, las catapultas romanas fueron mucho menos eficaces que los trabuquetes medievales.

La acción de expugnación de las catapultas se complementaba con el uso de minas subterráneas para descalzar las bases de las murallas, o lo que era más usual entre los romanos, el uso de descomunales arietes, protegidos por sólidas estructuras de madera, que hacían añicos puertas o muros. Los arietes, así como las tareas de expugnación, se protegían mediante altas torres de asalto. Semejaban castillos móviles construidos en madera pero protegidos con láminas de metal o pieles húmedas para impedir incendios. Las torres se acercaban a las murallas y mediante el uso de las balistas que llevaban incorporadas o la actividad de los arqueros, limpiaban de enemigos las murallas facilitando todo tipo de ataques. La infantería se acercaba a los muros circulando por galerías de madera, o bien creando el *testudo*, una formación que los legionarios usaban para

protegerse mutuamente trazando un caparazón con sus escudos.

Algunos asedios romanos, por la espectacularidad de las soluciones adoptadas, se convirtieron en míticos. Así, en el ataque a la supuestamente invencible ciudadela gala de Avaricum, en el 52 a. C., Julio César confió en la imaginación de sus ingenieros. Miles de troncos fueron utilizados para rellenar el foso de la fortificación y sobre la explanada construida se hicieron avanzar dos torres de asalto con arietes incorporados que convirtieron en añicos la muralla. Algo parecido acaeció en el asedio de Jerusalén, en el año 70. Un enjambre de legionarios, con catapultas, procedió a bombardear la zona de la Torre Antonia, a socavar los muros y a destruir las murallas con arietes. Solo cuando los fosos estuvieron cubiertos y la muralla totalmente derruida avanzaron los legionarios en formación de combate como si se tratara de una batalla en campo abierto. También contra los judíos, y en el 73, los romanos protagonizaron el impresionante asedio y asalto a la fortaleza de Masada ubicada en una montaña totalmente rodeada por acantilados. Los ingenieros romanos construyeron una increíble rampa ascendente consiguiendo remontar una torre de asalto con ariete que destrozó las murallas de la fortaleza.

Numancia (143-133 a. C.), en Hispania, y Alesia (52 a. C.), en territorio galo, fueron también asedios que merece la pena destacar, en estos casos lo más singular no fue el proceso de asalto, sino las obras de cerco. Una de las tácticas más usuales de asedio era rodear totalmente la fortaleza o ciudad que se pretendía reducir. Los romanos construían muros, zanjas, terraplenes y torreones de madera para aislar totalmente la plaza atacada. A lo largo de la barrera ubicaban sus propios campamentos. En algunos casos, como en Alesia, el recinto era doble, contra los asediados y frente al exterior, en previsión de la llegada de refuerzos enemigos.

El asedio de Numancia comportó un ingente y prolongado esfuerzo a los romanos que pudieron doblegar finalmente la ciudad en el 133 a. C. En Alesia, Julio César logró aislar al caudillo galo Vercingétorix y aguantó en sus fortificaciones de cerco los furibundos ataques que, desde el interior y desde el exterior, le lanzaron los galos.

La ingeniería militar romana también obtuvo buenos resultados en la guerra naval. Durante la I guerra púnica (264-241 a. C.) los romanos copiaron las naves de sus enemigos cartagineses y construyeron *quinquerremes*, galeras accionadas por cinco órdenes o líneas de remos. Innovaron con la colocación de puentes de abordaje en sus naves, los *corvus*, que sostenidos por una grúa dejaban caer su extremo de manera violenta sobre una nave enemiga. El extremo del puente contaba con un pivote de hierro, en forma de pico de cuervo, que se incrustaba en la cubierta de la nave atacada. Por el puente pasaban rápidamente los legionarios para atacar la tripulación contraria y reducirla.

Las naves de guerra más usuales durante el Imperio fueron los *trirremes*, con tres órdenes o niveles de remos, que fiaban como arma de ataque en su espolón, aunque en algunos casos también montaron máquinas de guerra, balistas o catapultas para atacar al enemigo con materiales incendiarios.

Los enemigos de Roma

La historia de Roma y su Imperio comprenden un dilatado periodo temporal que se extiende durante casi mil o dos mil años si se considera su prolongación en el Imperio bizantino. Desde el punto de vista espacial, Roma extendió su influencia a lo largo de todas las orillas del Mediterráneo, e incluso llegó hasta Britania, Mesopotamia y Dacia (aproximadamente la actual Rumania). Evidentemente, en estas extensas coordenadas espaciales y temporales, Roma chocó y combatió con

muy diversos tipos de enemigos. Los romanos, se enfrentaron, entre otros, contra etruscos, samnitas, epirotas, cartagineses, íberos, celtas, celtíberos, galos, britanos, pictos, griegos, dacios, partos, alanos, judíos, egipcios, númidas, germanos, visigodos, ostrogodos, francos, hunos… y ade más afrontaron numerosas guerras civiles, sublevaciones de esclavos y rebeliones campesinas. En general la organización militar romana, fundamentada en la legión, puede considerarse como excelente porque desarrolló un modelo de ejército, que, según se demostró en la práctica, fue capaz de pulverizar, con pocas modificaciones, todo tipo de enemigos, con formas de lucha y armas muy diversas y en todo tipo de lugares, desde los desiertos africanos a los bosques de la Selva Negra en Alemania. Con todo, Roma también conoció desastres y agotó su ciclo imperial político y militar durante el siglo.

En sus orígenes políticos, la ciudad de Roma se forjó luchando contra los etruscos y sus vecinos más directos. En general, se trataba de enemigos que disponían de efectivos limitados y que, como los romanos, luchaban siguiendo tradiciones hoplíticas. Las guerras contra los samnitas supusieron un duro contratiempo para Roma, pero finalmente venció y su expansión continuó hasta acabar atacando las ciudades de la Magna Grecia del sur de Italia. Pirro, rey de Epiro y notable estratega, acudió en ayuda de las ciudades griegas. En la batalla de Heraclea (en Lucania, el 280 a. C.) los romanos vieron por primera vez dos novedades aterradoras: la verdadera falange macedónica y elefantes. Pero los legionarios resistieron bien, superaron la crisis provocada por un ejército técnicamente avanzado. Pirro acabó abandonando la península itálica y las ciudades griegas tuvieron que pactar su futuro con Roma. Cuando los romanos empezaron a mirar más allá del mar la confrontación con Cartago se hizo inevitable.

Los cartagineses fueron, sin duda, durante el siglo III a. C., los adversarios más enconados de Roma. La política expansiva romana topó con el floreciente y pacífico comercio cartaginés. Los cartagineses no eran una potencia militarista, Cartago ni tan siquiera tenía murallas, y su desarrollo bélico era muy limitado. Contrariamente, Roma se desplegaba como una agresiva potencia militar que fiaba en la expansión continuada. La primera disputa se centró en Sicilia, fue la I guerra púnica (264-241 a. C). Los romanos, que eran una potencia terrestre, se readaptaron pronto a los enfrentamientos navales, copiaron las naves de sus contrarios y las dotaron de un *corvus* que permitía el abordaje a los legionarios que, de alguna manera, convertían la batalla naval en un combate terrestre. La marina cartaginesa fue derrotada. En tierra los cartagineses improvisaron ejércitos reclutando mercenarios de distintas procedencias, entre ellos había no pocos íberos y griegos. Pero sus tropas fueron barridas por la maquinaria bélica romana y Sicilia conquistada, aunque los romanos fracasaron cuando intentaron avanzar por el norte de África.

La familia cartaginesa de los Barca intentó y logró recomponer una base de poder a partir del control y explotación de los recursos de Hispania, sobre todo aprovechando sus minas. Con las riquezas hispanas, los Barca trataron de establecer un poder militar que pudiera frenar a los romanos. Aníbal, un joven general cartaginés perteneciente a ese linaje, consiguió finalmente forjar un ejército y someter prácticamente toda la península ibérica, pero el ataque a la ciudad de Sagunto (218 a. C.) despertó la suspicacia romana y provocó la II guerra púnica (218-201 a. C.). Aníbal tomó la iniciativa, formó un gran ejército y decidió llevar la guerra directamente a la península itálica. Cruzó los Pirineos y los Alpes y se plantó en el valle del Po, una hazaña sencillamente inconcebible.

El ejército de Aníbal era una fuerza improvisada. Contaba con tropas cartaginesas que se organizaban con armamento y tácticas propias del periodo helenístico, que tenían en la falange su principal opción. Pero el grueso de las tropas eran mercenarios. Los íberos y celtíberos agrupaban excelentes combatientes de infantería ligera, pero también hoplitas capaces de luchar en formación.

Había también unidades especiales de arqueros norteafricanos, honderos baleáricos y nutridos grupos célticos que luchaban, en general, con grandes escudos y largas espadas fiando más en la capacidad individual que en la acción colectiva. La caballería de Aníbal se componía de fuerzas cartaginesas, caballería pesada ibera y celta y la magnífica y rapidísima caballería ligera númida. Como arma excepcional la expedición cartaginesa contaba con un cuantioso grupo de elefantes, pero todos menos uno murieron en la travesía de los Alpes.

Con semejante mosaico multicolor de aventureros y mercenarios no parecía que los cartagineses fueran a llegar muy lejos. Pero Aníbal era un comandante extraordinario y convirtió en virtud los defectos de sus tropas. Ejerció un mando hipnótico sobre sus fuerzas, se convirtió en un líder adorado y seguido con fanatismo por sus guerreros. Aníbal optó por respetar las maneras de luchar de cada uno de los componentes de su ejército, y combinar los puntos fuertes de unos y otros en los despliegues tácticos. Combinando esta práctica con su inteligencia militar arrolló a los romanos en las batallas de Trebia (218 a. C.) y Trassimeno (217 a. C.); y en Cannas (216 a. C.) logró una de las victorias más increíbles de toda la historia militar. Ocho legiones resultaron despedazadas y en apenas un par de horas murieron más de cincuenta mil soldados romanos. El sistema legionario manipular entró en quiebra. Sin embargo, Aníbal no pudo explotar la victoria, los recursos humanos de los romanos eran inacabables y las legiones pasaron al contraataque en Hispania. Allí se distinguió el joven general Publio Cornelio Escipión, a quien más tarde se conoció con el apelativo del Africano, que consiguió conquistar Cartago Nova (209 a. C.) y destruir el poder cartaginés en la península ibérica. Mientras esto sucedía, Aníbal quedó aislado en la península itálica y fue traicionado por las propias clases dirigentes de Cartago que le negaron refuerzos y recursos para sostener la guerra.

Los ejércitos de Escipión pasaron al norte de África y el senado cartaginés ordenó el retorno de Aníbal para que defendiera la ciudad de Cartago. En la batalla de Zama (actual Zama Regia, en Túnez), el 202 a. C., las tropas cartaginesas, que contaban con más de ochenta elefantes, fueron rotundamente derrotadas por Escipión, que se ganó entonces el sobrenombre de Africano, quien, tras la victoria, forzó la rendición de Cartago. Los elefantes eran animales muy costosos, requerían entrenamientos y cuidados constantes, no obstante, su reacción en el campo de batalla era imprevisible y a menudo se atemorizaban y cargaban contra el ejército propio. Los cartagineses los utilizaron sistemáticamente como otros ejércitos helenísticos. También los romanos los usaron en algunas ocasiones. La batalla más grande con participación de elefantes fue la de Rafia (Gaza, en Palestina) que en el 217 a. C. enfrentó a Tolomeo IV de Egipto contra Antioco III Megas de Siria. Los greco-egipcios concurrieron con setenta y tres elefantes, y los greco-sirios con ciento dos.

Tras la derrota de los cartagineses, Roma fue aniquilando, sucesivamente, a todas las potencias y enemigos mediterráneos. En el 197 a. C., en Cinoscéfalos (región de Tesalia, en Grecia) y en el 168 a. C., en Pidna (cerca de Tesalónica, también en Grecia), los manípulos romanos demostraron definitivamente su superioridad frente a la falange helenística, y los legionarios destrozaron las líneas macedónicas.

Bajorrelieve de una lápida sepulcral procedente de Maktaris (Túnez). Muestra a un combatiente, probablemente un oficial cartaginés, con escudo oblongo, coraza musculada de tipo griego, con fajín, lanza y casco helenístico con cimera. En la mano derecha, junto al escudo, sostiene lo que parece un estandarte. Probablemente es de finales del siglo III a. C. Fotografía de F. X. Hernàndez.

Ruinas de Zama Regia (Túnez). Una de las capitales importantes de los númidas. Aquí se concentraron, en el 202 a. C., los príncipes y caudillos númidas con la intención de romper la alianza con Cartago y dar apoyo a los romanos. Aníbal intentó impedirlo marchando con su ejército contra la ciudad y provocando la reacción de Escipión. Los dos ejércitos colisionaron frente a la ciudad en las llanuras de Zama. Fotografía F. X. Hernàndez.

La formación manipular también se impuso frente a los íberos, en Hispania. Estos y los celtíberos contaban con buena infantería ligera, armada con espadas cortas y pequeños escudos circulares, las *caetras*. Pero también luchaban en grandes formaciones de tipo hoplítico, el equipo de su infantería pesada no era demasiado diferente al de los legionarios romanos: casco de hierro o bronce, escudo largo y oblongo tipo céltico, discos pectorales de bronce y espada corta hispana. Contaban también con buena caballería. Sin embargo, sus grandes ejércitos, que se formaban a partir de la aglomeración de guerreros de distintas tribus, estaban faltos de cohesión y experiencia en las maniobras conjuntas. Raras veces podían sumar fuerzas suficientes para enfrentarse a un gran ejército romano. En el 195 a. C., el cónsul Marco Porcio Catón aniquiló los ejércitos íberos del norte peninsular en Ampurias y se apoderó de Hispania sin problemas. En aquella ocasión los íberos bloqueaban el estratégico puerto de Ampurias desde el antiguo campamento que los romanos habían construido en el 218 a. C. Catón provocó la salida de los íberos del recinto mediante un ataque

sorpresa de madrugada protagonizado por tropas aliadas que ejercieron como cebo. Cuando el grueso de las fuerzas iberas estaba fuera del recinto, destrozando a los aliados, las legiones de Catón que habían permanecido ocultas atacaron y aniquilaron, según las fuentes, a unos veinte mil íberos. De un solo golpe, en una de las batallas más inteligentes de la historia, Catón destruyó a sus enemigos.

En el norte de África los romanos acabaron asediando y destruyendo totalmente la ciudad de Cartago entre el 149 y el 146 a. C. Combatieron además contra Yugurta (113-104 a. C.) que les disputó duramente el dominio de Numidia.

Las legiones también lucharon contra los pueblos célticos que se extendían por parte de Hispania, las Galias y Britania. Los guerreros celtas luchaban protegidos con grandes escudos oblongos de madera y cascos. Contaban con buenos herreros diestros en la fabricación de cotas de malla, aunque muchos guerreros luchaban desnudos para demostrar su valor. La espada larga con doble filo era su arma principal, con ella descargaban terribles golpes contra sus enemigos. A pesar de formar en líneas, acostumbraban a atacar en tromba, fiando más en el valor individual que en la eficacia de la formación. Los romanos llamaban a esta formación masa «suelta» bárbara, que, pese al terror que infundía, difícilmente podía quebrar la disciplina de las formaciones romanas. Además, y normalmente, los romanos eran superiores en número y se enfrentaban y destruían una tribu tras otra. En algunas ocasiones los celtas llegaron a crear grandes coaliciones con ejércitos numerosos como el que lideró Vercingétorix (52 a. C.) contra Julio César, pero nunca alcanzaron la cohesión y capacidad de maniobra de los ejércitos romanos.

Las legiones también se enfrentaron a otros pueblos que luchaban a partir de formaciones sueltas, como los germanos o los dacios.

En los escenarios de Oriente, los enemigos de los romanos también fueron variados aunque en general mantenían formaciones de tradición helenística. Mitrídates VI, rey del Ponto (norte de la actual Turquía), fue un tenaz enemigo que puso en jaque, con tres guerras sucesivas (88-63 a. C.) a las legiones romanas. En el norte de África, Roma luchó contra los indígenas *bereberes*, nombre de los pueblo de la zona que está en el origen de la denominación «bárbaros». Las legiones combatieron contra los judíos en Palestina y contra los alanos y partos en las lejanas fronteras del Éufrates. Y a todo este complejo panorama debe sumarse el sangriento balance de las guerras civiles, principalmente las que enfrentaron a los ejércitos de César contra los de Pompeyo, y a los de Octavio (futuro primer emperador con el nombre de Augusto) frente a los de Marco Antonio.

Durante los siglos III, IV y V, nuevos pueblos se añadieron a la lista de enemigos de Roma: francoalamanes, burgundios, visigodos, ostrogodos, suevos, vándalos, hunos… También hubo innumerables enfrentamientos civiles o entre distintos candidatos al Imperio. Las últimas oleadas de ataques bárbaros coincidieron con el agotamiento del modelo imperial romano ya insostenible.

El bajo imperio y sus herederos

El Imperio romano se mantuvo con dinamismo y alcanzó su máximo esplendor durante el siglo II. Trajano (98-117) y Adriano (117-138), ambos emperadores de origen hispano, llevaron la civilización romana a su punto álgido. La decadencia de Roma comenzó con el Gobierno de Cómodo (177-192), el ejército se desestabilizó, los desórdenes fueron constantes y, a menudo, los emperadores fueron impuestos por los generales. En los sesenta años que siguieron a la muerte de Cómodo se sucedieron veintiún emperadores y se generó un periodo de caos y miseria que el ejército

aprovechó para aterrorizar a la sociedad civil.

En el mismo siglo II ya se inició una estrategia netamente defensiva con la fortificación o refortificación de las fronteras conflictivas, sobre todo las europeas. Las legiones se sedentarizaron y comenzaron a reclutar campesinos locales no siempre motivados por los asuntos militares. Adicionalmente, los emperadores, con la esperanza de evitar ingerencias militares y ganarse el favor del ejército, comenzaron a mimar las legiones. Septimio Severo (193- 211) incrementó en un tercio el sueldo de los legionarios, les permitió el matrimonio legal y sin restricciones y les autorizó a cultivar parcelas en los alrededores de los campamentos. Emperadores como Galieno (253-268), Aureliano (270-275) y Diocleciano (284-305) emprendieron reformas urgentes con resultados dispares.

El ejército romano no estaba preparado para enfrentarse a las nuevas problemáticas. Las incursiones bárbaras de finales del siglo III demostraron que las cosas no marchaban bien, los franco-alamanes, un pueblo bárbaro germánico, atravesaron el *limes* y vagaron por el interior del Imperio sin que las legiones pudieran detenerlos. Mientras, otro pueblo germánico, los ostrogodos invadieron los Balcanes y derrotaron y mataron al emperador Decio (251). Los romanos tuvieron que abandonar la Dacia y también retrocedieron en Oriente. Allí, los persas vencieron, capturaron y ejecutaron al emperador Valeriano (260). A duras penas consiguió el emperador Galieno vencer a los alamanes en Milán en el 258. Mientras, el ejército romano comenzaba a su vez ya a barbarizarse. El emperador Aureliano (270-275) autorizó la organización de unidades auxiliares con elementos vándalos y alamanes, tribus que ya habían atacado el Imperio. Por otra parte, los emperadores se agenciaron guardias personales germánicas consideradas más seguras y toleraron que las tropas extranjeras conservaran las tradiciones y los equipos propios. Las águilas romanas fueron sustituidas por los dragones bárbaros.

Arco de Triunfo de Constantino. Está situado entre la colina del Palatino y el Coliseo, en Roma. Se construyó para conmemorar la victoria del emperador Constantino en la batalla del Puente Milvio (28 de octubre de 312), donde se enfrentaron sus ejércitos contra los del emperador Majencio. Este enfrentamiento supuso el fin de la tetrarquía como sistema de gobierno imperial. Fotografía de X. Rubio.

Bajorrelieve de sarcófago romano de mediados del siglo III que muestra al emperador Decio luchando contra los germanos. En el centro, montado a caballo, aparece el emperador rodeado por sus tropas que se aprestan a masacrar a los bárbaros. Decio murió luchando contra los godos en el 251. Sarcófago Grande Ludovisi, Palacio Altemps (Roma).

A finales del siglo III, Diocleciano (284-305) dividió el Imperio en dos partes con el fin de racionalizar y optimizar la administración. Inició también reformas en el ejército para potenciar el orden y la disciplina. Para mantener legiones numerosas decidió convertir en forzosa la actividad militar por la vía hereditaria. Los hijos de soldados debían ejercer también como soldados. Quedaron descartadas las tácticas tradicionales y se introdujeron nuevos sistemas para afrontar a los nuevos enemigos. Los ataques con caballería, que adquiría cada vez más importancia, y la utilización de artillería (catapultas, balistas y máquinas de torsión) y de arqueros de calidad ganaron protagonismo. El reclutamiento dispensaba atención a mercenarios o profesionales: jinetes dálmatas, caballeros blindados alanos, los denominados catafractos, lanzadores de jabalina norteafricanos y arqueros orientales se convirtieron en tropas de confianza. El *pilum* y la espada corta de los legionarios fueron sustituidos por la espada larga de los bárbaros. Las jabalinas arponadas y los dardos cortos equilibrados con contrapesos de plomo adquirieron gran popularidad. La debilidad del ejército se trató de compensar con una política de fortificación y con milicias provinciales, a la vez que comenzaron a aparecer ejércitos particulares vinculados a los latifundistas de las grandes villas. Cuando en los últimos tiempos del Imperio todas las iniciativas se revelaron como insuficientes, se procedió a comprar los servicios de pueblos bárbaros enteros para hacer la guerra contra otros pueblos bárbaros.

Los visigodos eran el pueblo bárbaro más romanizado. En la batalla de Adrianópolis (378), utilizando la caballería, habían derrotado a las legiones del emperador Valente, eso supuso un importante precedente, era la primera vez que los jinetes bárbaros derrotaban a la infantería romana. Llegaron a entrar en la península itálica y saquearon Roma en el 410. La romanización cultural de los visigodos fue por otra parte constante, se cristianizaron y adoptaron el latín como lengua de prestigio. A principios del siglo V, el rey visigodo Ataulfo especuló con la posibilidad de convertirse en el brazo armado de Roma. Los visigodos lucharon y liquidaron al usurpador Joviano, sublevado en las Galias, y ganaron la confianza de los romanos que compraron sus servicios para reestablecer la autoridad imperial. A partir del 416, los visigodos hicieron limpieza en Hispania protagonizando sucesivas campañas contra vándalos y alanos. Como consecuencia de la presión visigoda, los vándalos pasaron a África en el 429. En el 451 los visigodos de Aquitania marcharon con los ejércitos romanos del general Aecio y derrotaron a los hunos de Atila en la decisiva batalla de los Campos Cataláunicos (llano de Mauriac, La Champagne). Poco más tarde, visigodos y ostrogodos atacaron a los suevos en Braga (456) y Mérida (457). A mediados del siglo V, los visigodos se habían estabilizado entorno a Tolosa (Toulouse), en el Languedoc.

Representación de los tetrarcas en la catedral de San Marcos (Venecia). En el año 284 Diocleciano instauró un sistema de gobierno colegiado a base de cuatro tetrarcas, dos augustos y dos césares, que dirigían diferentes provincias del Imperio. La estatua, del siglo IV, fue transportada a San Marcos en 1204, tras el saqueo de Bizancio protagonizado por los venecianos.

Llegamos así al año 476, el fatídico año para Roma pues fue depuesto el último emperador romano, Rómulo Augústulo, y los ostrogodos en la penín sula itálica y los visigodos en las Galias se configuraban como potencias emergentes. Sin embargo, los francos derrotaron a los visigodos en la batalla de Vouillé, en el 507, obligándoles a replegarse hacia Narbona y Barcelona. Instalados definitivamente en Hispania, los visigodos articularon, a mediados del siglo VI, un nuevo y poderoso reino centrado en Toledo.

Los pueblos bárbaros, que en sucesivas oleadas penetraron en el perímetro del Imperio romano y que contribuyeron a su colapso, suevos, vándalos, alanos, visigodos, ostrogodos, burgundios, francos, hunos… presentaban tradiciones y costumbres militares muy diversas. En general contaban con un armamento muy dispar y acostumbraba a ser la caballería, armada con espadas largas, su fuerza más relevante. De hecho, eran pueblos de las estepas con una ancestral cultura de relación con los caballos.

Algunos de estos pueblos, como los hunos, basaban su fuerza militar en la extraordinaria movilidad y resistencia de sus monturas y en la ferocidad de sus jinetes. De todos ellos, los godos (visigodos y ostrogodos) fueron, sin duda, los que contaron con una tradición castrense más estructurada. Pero la vertebración y organización militar la consiguieron en tanto que, durante los siglos IV y V, sus guerreros aumentaron los ejércitos imperiales adquiriendo y absorbiendo parte de la cultura y tradiciones bélicas de los romanos.

A mediados del siglo VI, el ejército visigodo de Toledo era muy diferente de la horda de bárbaros a caballo que había triunfado en Adrianópolis trescientos años antes. Los visigodos, cuando consolidaron su reino, intentaron actuar como los grandes Estados del mundo antiguo. Su organización militar, en consecuencia, mantenía la herencia romana. El servicio militar era

obligatorio entre los hombres libres, y era el rey quien convocaba el ejército en caso de campaña y quien mantenía guarniciones permanentes en los *limes* o fronteras conflictivas. El núcleo del ejército lo componía la oligarquía militar que controlaba el reino y organizaba las levas y movilizaciones puntuales.

Los hispanorromanos también servían en él y algunos aristócratas ejercían cargos de responsabilidad. Los dux provinciales eran los responsables de los cuerpos de ejército, compuestos por unidades de mil guerreros, que defendían las provincias.

La caballería tenía una función de estructura. La guardia del rey luchaba a caballo, así como la nobleza y los guerreros que de ella directamente dependían. Los jinetes portaban un casco protector que, usualmente, era de hierro. Las armaduras eran de cuero endurecido, estaban reforzadas con remaches de metal y podían complementarse con jubones de fieltro para amortiguar los golpes. Piezas de cuero y fieltro se usaban también para proteger las piernas. Las cotas de malla o de escamas, que eran muy escasas entre los visigodos a causa de su alto coste, se importaron, durante los siglos VI y VII, de los talleres francos que mantenían todavía una relevante actividad metalúrgica. El escudo era circular y de dimensiones considerables. El arma principal era la espada larga, de doble filo, y la lanza. No hay evidencias, ni arqueológicas ni textuales, de que los visigodos usaran el estribo, por lo tanto, debe considerarse que la caballería, a pesar de su importancia, tuvo entre ellos un desarrollo limitado.

En cuanto a la infantería, el equipo era más desigual, sobre todo entre las tropas de leva. Los soldados mejor equipados contaban con casco y protecciones de cuero, escudo de madera y lanza. También utilizaban dardos cortos, con contrapeso de plomo, como los utilizados en el bajo Imperio, arcos de flechas y hondas. Las hachas eran muy populares y fueron adoptadas a partir de la famosa *francisca* o hacha franca. Se utilizaban en el cuerpo a cuerpo, pero también podían lanzarse en caso de necesidad contra un objetivo cercano.

Los visigodos utilizaron máquinas de guerra de tradición romana (balistas y catapultas) y eran capaces de organizar campamentos y fortificaciones de campaña complejos, siguiendo asimismo esa raigambre. Por sus características, el ejército visigodo no difería demasiado de los ejércitos romanos de los últimos periodos que, debemos recordar, estaban compuestos en gran número por reclutas visigodos.

El rey Wamba (672-680) fue, sin duda, el principal caudillo militar visigodo: mostró una notable capacidad de organización logística y sus ejércitos realizaron largas marchas con rapidez y eficiencia. Luchó contra los vascones y contra la sublevación que el noble Paulus, de origen romano, organizó con fines secesionistas en Septimania (este del Languedoc) y en la zona oriental de la Tarraconense (la actual Cataluña). Impuso una severa disciplina entre sus combatientes. Los nobles que eran considerados traidores eran sometidos a la suprema e insoportable vergüenza de la «decalvación», les afeitaban bigotes, barbas y cabeza y eran expuestos públicamente rapados y en harapos.

A diferencia de los visigodos, los francos confiaban principalmente en su infantería pesada, armada con grandes escudos de madera y lanzas. Empezaron a usar caballería durante el siglo VIII. En la decisiva y afamada batalla de Poitiers (732) parece que el enfrentamiento se caracterizó por el choque entre la infantería pesada franca y la caballería ligera islámica. Pero en el mismo siglo, y gracias al uso del estribo, los francos se convirtieron en los grandes impulsores de una nueva caballería.

Las tácticas de los ejércitos de los reinos y poderes bárbaros eran simples. La caballería de un bando intentaba dispersar la del enemigo. Si lo conseguía procedía a rodear la infantería contraria

con el apoyo de la infantería propia. La infantería lanzaba dardos y piedras contra los infantes contrarios, y después cargaban contra ellos con lanzas y espadas. Mientras duraba el combate, sonaban cuernos y trompetas y se proferían todo tipo de insultos contra el enemigo.

Algunos ejércitos como el franco, evolucionaron decididamente a partir del siglo VIII con el desarrollo de una nueva caballería plenamente medieval. El ejército visigodo, a su vez, desapareció a principios del siglo VIII fulminado por el impacto islámico. En Occidente, la irrupción del Islam y la consolidación del Imperio franco marcaron a partir del siglo XI una nueva etapa militar que rompía definitivamente con la herencia tardorromana.

En el otro extremo del Mediterráneo, la evolución política y militar había sido muy diferente. En el 476 Ro ma dejó de tener emperador, y todo el Imperio de Occidente se desmoronó. Sin embargo, el Imperio de Oriente dirigido desde Constantinopla se mantuvo incólume y logró rechazar todos los intentos de invasión. A su vez, las sólidas y trabadas estructuras sociales y económicas orientales aguantaron bien la crisis. El Imperio de Oriente se helenizó muy rápidamente, el potente substrato lingüístico y cultural griego afloró imparable y Constantinopla fue, como capital y centro del llamado Imperio bizantino, una de las ciudades más importantes del mundo durante siglos. Aunque el Imperio bizantino se comportó en realidad hasta mediados del siglo XV como un imperio, digamos, griego, la tradición militar romana se mantuvo viva.

El ejército bizantino estaba perfectamente organizado. Las legiones, que guardaban las fronteras, continuaron siendo la fuerza básica. La infantería era preponderante y la caballería auxiliar. Pero la caballería pesada, como en Occidente, adquirió cada vez más importancia. Los bizantinos confiaron en los catafractos, la caballería acorazada que ya se había utilizado desde finales del siglo II. Bizancio también contaba con buenos ingenieros, competentes en fortificación y en el uso de máquinas de guerra. Dispuso también de una potente marina basada en el *dromón*, una evolución del trirreme romano. Las naves bizantinas utilizaron el terrible *fuego griego*, un líquido inflamable, de difícil extinción, del que se desconoce su composición exacta pero que contenía nafta, pez, cal, azufre, salitre y petróleo. Ignoramos, asimismo, con precisión, los mecanismos de proyección, pero parece que el fuego griego se expulsaba, a modo de lanzallamas, mediante una tubería utilizando algo parecido a un sistema de fuelle. La mezcla, a manera de bombas incendiarias, podía lanzarse en recipientes usando catapultas, y por descontado también servía para defender los muros de las fortalezas. El inextinguible fuego griego incineraba a los atacantes y sus escalas y máquinas de guerra.

Ciudad romana de Sbeitla (Kasserine, Túnez). La ciudad fue fundada durante la segunda mitad del siglo I. En el siglo V cayó en manos de los vándalos y en el VI quedó bajo control bizantino. En esta etapa, como se puede observar, el fórum se convirtió en una especie de fortín, y las nuevas defensas del pequeño recinto se improvisaron con materiales constructivos procedentes de monumentos y edificios abandonados. Fotografía F. X. Hernàndez.

A principios del siglo VI, el ejército bizantino mantenía dos tipos de unidades básicas. Los *limitanei*, que guardaban y vigilaban las fortificaciones fronterizas; y los *comitatenses*, tropas móviles, agrupadas tras las fronteras, que acudían a los lugares atacados o amenazados. Un tercio de los efectivos de estas fuerzas eran de caballería, esta, a su vez, era mitad ligera y mitad pesada.

A partir del siglo VII, el Imperio se dividió en distritos militares y administrativos, llamados *temas*, el *strategos* era la autoridad suprema.

Las tropas de los *temas* estaban formadas por los *stratiotas* combatientes muy vinculados al territorio. El soldado recibía una parcela y un pequeño sueldo y en contrapartida quedaba vinculado al ejército de por vida, y también sus descendientes. El sistema, que apostaba decididamente por la territorialidad, permitía un ejército fuerte y motivado en la defensa, formado por población autóctona pero con la limitación de contratar mercenarios.

La defensa de la capital y del emperador contaba con tropas de élite propias, los denominados *tagmata*. Algunos emperadores utilizaron guardias especiales compuestas por mercenarios.

En cuanto a fortificación y expugnación de ciudades, los bizantinos mantuvieron viva la herencia romana, utilizaron máquinas de guerra y construyeron poderosas fortificaciones, murallas y fortines en todas sus fronteras. En algunos lugares, como en las ciudades del entorno de Cartago, fortificaron foros, templos o incluso arcos de triunfo utilizando materiales constructivos de ciudades arruinadas o semiabandonadas. Los recintos de los foros se convirtieron en improvisados fuertes y los templos en singulares torres defensivas.

Uno de los puntos fuertes del ejército bizantino fue su capacidad diplomática. Los bizantinos fueron diestros en la negociación y hábiles en el espionaje. A menudo enfrentaron entre sí a sus enemigos, impulsaron sabotajes o sobornaron caudillos. La información siempre fue considerada como un activo estratégico.

El Imperio bizantino, según los momentos, alcanzó dimensiones notables. Justiniano I (527-565) logró el control de amplios sectores del Mediterráneo occidental y, sobre el papel, prácticamente consiguió rehacer el Imperio romano. Recuperó el dominio sobre Italia, el norte de África y el sur de la península ibérica. Sin embargo, Bizancio no tuvo recursos humanos ni administrativos, ni militares, para defender las conquistas. Belisario fue el gran general de Justiniano y el protagonista de la expansión del siglo VI.

Los bizantinos se enfrentaron con éxito a búlgaros, eslavos, avaros, gépidos, vándalos, persas… Pero no pudieron sostener la presión del Islam. Los primeros califas atacaron duramente las fronteras bizantinas en el siglo VII y barrieron a los bizantinos del norte de África.

La batalla de Manzikert (que tuvo lugar en la actual provincia turca de Mus), librada en agosto del 1071, marcó el principio del fin del Imperio. Los turcos selyúcidas comandados por Alp Arslan derrotaron absolutamente las tropas bizantinas del *basileus* Romano IV Diógenes y se expandieron, imparables, por Anatolia. Durante el siglo XIV los turcos continuaron un proceso de conquista que paulatinamente asfixió el Imperio bizantino, que cayó en manos del Imperio otomano turco en 1453.

4

De Arabia a América

Merece la pena pararnos un momento en este punto de la narración para echar un vistazo a los desarrollos militares que se dieron en otras zonas del globo terráqueo: África, Asia y América también conocieron grandes potencias, cuyos avances en el campo bélico han sido extremadamente influyentes en el devenir de los hechos históricos posteriores, especialmente a raíz de las expansiones protagonizadas por algunos de estos Imperios.

La increíble expansión árabe

Durante el siglo VII, los habitantes de la península arábiga, después de abrazar el islamismo, realizaron una expansión militar y cultural extraordinaria que en pocos años les permitió gobernar un territorio mayor que el del antiguo Imperio romano. La zona de influencia de los árabes iba desde la península ibérica hasta la India, y desde su tierra natal, Arabia, hasta las estepas del Asia Central.

Las técnicas militares de los pueblos árabes, que tanto éxito les dieron, no habían surgido de la nada. La zona en la que vivían estaba plagada de tribus nómadas beduinas, en las que el uso de violencia no era un concepto desconocido debido a que muchas veces actuaban como bandas armadas dedicadas al robo de las caravanas que circulaban por Arabia. Para combatirlas, las ricas ciudades comerciales también se armaron, y cuando estos hechos se combinaron con la decadencia del Imperio bizantino y de la dinastía persa de los Sasánidas, los árabes islamizados tuvieron la ocasión perfecta para iniciar la expansión de su área de influencia.

El fervor religioso que la nueva religión contagió fue, sin ninguna duda, otro de los factores que explican la expansión árabe. En el 622 (primer año del calendario musulmán) el profeta Mahoma (570-632) fue a Yathrib, ciudad que se convirtió en la capital del nuevo Estado musulmán, y fue conocida a partir de entonces como *Al Madinah* o Medina (traducido como La Ciudad). En esta población, situada en el oeste de la península arábiga, Mahoma dirigió el primer ejército musulmán contra sus enemigos paganos, los gobernadores de la ciudad de La Meca, desde donde se había visto obligado a huir. Este ejército estaba compuesto básicamente por infantes ligeros armados con espada y desprovistos de armadura, aunque también había jinetes a lomos de los excelentes caballos típicos de esta zona. Mahoma dividió el ejército en distintas unidades según el origen tribal de cada guerrero, y también integró toda la caballería como un solo contingente unificado. En la batalla de Badr (624), en el noroeste de la península arábiga, obtuvo su primera victoria, a la que siguieron muchas más. La campaña militar se basó en rápidas incursiones y ataques por sorpresa contra el

enemigo (las llamadas *razzias*), combinadas con el control de los enclaves importantes de la zona. En un territorio tan seco como el desierto arábigo, esta estrategia se tradujo en la posesión de las pocas fuentes de agua existentes, así como en la vigilancia de las rutas de comunicación por donde pasaban las caravanas. Estas tácticas fueron posibles porque el pequeño ejército de Mahoma crecía en número y sofisticación, gracias a la conversión de algunas tribus beduinas que le proporcionaron camellos, las mejores monturas para las condiciones de la zona. Mahoma también pudo disponer de un contingente cada vez mayor de arqueros y de soldados, que recibían una férrea disciplina.

Así pues, cuando Mahoma murió en el año 632, los musulmanes controlaban la mayoría de la península arábiga, y estaban preparados para continuar sus conquistas y extender la fe del islam más allá de sus dominios. Las reglas de este tipo de guerra estaban cuidadosamente estipuladas, y eran conocidas bajo el nombre de *siyad*. En estas instrucciones los musulmanes condenaban explícitamente el saqueo indiscriminado y el asesinato de civiles, aunque no siempre las respetaron. El concepto de *yihad*, entendido como la lucha común de la sociedad musulmana contra el paganismo y la maldad, era una de los elementos básicos de la *siyad*. De hecho, la guerra por extender el islam era el único tipo de conflicto permitido, aunque las ansias de expansión política fueron muchas veces el factor determinante de las conquistas. Así, aunque los ejércitos musulmanes reconocían el Gobierno de los sucesivos califas, eran muy independientes, y los comandantes actuaban de forma casi autónoma. Uno de ellos, Khalid Ibn Walid, obtuvo una de las mayores victorias musulmanas cuando en el 636 derrotó de manera decisiva a las tropas bizantinas en Yarmuk (Siria), abriendo las puertas a la zona del Levante que bordeaba el Mediterráneo oriental (las actuales Siria, Jordania, Egipto). Otros generales musulmanes conquistaron lo que hoy es Iraq, Irán, así como la península de Anatolia (centro de la actual Turquía) y el norteafricano Magreb.

En esta segunda fase de la expansión árabe, las tácticas no se habían modificado en exceso, y la *razzia* seguía siendo el concepto predominante de combate. Grupos reducidos de combatientes montados en camellos se internaban por territorio enemigo, atacando los destacamentos y caravanas que eran capaces de interceptar. Normalmente no tenían ningún sistema logístico, y se mantenían gracias al uso de los víveres recogidos en la zona. Eran capaces de reunirse en un momento dado para participar en una gran batalla, aunque en general evitaban el asedio de ciudades, que se conquistaban posteriormente cuando ya estaban debilitadas y aisladas del resto del territorio.

Estas tropas, al contrario de lo que había sucedido al inicio de las conquistas, ya no eran en su mayoría beduinas, porque estos feroces guerreros no aceptaban fácilmente la disciplina, y por lo tanto se prefirió reclutar a combatientes procedentes de zonas agrícolas y oasis. Aunque se desplazaban en camello para aprovechar la rapidez de estas monturas en el desierto, una vez desplegados en batalla rara vez usaban el animal, y los comandantes musulmanes preferían desplegar sus tropas armadas de lanzas, escudos y espadas, en densas masas de soldados a pie. Debido a las intensas temperaturas de la zona, así como a la necesidad de maniobrabilidad que imponía el tipo de estrategia empleada por los musulmanes, no se utilizaban casi defensas corporales. Las armas usadas, probablemente, descendían del equipamiento de las legiones romanas, que habían residido en la zona durante muchos siglos. Las lanzas eran muy largas, y servían para formar una falange como las creadas durante el bajo Imperio, mientras que las espadas eran cortas, muy parecidas a las usadas por los combatientes romanos. Protegidos detrás de la infantería se colocaban numerosos arqueros que intentaban sembrar el pánico y el desconcierto en los enemigos, antes del choque final con la muralla de lanzas de la infantería. Poco a poco, y gracias a controlar territorios con amplias zonas de pastos como Siria, se fue fortaleciendo la caballería del ejército, que en posteriores campañas llegó a ser determinante para el triunfo musulmán.

Los ejércitos islámicos, repletos de camellos, caballos y soldados provenientes de distintas partes de Arabia, parecían temibles a sus enemigos. Un factor destacable era la abundancia de vistosos estandartes y banderas llevados por las tropas, en los que se bordaban fragmentos del Corán y frases que elevaran el ardor religioso de los combatientes.

La última fase de la expansión musulmana coincidió con un cambio político, porque los árabes de Siria arrebataron el poder a sus equivalentes de la península arábiga, y trasladaron la capital del Islam desde Medina a Damasco al instaurarse el primer califato omeya en el año 661. La reestructuración también afectó a los ejércitos islámicos, que a partir de este momento fueron mandados usualmente por Omeyas, y compuestos cada vez más por musulmanes no árabes (llamados *mawali*). Con ellos, los Omeyas fueron capaces de crear enormes ejércitos con numerosa caballería, que podían llegar, según algunas fuentes, a los centenares de miles de soldados, aunque estas cifras estén seguramente exageradas. Las tropas que se asignaban a expandir las fronteras estaban complementadas por fuertes guarniciones en las zonas conquistadas, ya que los enfrentamientos entre tribus aseguraban que las rebeliones de determinados territorios fueras continuas, un problema que azotó a los distintos Imperios musulmanes durante toda su vida. Muchas de estas disensiones venían dadas por la división entre las tropas regulares y el cuerpo de élite del ejército, los llamados *ahl al sham*, que procedían de Siria, y recibían pagas más altas. El prestigio y exclusividad del que gozaban era causa de conflicto con el resto de árabes, por lo que estas tropas rara vez eran destinadas a territorios de Arabia y de lo que hoy es Iraq.

Esta miniatura es parte de una obra musulmana del siglo XIII. Su autor, Yahja ibn Mahmud al-Wasiti, reproduce el espectacular aspecto de los ejércitos musulmanes, que llevaban banderas, estandartes, tambores y trompetas para atemorizar al enemigo.

Las tácticas se inclinaron cada vez más por el uso de caballería, y en determinados casos en los que el clima lo permitía se produjo un aumento en el uso de armaduras y cotas de malla. Estos dos hechos permitieron fomentar el sistema de *Karr wa farr*, consistente en una sucesión de rápidos ataques y retiradas controladas, diseñado para debilitar al enemigo antes del choque final.

Pero no fue hasta el reinado del último califa de la dinastía Omeya, Marwan II (744-750), que se realizaron cambios sustanciales en los ejércitos islámicos. Marwan definió un despliegue de batalla estandarizado, la *ta'biya*, consistente en cinco divisiones, en las que la infantería en línea seguía siendo el núcleo del ejército. Estos infantes vestían de manera uniforme con prendas de color blanco, y a ellos se añadían servicios como una armería y un tren de asedio (conjunto de máquinas diseñadas para atacar fortificaciones), una vanguardia de tropas ligeras y una fuerte retaguardia. La caballería, por su parte, se organizaba en pequeñas agrupaciones llamadas *karadis*, de las que destacaban los jinetes pesados, entrenados para lanzar cargas al estilo de los catafractos bizantinos.

En el 711 tropas regulares estacionadas en el norte de África iniciaron la invasión de la península

ibérica, una de las más exitosas conquistas del islam. Aunque desembarcaron tan solo quince mil soldados casi desprovistos de caballería, estos combatientes se unieron rápidamente a las facciones rebeldes que querían destronar a los visigodos, gobernantes de la península. En poco más de siete años conquistaron casi toda la antigua Hispania e invadieron el sur de Francia, dónde finalmente fueron detenidos en el 732 por los francos en la batalla de Poitiers. Cabe decir que gran parte de los motivos del fin de la expansión musulmana en Occidente están relacionados con las discrepancias políticas internas tan continuadas que fragmentaron al ejército musulmán y le impidieron seguir las conquistas en una zona que, además de ello, no era especialmente interesante para los árabes por el clima y el tipo de territorio.

La siguiente dinastía califal, la de los Abasíes, trasladó la capital islámica a una nueva ciudad, Bagdad (hoy capital de Iraq), en el 762, después de derrotar a los Omeyas en el 750. Bajo el mandato de los Abasíes, el Imperio musulmán llegó a su cúspide, y era capaz de mantener en armas a más de setenta y cinco mil soldados de manera permanente. Los sirios fueron apartados de las altas jerarquías del ejército, ahora dominadas por militares procedentes de la nueva zona de poder (el actual Iraq). El atuendo usual de los guerreros islámicos cambió al negro, y la proporción entre infantería y caballería cada vez se inclinó más a favor de la segunda. Se añadieron nuevos tipos de tropas procedentes de territorios conquistados como, por ejemplo, arqueros a caballo asiáticos y unidades catafractas. El otro cambio decisivo fue la profesionalización del ejército abasí, que se redujo en dimensiones pero aumentó de calidad, gracias a la creación de nuevos manuales de estrategia militar y la intensificación del entrenamiento.

La fortaleza califal de Gormaz, actualmente dentro de la provincia de Soria, fue construida en el siglo X por los musulmanes, con el objetivo de controlar la frontera establecida por el río Duero, en la península ibérica. Es una de las mayores fortificaciones de toda Europa, con un perímetro de mil doscientos metros. Desde sus veintiocho torres, los ejércitos musulmanes controlaban el paso del río en una amplia franja de terreno, y organizaban razzias contra las poblaciones cristianas. Fotografía de X. Rubio.

De este modo, los Abasíes integraron una mayor diversidad de tropas dentro de los ejércitos musulmanes. Este hecho los hizo más completos, por lo que se convirtieron en el flexible instrumento que brillantes líderes como el andalusí Almanzor (938-1002) y el sirio de origen kurdo Saladino (del

que hablaremos extensamente en el próximo capítulo) utilizaron para combatir y vencer repetidas veces a los ejércitos cristianos. El primero lo hizo desde Al Ándalus (la zona de la península ibérica controlada por los musulmanes) durante muchos años del siglo X, y el segundo durante la época de las Cruzadas (siglo XII), cuando recuperó Jerusalén y Damasco de manos de los soldados cristianos.

VIKINGOS: LOS AVENTUREROS DEL MAR

El equivalente septentrional de las invasiones árabes fueron las incursiones vikingas que azotaron el norte del continente europeo durante los mismos siglos. El primer ataque importante se produjo en el 793 en las costas de Gran Bretaña, concretamente contra un monasterio fortificado de Lindisfarne (cerca de la actual ciudad escocesa de Edimburgo, en el noreste de la isla). Los protagonistas supervivientes del ataque explicaron el horror que les produjo el asalto de estos piratas, que habían cruzado el mar del Norte desde Escandinavia en busca de rapiña y botín; su descripción se haría común en todo el norte de Europa durante los siglos siguientes.

Esta espectacular estatua, situada en Damasco, muestra a Saladino, sultán de Egipto y Siria durante el siglo XII. Saladino fue el terror de los cruzados cristianos que habían conquistado Tierra Santa a los musulmanes, a los que derrotó decisivamente en la batalla de los Cuernos de Hattin (1187), que le permitió recuperar Jerusalén para el Islam ese mismo año.

Una excelente fuente para conocer sus acciones es la llamada *Crónica anglosajona*, que, redactada durante el siglo XI, se nos presenta como un diario de lo sucedido en Inglaterra en el transcurso de los siglos anteriores. Así, por ejemplo, gracias a la *Crónica* sabemos que a partir del 835 empezaron a registrarse continuados ataques de los vikingos al este de la isla, que cada vez fueron más osados y terribles.

Es complejo saber por qué empezaron estas expediciones vikingas por toda la costa atlántica a finales del siglo VIII. Parece ser que el exceso de población en las zonas de las actuales Noruega y Dinamarca fueron uno de los motivos que impulsaron a sus habitantes a dedicarse a la piratería. Otro factor destacable es el aumento del comercio en toda Europa central y septentrional, que conllevó un incremento del número de convoyes y expediciones mercantiles, por lo que cada vez fue más rentable el hecho de dedicarse a su captura.

Pese a ello, sin duda el motor principal de los ataques marítimos protagonizados por los vikingos fue el perfeccionamiento de sus embarcaciones. A partir de finales del siglo VII les permitieron

surcar los mares, casi sin oposición, gracias a nuevas velas, y a tener la robustez suficiente para aguantar las inclemencias del tiempo en la zona del mar del Norte, vedado al resto de barcos.

Los navíos vikingos eran llamados *drakkars* porque muchas veces mostraban la cabeza de un dragón (eso quiere decir *drakkar*) como mascarón de proa. Varias excavaciones arqueológicas han hecho hallazgos de *drakkars* desde finales del siglo XIX, gracias a ellos podemos saber su aspecto y dimensiones aproximados. Eran galeras especialmente diseñadas para el uso de velas cuadradas, aunque como cualquier embarcación de este tipo también llevaban remos. Al contrario que las galeras de combate griegas y romanas, se trataba de barcos muy resistentes que podían aguantar las embestidas producidas por la mala climatología gracias a su mayor anchura que las hacía más estables. Su tamaño, que se contaba a partir del número de remos, era muy variado, y podía oscilar entre los trece y treinta remos en cada lado.

Aunque sean conocidos por sus saqueos en tierra, los combates entre vikingos acostumbraban a tomar la forma de batallas navales. Cada contrincante desplegaba su flota en hilera, con los mejores barcos en el centro, de los que destacaba el del líder, que navegaba en el mayor navío de todos. Las dos hileras enemigas chocaban frontalmente, y como los barcos vikingos eran incapaces, al contrario de sus homónimos mediterráneos, de embestir con el espolón, la única táctica que usaban para derrotar al contrario era la del abordaje. Antes del mismo, las tripulaciones de los barcos se cubrían con grandes escudos para evitar los proyectiles enemigos, de los que destacaban piedras y flechas.

En tierra, los escandinavos eran más sofisticados. Al desembarcar en territorio enemigo, la primera cosa que hacían los guerreros vikingos era construir un pequeño fuerte. De este modo fortificaban el lugar de desembarco, que era dejado con una pequeña guarnición que podía defender los barcos y suministros en caso de ser atacados por los enemigos. Con esta base asegurada los guerreros se lanzaban a saquear los territorios circundantes, aunque en caso de presencia enemiga militar podían formar una línea de batalla para derrotar a los oponentes.

Reconstrucción hipotética de un *drakkar* vikingo, basada en el navío encontrado y excavado en Gogstad (Noruega) a finales del siglo XIX. Los grandes líderes vikingos, al morir, eran enterrados en barcos ceremoniales como este, idénticos a los usados en combate.

El despliegue normal en estas ocasiones era similar a la falange griega, formada por cinco o seis hileras de guerreros protegidos por grandes escudos, si bien en lugar de lanzas estaban equipados con grandes espadas o hachas. Su táctica tampoco tenía excesivas florituras, pues consistía en cargas frontales para aterrorizar al enemigo, confiando en su ferocidad para ganar el enfrentamiento. No es de extrañar que los vikingos difícilmente vencieran a contrincantes dotados de caballería, debido a que la suya propia era virtualmente inexistente, y su muralla de escudos era, por lo tanto, muy vulnerable a flanqueos y envolvimientos enemigos.

En la Inglaterra del siglo IX no existían ejércitos capaces de enfrentarse a los temibles vikingos. Por ese motivo, hacia el 860, estos invasores, procedentes de Escandinavia, empezaron a

establecerse en la isla, conquistando buena parte del centro y saqueando la ciudad de York. En los años siguientes derrotaron repetidamente a los sajones, que controlaban hasta entonces casi toda la zona. De este modo fueron ampliando sus conquistas hacia el norte y el este, hasta que otros invasores procedentes de Irlanda y de las tierras continentales de Europa los expulsaron de allí a inicios del siglo XI. La última gran flota vikinga que atacó Inglaterra fue la del rey Harald Hardrada (1015-1066), que con un contingente de unos diez mil guerreros intentó reconquistar el territorio perdido. Sin embargo, fueron derrotados por el rey sajón Harold Godwinson (1022-1066) en la batalla de Stamford Bridge en 1066, dónde además Harald encontró la muerte.

Esta batalla tuvo consecuencias decisivas para la historia de Inglaterra, puesto que nunca más los vikingos supusieron una amenaza real de invasión para la isla (a pesar de que las incursiones esporádicas siguieron existiendo). Además de ello, aquel combate decidió el futuro rey de Inglaterra, pero de forma totalmente inesperada; Guillermo el Conquistador (1027-1087), duque de Normandía, desembarcó en Inglaterra y derrotó a los sajones en Hastings; pocos días después del combate de Stamford Bridge. La victoria normanda, en la que además murió el monarca sajón, fue decidida gracias, en gran parte, al hecho de que el combate contra los vikingos había diezmado a las tropas del rey Harold y, por lo tanto, estaban debilitadas cuando se enfrentaron a Guillermo. Paradójicamente, los normandos eran herederos de la tradición vikinga, puesto que habían llegado a las costas de Francia procedentes de Escandinavia doscientos años antes.

Por otra parte, aunque Inglaterra fue su principal objetivo, los vikingos también se lanzaron a conquistar otras zonas más lejanas como Irlanda, el norte del continente europeo y Rusia. Los líderes vikingos siempre estaban ansiosos por explorar más territorio, por ello llevaron a sus soldados al Imperio bizantino, al islam y hasta, según algunas referencias, al continente americano. Su espíritu aventurero se hace patente en estas expediciones, y su fama de excelentes guerreros les valió numerosos empleos como tropas mercenarias. Así, los sucesivos príncipes rusos usaban vikingos en sus campañas, y los cedían además a sus aliados. Un caso especial es el de la guardia personal del emperador bizantino, la Guardia Varega. Debido a las intrigas de la corte de Constantinopla el emperador Basilio II contrató en el siglo IX a seis mil vikingos, los llamados Portadores del Hacha, que pasaron a formar la elite del ejército durante los siguientes trescientos años.

Los grandes imperios orientales

Algunos de los primeros escritos encontrados en Asia describen grandes batallas. Podemos deducir que el desarrollo militar en este continente fue extraordinariamente precoz. Así, por ejemplo, tenemos noticia de una gran batalla en el año 1763 a. C. en Ming T'iao, un siglo antes de la eclosión de la cultura micénica en el Mediterráneo.

Esta batalla, sucedida en lo que hoy es el norte de China, dio inicio al primer gran Imperio chino documentado, gobernado por la dinastía Shang, y localizado en la zona del Huan He (río Amarillo, en China central). Los Shang eran una casta militar que gobernaba mediante un sistema parecido al feudalismo europeo medieval y, por tanto, no constituyeron un Estado centralizado. Por ese motivo eran frecuentes tanto las expediciones al exterior de su área de control como las riñas entre nobles Shang, campañas capaces de organizar ejércitos de cinco mil combatientes, aunque algunos textos hablan de contingentes mayores, cercanos a los treinta mil soldados.

Las armas de estos soldados, conocidas tanto por textos como por pruebas arqueológicas y pictogramas, comprenden una amplia panoplia en la que constan lanzas, hachas, dagas y arcos hechos

de bambú. Aunque a medida que avanza el periodo Shang las armas hechas de bronce son más comunes, el hueso fue el material principal usado para la fabricación de estos elementos. En cuanto a protecciones corporales como armaduras y cascos, probablemente solo eran usadas por los guerreros más poderosos, igual que los carros de guerra que, aunque presentes en los ejércitos chinos de la Edad del Bronce, eran pocos. Una inscripción del siglo XII a. C. demuestra estas proporciones, al detallar los soldados capturados al enemigo: mil quinientos setenta prisioneros, quince armaduras y dos carros. Estos vehículos eran más grandes que sus equivalentes occidentales descritos en la *Ilíada* de Homero, además del conductor y un arquero podían llevar también a otro tripulante, normalmente armado con una lanza.

Los ejércitos Shang podían usar, en determinadas circunstancias, armas exóticas como los elefantes de guerra, a imagen y semejanza de otros ejércitos vistos en capítulos anteriores como los cartagineses. Estos animales procedían de las zonas más sureñas de China, donde se encontraban manadas de elefantes indios en estado salvaje. Sin embargo, y pese al temor que los elefantes infundían a los enemigos, la táctica dejó de usarse y el animal desapareció de los ejércitos chinos después de la dinastía Shang (hacia el XI a. C.), probablemente a causa de su extinción en esta zona.

En cuanto a su organización, el ejército Shang se dividía en cuatro unidades básicas, siguiendo la jerarquía social establecida. Así, en el lugar más prominente encontramos a los *ma*, que eran los guerreros que conducían los carros de guerra. Seguidamente existían determinadas unidades entrenadas como guardia de élite, aunque se desconoce su armamento. Las otras dos clases, los cuerpos de arqueros (conocidos como *she*) y de infantería equipada con lanzas para el combate cuerpo a cuerpo (los *shu*), eran, sin duda, las más numerosas y formaban el núcleo del ejército.

Además del combate en el campo de batalla, los asedios fueron comunes en la época Shang. Los nobles vivían en grandes palacios dentro de ciudades fortificadas, cuyas murallas, hechas de madera y adobe, podían llegar a medir ocho o nueve metros de altura, y diez de ancho, cualquier intento de abrir brecha era extraordinariamente costoso, y el atacante tan solo tenía como recurso el sitio, con el objetivo de rendir la fortaleza causa de la hambruna.

El dominio Shang duró hasta el siglo XI a. C., cuando uno de los pueblos que habían conquistado, los zhou, lideraron una rebelión que los derrotó y creó una nueva dinastía. Los territorios del antiguo Imperio de Shang fueron divididos en dos reinos (Zhou Occidental y Zhou Oriental), que continuaron expandiendo su área de influencia en Asia.

Los soldados de la parte occidental adoptaron y mejoraron las armas de los Shang, construyendo carros aptos para cuatro caballos en lugar de los dos anteriores, y aumentando su número de forma considerable hasta ser capaces de reunir tres mil carros en un ejército.

Las tácticas de los cuerpos de infantería también se fueron sofisticando con el tiempo, tal y como se muestra en dos textos conocidos como *El libro de las odas* (colección de poemas del siglo IX al III a. C.) y *El clásico de los documentos* (compendio de textos de los siglos IX al VIII a. C.). En ellos se explica que los campesinos recibían instrucción militar durante un mes antes de entrar en combate y que, durante una batalla, avanzaban ordenados en hileras. Cada uno de los nobles que conducía un carro era protegido por veinticinco de sus siervos, organizados en cinco hileras de cinco guerreros. A su vez, los carros se organizaban en grupos de veinticinco, correspondiendo aproximadamente a los vasallos de un señor concreto. Numerosos contingentes de veinticinco carros se unían para crear tres divisiones, que correspondían a la derecha, el centro y la izquierda de la línea de combate.

Carro de guerra con cuatro caballos, tal y como aparece esculpido en la colección conocida indistintamente como Ejército de Terracota, Guerreros de terracota o Guerreros de Xi'an. Aunque este carro fue creado en un periodo posterior, no es demasiado diferente a los vehículos usados masivamente por la dinastía Shang. Los llamados Guerreros de terracota y la Gran Muralla china.

Los ejércitos de Zhou oriental eran parecidos a los descritos, pero daban aun más importancia si cabe a la presencia de carros en el campo de batalla. Las técnicas de asedio también fueron mejorando, y además del tradicional sitio para forzar la rendición se popularizaron los asaltos realizados con escaleras de madera, para poder franquear las murallas, tal y como aparece en *El clásico de las odas*.

A partir de los siglos VI y V a. C., el carro dejó de ser el arma predominante en los enfrentamientos bélicos chinos. Este hecho se debe a las constantes guerras del periodo, conocido como la época de los Reinos Combatientes, que hicieron evolucionar las tácticas de guerra en la zona.

Esta época se inició cuando, poco a poco, la dinastía de los Zhou se fue disgregando en diversos reinos independientes, que lucharon constantemente entre ellos y contra otras culturas del sur de China. De este modo se dio un periodo de constantes contactos y enfrentamientos entre soldados de diversas zonas del territorio, y se empezaron a popularizar otras tácticas y equipos militares. Entre ellos destacan las espadas y los escudos, así como unas armas especiales que combinaban una lanza con un hacha, cuyas dimensiones podían llegar a los seis metros. También hizo su aparición la caballería ligera, aunque en cantidades limitadas. Nuevas armas de asedio y ballestas se añadieron al arsenal chino, dando fe de la extraordinaria evolución militar de estos ejércitos, mucho más sofisticados que sus equivalentes occidentales.

En cuanto a doctrina militar, durante esta época existían numerosos manuales sobre estrategia y táctica, de los que tan solo unos pocos nos han llegado. Destaca *El arte de la guerra*, escrito por Sun Tzu, que, sin duda, es una de las bases del pensamiento militar chino de los siglos posteriores, así como un manual de referencia a nivel mundial aún en la actualidad.

El arte de la guerra está dividido en trece capítulos, cada uno de ellos trata en profundidad un aspecto de la lucha armada (emboscadas, marchas, ataque y defensa, etc.). Al mismo tiempo que describe estos apartados, Sun Tzu aporta numerosos consejos sobre cómo sacar el máximo provecho de los mismos, como por ejemplo llevando la guerra a territorio enemigo para economizar los daños en la propia sociedad, o usando siempre que sea posible el elemento sorpresa. La datación de esta obra sigue siendo aún hoy en día imprecisa; aunque algunos documentos chinos sitúan su redacción alrededor del siglo V a. C., otros datos aportados por Sun Tzu moverían esta fecha hacia el III o II a. C.

La época de los Reinos Combatientes, caracterizada por constantes luchas por el territorio, se acabó con el ascenso de la dinastía Qin. Procedente de la región de Kansu (norte de China), esta dinastía creó en el 211 a. C. el primer Estado chino verdaderamente unificado, bajo el mandato de un emperador, Qin Shi Huang. Era un gobernante cruel y totalitario, que controlaba a sus súbditos

gracias al poder militar de sus tropas, y que había ido expandiendo su Imperio desde mediados del siglo III a. C. De hecho, dos de las más increíbles muestras de poderío militar de la antigua China son suyas: los llamados Guerreros de Terracota y la Gran Muralla china.

Las esculturas de guerreros creadas con terracota se construyeron para salvaguardar a Qin Shi Huang en la otra vida, por lo que están localizadas en una enorme fosa cercana al mausoleo del primer emperador chino, en la actual ciudad de Xi'an (China central, provincia de Shaanxi). En esta colección, también conocida como El Ejército de Terracota o Guerreros de Xi'an, se cuentan más de seis mil guerreros en formación, esculpidos con un excelente nivel de detalle que nos permite conocer el ejército que unificó China bajo este prestigioso comandante militar. Las esculturas muestran algunas armaduras metálicas, así como arcos, lanzas y espadas de gran calidad, probablemente hechas de hierro, un mineral que fue cada vez más el usado en la fabricación de elementos militares. Una sección especial de este ejército es la Guardia Imperial, armada con ballestas y espadas. Se supone que los soldados de este cuerpo de élite del emperador Qin eran entrenados durante siete años seguidos, y eran combatientes extraordinariamente aguerridos.

Desgraciadamente, uno de los problemas de esta monumental recreación de un ejército antiguo es que la mayor parte de armas que llevaban las esculturas eran reales. Así, los continuos años de saqueo del mausoleo en busca de escudos, espadas y lanzas han hecho que la mayoría de soldados carezcan de panoplia, su estudio es, entonces, de limitada utilidad, y se complica mucho su interpretación.

La segunda gran contribución de Qin Shi Huang al patrimonio bélico fue la unificación de la Gran Muralla china. Unificación, que no construcción, pues de hecho ya existían largos fragmentos que cubrían parte de las fronteras desde la dinastía Zhou, debido a que cada reino había ido construyendo estos límites para guardar sus fronteras, tanto contra incursiones extranjeras como para defender los territorios de potenciales ataques por parte de reinos chinos adyacentes. Los Qin eliminaron las fronteras interiores y mejoraron las exteriores, y de este modo crearon una barrera continua contra los enemigos de su Imperio. Estas murallas estaban hechas de tierra compactada y reforzada por madera. Tenían un considerable grosor, que permitía que destacamentos y vehículos marcharan por el paramento de la muralla coronada por numerosos puestos de guardia y alarma. Las funciones principales de esta fortificación eran alertar de posibles amenazas, así como el control cotidiano de personas que entraran y salieran de los reinos chinos.

Las pistas sobre la organización del ejército que nos da el mausoleo son muy interesantes. Los soldados, que llevan alabardas de tres

metros, son comandados por oficiales que conducen carros de guerra. Delante de las tropas hay doscientos ballesteros desplegados en orden abierto, probablemente con la misión de hostigar al enemigo.

Pese a todo, la primera dinastía imperial china duró poco más de una década. Su error principal fue el despliegue de las tropas en las fronteras exteriores, que estaban dispersas por todo el perímetro del Estado. No se mantuvieron destacamentos potentes en el interior del país, de tal manera que cuando algunos nobles lideraron una rebelión contra el Imperio este fue incapaz de pararlos, y se sumió en una anarquía que permitió la destrucción de la capital, Xianyang, en el 206 a. C. Los nobles rebeldes crearon una dinastía nueva, la de los Han,que hizo asentar el concepto de una China unificada bajo el mandato de un emperador, situación que no se vería modificada hasta el año 220. Durante estos cuatrocientos años de prosperidad, China conoció el auge del budismo y la apertura de numerosas rutas comerciales como la famosa Ruta de la Seda, dirigida hacia Occidente.

El ejército de los Han llegó a ser muy poderoso, y combinaba las tradiciones chinas anteriores con otros elementos, como por ejemplo el uso masivo de convictos en el campo de batalla. Armados ligeramente, estos esclavos podían ser lanzados al inicio de una batalla para desorganizar al enemigo, y funcionaban como tropas suicidas que no debían sobrevivir al enfrentamiento. Sin embargo, parece que la mayor parte de las tareas desarrolladas por los convictos estaban relacionadas con los trabajos forzados necesarios para el mantenimiento del ejército (construcción de fortificaciones, transporte de suministros, etc.). La caballería, debido a la influencia del combate contra tribus nómadas de Asia central, fue también un elemento importante de los ejércitos Han. Así, hay textos que describen cómo en el 119 a. C. se formó un ejército de cincuenta mil jinetes a caballo y diversos centenares de miles de infantes, aunque muy probablemente nos encontremos, como tantas veces, ante cifras exageradas.

En cualquier caso, muchos fueron los elementos tradicionales chinos que se mantuvieron bajo el dominio de la dinastía de los Han. El armamento era casi idéntico al de la época Qin, aunque cobró especial importancia el uso de ballesteros. Las tácticas tampoco variaron en exceso, debido a que todavía se usaba el despliegue de la infantería en cinco hileras, organizadas en pequeños pelotones comandados por oficiales de baja graduación.

A largo plazo, su ejército no fue capaz de contener a todos los enemigos fronterizos, perdiendo cada vez más territorio a manos de coreanos, mongoles y otros pueblos limítrofes con China, hasta que el Imperio se desintegró en tres reinos distintos durante el siglo II (lo que vino a dar a este periodo el nombre de época de los Tres Reinos), dominados cada uno de ellos por los Wei en la mitad Norte del anterior Imperio Han, los Wu en la zona este y los Shu en el oeste, Imperios que se prolongaron hasta el siglo VI. Después de su caída se sucedieron doscientos años en los que señores de la guerra chinos y extranjeros pugnaban por el control del territorio, esta circunstancia fue razón de innumerables guerras que laceraron el país en toda su extensión.

En relación al armamento, en esta época se desarrollaron nuevas tácticas para la caballería china. Es destacable a este respecto, la introducción de estribos y de jinetes catafractos similares a los de Occidente como consecuencia del contacto cultural y comercial entre ambos mundos producido por el uso de la Ruta de la Seda. Aunque el número de soldados a caballo era aún escaso, los textos chinos describen un número creciente de cargas montadas, donde el atacante intenta llegar al choque con el enemigo para que este se desmoralice y huya. Sin embargo, las tropas lanzadoras de proyectiles aportaban la mayor contribución numérica a estos ejércitos, especialmente arqueros y ballesteros, por ello en algunos textos se describen que en los combates de la época «los proyectiles caían como gotas de agua».

Fragmento de la Gran Muralla china, una de las obras poliorcéticas más impresionantes de cuantas haya construido el ser humano. En la fotografía se percibe la amplitud del paso, que permite la circulación de monturas, así como los diferentes refugios para las guarniciones que vigilaban las fronteras del Imperio.

Durante los siglos que siguieron a la desintegración de los Tres Reinos, las tácticas militares no evolucionaron en exceso, ya que a finales del siglo VI el núcleo de los ejércitos chinos era en esencia el mismo que el de las tropas Han. Fue entonces cuando se produjo uno de los momentos de mayor estabilidad política y desarrollo militar de la historia de China, pues bajo las dinastías Sui (581-618) y, especialmente, Tang (618-907) la estructura de los ejércitos cambió de forma radical, y al mejorar su eficacia también aseguraron el futuro de esta potencia asiática.

La organización de estos nuevos contingentes dejó de ser la tradicional, basada en clanes militares, para transformarse en un sistema basado en milicias denominado *fu-ping* (que quiere decir «tropas de las jurisdicciones»), complementado por contingentes mercenarios. Resulta interesante señalar que, de estas tropas, aproximadamente la mitad estaban reclutadas fuera de las fronteras chinas. No toda la sociedad debía ir al ejército, y tan solo determinadas familias, seleccionadas por su tradición combativa, tenían la obligación de ir a la guerra, y estas se localizaban en su mayor parte al norte del país. Con ellas se formaban seiscientas unidades, cada una tenía entre ochocientos y mil doscientos soldados de entre veintiuno y sesenta años. Eran formaciones mixtas de caballería e infantería, y estaban mandadas por oficiales experimentados que elegían el ejército como carrera profesional. Los soldados, por el contrario, debían prestar servicio obligatorio de manera rotativa. Estaba estipulado que, dependiendo de su lugar de nacimiento, estos guerreros debían incorporarse al ejército uno de cada cinco a nueve meses. La gestión de este complejo sistema era tarea de los funcionarios chinos que formaban el *ping-pu*, el equivalente a un ministerio de defensa de un Estado actual.

Este sistema, parecido al que usaba la República romana, era útil para pequeñas campañas y el mantenimiento de la paz en el Imperio, pero se mostraba inadecuado en ocasiones que las guerras se alargaban (por ejemplo, la fallida invasión china de Corea en el 644). Tampoco era práctica para los grandes destacamentos que, temporalmente, se debían mantener en las fronteras lejanas para evitar potenciales invasiones.

Estas tropas formaban el núcleo del ejército imperial chino, pero no eran su único contingente. Como hemos dicho, casi la mitad de soldados venían del extranjero, y formaban algunas de las unidades más potentes, como la caballería pesada reclutada en el Tibet, que por aquel entonces era

un aguerrido país de Asia central, o los arqueros procedentes de Manchuria. Como consecuencia, algunas tácticas típicas de Asia central, tal que la de los arqueros a caballo o la de los lanceros de los ejércitos mongoles y turcos, fueron adoptadas por la caballería china, aunque los catafractos seguían siendo la fuerza principal de choque en caso de batalla.

Poco a poco, la organización se fue sofisticando, y para el siglo VIII se suprimió el *fu-ping* con la intención de transformar el ejército en una fuerza totalmente profesional, capaz de aguantar la cohesión del Imperio hasta el siglo X. En ese momento, China se sumió en otro periodo de guerra civil y anarquía, conocido como la época de las Cinco Dinastías y los Diez Reinos. No sería hasta la imparable invasión de los mongoles de inicios del siglo XIII que un nuevo Imperio cohesionado dominaría la mayor parte del territorio de China.

El otro gran poder militar presente en Asia fue sin lugar a dudas Japón. A partir del siglo XII, y hasta el siglo XVII, el archipiélago japonés vivió un periodo de conflictos continuos que tuvieron su colofón final en el llamado *Sengoku Jidai* o periodo de los Estados en Guerra (1467-1615) y en la figura del samurái como el guerrero oriental por excelencia. Merece la pena detallar en profundidad cómo eran los ejércitos japoneses, en especial debido a la peculiar introducción que hicieron de armas pirobalísticas en su sistema de guerra feudal.

A inicios del siglo XII Japón estaba gobernado por dos protagonistas principales: el emperador, residente en Kyoto, y el sogún o dictador militar. El poder real, sin lugar a dudas, estaba en manos de este último. El emperador era poco más que una figura simbólica, cercana a un Dios, y no se involucraba en los asuntos de Gobierno cotidianos, regidos por el sogún. Este sistema centralista, que ponía en manos de un único monarca el gobierno de todo Japón, fue pulverizado a mediados del siglo XVI, cuando una sucesión de sangrientas guerras civiles dejó el sogunado sin poder, que se repartió entre los diferentes señores feudales presentes en Japón, los llamados daimios. Al igual que los caballeros feudales occidentales, los daimios vivían por y para la guerra, y su educación se basaba en buena medida en los valores militares propugnados por la cultura japonesa medieval. Un ejemplo paradigmático de ello es la continua pugna entre dos de los principales nobles del país, Shingen, del clan Takeda (1521-1573), y Kenshin, del clan Uesugi (1530-1578). Estos señores de la guerra estuvieron combatiendo de forma casi ininterrumpida durante más de una década en la zona norte de la isla de Japón, con resultados poco concluyentes la mayor parte del tiempo.

Réplica de la armadura llevada por Uesugi Kenshin, uno de los más poderosos señores de la guerra del Japón feudal. Tal vez su combate más importante fue la cuarta batalla de Kawanakajima (1561), en la que participaron más de treinta y cinco mil soldados, y que lo enfrentó a su némesis, Takeda Shingen. El resultado del combate no fue decisivo, y, aunque ambos tuvieron muchas bajas, las guerras entre ellos prosiguieron durante dos años más, hasta la muerte de Takeda.

El concepto samurái no tan solo se aplicaba a los nobles guerreros, sino a todas las personas que formaban parte de estas familias, incluidas mujeres y hombres dedicados a otras tareas, como administradores o monjes budistas. Aunque no todos ellos eran entrenados en las técnicas de combate, lo cierto es que sí tenían un mínimo conocimiento militar, y así, por ejemplo, las mujeres eran capaces de manejar eficazmente las pequeñas dagas que llevaban encima como símbolo de su estatus social. Pese a todo, las diferencias entre las diversas familias de esta casta podían ser muy importantes en cuanto a nivel económico y prestigio. Los daimios se situaban en la parte más alta del escalafón social y los llamados ronines en la más baja. Un ronin era un samurái que se había quedado sin señor por diversos motivos (muerte sin herederos, asesinato, etc.), acababa convirtiéndose en mercenario para sobrevivir, y de este modo perdía todo el honor que el título de samurái otorgaba a una familia.

El entrenamiento de un samurái empezaba ya en su infancia, y combinaba el adiestramiento militar con otro tipo de materias como la poesía y la música. Las artes marciales, la equitación y el ejercicio físico también eran parte esencial de la educación, puesto que ayudaban a mejorar las capacidades guerreras del niño.

Se consideraba que el samurái ya estaba listo para combatir a la edad de trece años, cuando el ritual conocido como *genpuku* lo convertía en una persona adulta. A partir de entonces empezaba el llamado *camino del samurái*, que implicaba un complejo código ético de conducta que rezaba que la muerte era una salida más honrosa que ser capturado por el enemigo o fallar al señor. Así, el suicidio ritual o *seppuku* era frecuente en caso de resultar herido o perder una batalla.

En cuanto al armamento, y al igual que pasaba con los nobles europeos, la espada era el signo distintivo de los fieros samuráis. Usualmente llevaban dos, una corta y una larga, y es importante señalar que blandían las dos armas en lugar de llevar un escudo, signo inequívoco de la

despreocupación por el peligro de muerte que suponía prescindir de esta defensa. Los samuráis sabían usar una completa variedad armamentística, destacaban las lanzas y los arcos, que podían disparar desde lomos de una montura.

La pieza principal de su defensa era la armadura corporal. Había muchos métodos de fabricación que incidían directamente en el coste económico y la seguridad que brindaban las protecciones. La armadura tradicional estaba hecha de pequeñas escamas de metal ligadas entre sí, aunque también abundaban las que estaban hechas de dos partes compactas (la pectoral y la trasera).

Los diferentes cascos llevados por los samuráis eran una de las maneras más fáciles de identificarlos, y es que estaban coronados por vistosas crestas y señales que los evidenciaban. Eran muy complejos, pues en lugar de construirse a partir de una o dos piezas forjadas, constaban de hasta treinta y dos partes móviles que permitían al guerrero una gran movilidad de la cabeza, además de su protección. Estos cascos iban complementados a menudo por vistosas máscaras, que además de añadir más defensas dotaban al guerrero de una apariencia terrible, casi inhumana. El factor psicológico de los atuendos samuráis era, evidentemente, muy destacado, como es habitual en la indumentaria de los mejores guerreros que ha habido en todos los ejércitos.

Pero conviene no olvidar que no solo de samuráis estaban compuestos los ejércitos japoneses, como refleja el hecho de sus numerosas tropas a pie que complementaban las acciones de los guerreros acorazados. Conocidos colectivamente como *ashigaru*, su armamento podía ser muy variado (lanzas, arcos y ballestas), y en general llevaban poca protección corporal. Los *ashigaru*, pues, formaban la masa de maniobra de los ejércitos japoneses medievales, mientras que la fuerza escogida de los samuráis era la columna vertebral que, con sus cargas a caballo, acostumbraba a decidir los enfrentamientos.

Las tácticas usadas por los comandantes japoneses no fueron excesivamente complejas, aunque existían diversos planes de batalla teóricos que podían usarse durante el despliegue del ejército. En la práctica parece que no fueron muy efectivos, dado que la mayoría de combates se resolvían con cargas frontales de los *ashigaru* y los samuráis, que podían ir a caballo o a pie dependiendo de la situación. Los asedios también eran comunes, debido a que los diferentes daimios controlaban sus tierras por medio de la utilización de grandes fortalezas, capaces de albergar a guarniciones numerosas. Debido a que las técnicas poliorcéticas no estaban tan desarrolladas como en otras partes del globo, y a que como bien sabemos los asaltos acostumbraban a ser muy costosos, el sitio era la forma natural de atacar aquellos baluartes feudales.

A mediados del siglo XV, una transacción comercial con mercaderes portugueses motivó cambios profundos en la forma de hacer la guerra típica de Japón: la compra de arcabuces occidentales de mecha. En poco tiempo, los japoneses fueron capaces de fabricar mejores armas que Occidente, y los arcabuceros pasaron a ser una parte importante de sus ejércitos. Al contrario que ocurría con los arqueros y jinetes a caballo, muy costosos y difíciles de entrenar, cualquier campesino era apto para disparar un arcabuz con un mínimo de entrenamiento, e igual que sucedió en Occidente posteriormente fueron expertos en hacer fracasar las antes imparables cargas de los orgullosos nobles a caballo.

Ilustración del periodo llamado *Sengoku Jidai*, que muestra una batalla (probablemente la de Kawanakajima, 1561). Se ven en ella los vistosos estandartes llevados por los samuráis a caballo, así como las salvajes cargas a pie protagonizadas por los *ashigaru*.

Un ejemplo de ello es la batalla de Nagashino, sucedida en el centro del Japón en 1575. En esta zona las fuerzas del clan Takeda, bajo las órdenes de Takeda Katsuyori, iniciaron el sitio de un castillo controlado por Oda Nobunaga, uno de los más grandes guerreros de Japón. Oda reunió un ejército para liberar la fortaleza, compuesto en su mayor parte por arcabuceros, que fueron desplegados en tres líneas detrás de una empalizada cercana al castillo. Los samuráis de Takeda cargaron instantáneamente contra la fina línea de soldados de Nobunaga, pero fracasaron en su intento debido a la densidad del fuego y el acertado despliegue que había ideado Oda. La caballería de Takeda fue masacrada, y este punto marcó el inicio del declive del samurái como fuerza reinante en los campos de batalla japoneses.

La marea mongol

Durante el siglo XIII se forjó una nueva fuerza militar que impresionó a Asia, África y Europa por igual: los mongoles. Este ejército surgió de Asia central y, capitaneado por brillantes líderes como *Gengis Kan*, formó el Imperio más grande conocido por la humanidad. Desde Polonia hasta el océano Pacífico, y de Siberia al Imperio bizantino, innumerables reinos y pueblos conocieron el azote de estos temibles jinetes, cuya rapidez y efectividad en combate los hicieron casi invencibles hasta bien entrado el siglo XVI. Para mostrar el pánico que infundían a sus enemigos tan solo cabe apuntar que en Europa eran conocidos como «los jinetes del diablo».

Los mongoles formaban parte de una cultura nómada, el caballo era uno de los pilares de su modo de vida y, como consecuencia, de su modo de guerrear. Se podría decir que los mongoles vivían a caballo, ya que aprendían a montar desde su infancia y pasaban la mayor parte de los días

marchando hacia zonas ricas en pastos. Las sillas de montar mongoles eran muy estables y cómodas, cabe resaltar que sus caballos probablemente no llevaban herraduras porque eran capaces de moverse por terrenos rocosos sin ellas, al contrario que la mayoría de razas equinas.

El ejército mongol estaba basado en tropas montadas formadas por todos los hombres capacitados de la sociedad mongol, dividida en clanes familiares. Al igual que los espartanos griegos o los nobles feudales occidentales, los mongoles eran una cultura extremadamente militarizada, y la mayoría de actividades tenían relación con la guerra, desde la práctica de la equitación a la caza. Al ser nómadas todos los clanes marchaban juntos, y cada hombre de quince a sesenta años, perteneciera a un clan de alta cuna o fuera un simple pastor, debía combatir cuando la situación así lo requería. La logística de este gran ejército estaba gestionada por el resto de personas de cada clan, mujeres, niños y viejos debían llevar y montar las tiendas donde habitaban, dar de comer a las monturas, cocinar, etc.

No podemos ocultar que el número de guerreros hábiles siempre fue sobrestimado por sus enemigos. El hecho de que cada combatiente llevara cuatro o cinco monturas con él, así como su extremada movilidad, les permitía parecer mucho más numerosos de lo que realmente eran. Por ese motivo algunas fuentes describen ejércitos de cuatrocientos o quinientos mil mongoles, aunque seguramente la cifra real fuera más cercana a los cien o ciento cincuenta mil guerreros.

Estos soldados se dividían generalmente en dos tipos básicos: arqueros a caballo y caballería pesada. La primera usaba pequeñas y resistentes monturas, que les permitían moverse con rapidez tanto en el campo de batalla como en las largas marchas por las estepas que realizaban los nómadas. Su indumentaria no era excesivamente elaborada: consistía en las ropas usadas a diario por los mongoles: un abrigo de piel de oveja y un gorro y botas de piel. Estas prendas, aunque básicas, estaban especialmente diseñadas para aguantar el frío de las estepas que caracterizan el territorio mongol, y eran el único elemento de protección que llevaban la mayoría de aquellos guerreros. Tan solo algunos de ellos llevaban escudos, y en ese caso eran pequeños y redondos, garantizando algo de defensa en los combates a corta distancia. Las armas ofensivas, contrariamente, sí que eran numerosas: un sable curvado para el combate cuerpo a cuerpo, una daga como último recurso, y el famoso arco compuesto mongol como elemento más importante. Construido con madera de bambú, cuernos de yak y tendones, el arco era el arma básica del jinete mongol en combate ya que, debido a un entrenamiento excelente, este era capaz de dispararlo desde la montura con gran precisión.

Así pues, los comandantes mongoles lanzaban a grandes grupos de arqueros a caballo para que hostigaran las tropas enemigas, especialmente a la infantería. Estos jinetes eran capaces de atacar en bloque, disparar sus flechas a poca distancia y retirarse rápidamente con sus ágiles monturas, evitando de este modo contraataques peligrosos por parte de la caballería enemiga. En caso de que esta intentara perseguirlos podía caer en una trampa mortal, porque los mongoles esperaban a que los caballos de sus rivales se dispersaran y cansaran para volver a atacarlos, con resultados fatídicos.

El complemento perfecto a los arqueros montados era la caballería pesada, mucho mejor protegida. Llevaba la armadura laminada típica de Asia, que cubría todo el cuerpo del jinete y estaba formada por pequeñas láminas de metal anudadas entre ellas y complementadas por fragmentos de cuero endurecido. Sus armaduras eran muy resistentes y flexibles, y pesaban mucho menos que sus equivalentes occidentales, las cotas de malla (unos diez kilogramos por los veinte o treinta de las cotas). Este tipo de guerrero montado mongol llevaba un casco de hierro cónico, que le cubría la cabeza y también le protegía la espalda y el cuello, y montaba caballos mucho más grandes que el resto de jinetes. Estas monturas, de hecho, solían estar protegidas también por armaduras laminadas. En cuanto a sus armas ofensivas, eran idénticas a las de los arqueros a caballo, pero además de ellas

también llevaban lanzas para combatir contra la caballería enemiga.

De esta manera, una vez que los arqueros a caballo habían debilitado a los contendientes, especialmente rompiendo las formaciones con sus continuados ataques, la caballería pesada mongola lanzaba el ataque final, que tendía a ser imparable a causa de la potencia de choque de estos soldados acorazados. Sea con la lanza, el arco o la espada, eran capaces de derrotar las formaciones enemigas y perseguir a las tropas derrotadas con el apoyo de los jinetes más ligeros.

Durante la mitad del siglo XII existían, en las estepas de Asia central, diversas tribus nómadas que habían adoptado este sistema de combate montado. Si los mongoles evolucionaron de una de estas tribus a un Imperio transcontinental se debe, en buen grado, al genio de un guerrero llamado Temujin. Nacido en 1167 aproximadamente, Temujin fue capaz de derrotar a las tribus cercanas y unificarlas posteriormente para continuar las conquistas con este reforzado ejército. Temujin recibió entonces, hacia 1206, el título de *Gengis Kan* (el nombre por el que será conocido desde entonces, que quiere decir «Príncipe Universal») y decidió hacer frente a la mayor amenaza que existía en las fronteras de este incipiente Imperio: la China gobernada por la dinastía Jin. Debido a que este enemigo era muy fuerte, antes de atacarlo Gengis conquistó diversas naciones adyacentes al Imperio mongol, incluyendo el reino de Xia (norte de China). Durante estas campañas, los mongoles perfeccionaron sus tácticas e incluyeron otras técnicas inusuales para un ejército nómada, como la poliorcética y el empleo de la infantería. La capacidad para construir y mover rápidamente máquinas de asedio fue decisiva para el éxito del ejército mongol, porque les permitió continuar sus conquistas fuera de la estepa mongola y someter a cuantas ciudades se encontrasen por el camino.

Gengis Kan también creó una nueva organización del ejército, basada en un sistema decimal. Diez jinetes formaban un *arban*, y diez de ellos un *jaghun*. Diez *jaghun* hacían un *minggham*, y finalmente diez de estas unidades de mil guerreros constituían la mayor unidad de combate mongol, el *tumen*. Es importante destacar que toda esta jerarquía estaba organizada por relaciones de vasallaje entre los líderes, de entre los que se escogían los más destacados y cercanos al *kan* («príncipe») para constituir una guardia personal de élite. Atacó a la dinastía Jin con este ejército en 1211, su éxito fue total. La campaña culminó con la conquista de la gran capital china, Zhongdu (la actual Pekín), gracias a las técnicas de sitio y asalto desarrolladas con anterioridad. El siguiente ataque de Gengis Kan fue dirigido hacia el oeste en 1218: su objetivo fue el Imperio musulmán de Jorasmia, que se extendía por Persia y lo que hoy son Afganistán y Uzbekistán con una fuerza superior a los trescientos mil guerreros. Las principales batallas se dieron en ciudades como Samarcanda y Urgench, cada una de ellas estaba defendida por una enorme guarnición que sobrepasaba los cien mil soldados; una cifra probablemente exagerada, como la mayoría de las aportadas por fuentes medievales, pero que da una idea de la importancia del ejército mongol y sus increíbles capacidades para la conquista.

Esta ilustración es de Rashid-al-Din Hamadani, y está hecha en el siglo XIV por orden del kan Mahmud Ghazan, gobernador de una zona comprendida en el actual Irán. Muestra a los dos principales tipos de jinetes mongoles trabados en lo que parece un combate entre clanes rivales. Los que huyen, situados a la izquierda, forman parte de la caballería pesada mongol. A su derecha están los perseguidores, que ilustran a la perfección la idea de los arqueros mongoles, capaces de disparar a caballo.

A la muerte de Gengis Kan, sucedida en 1227, el Imperio mongol se extendía desde China hasta Rusia occidental, límite este último marcado por otra gran victoria de los mongoles. En 1223 el ejército nómada capitaneado por dos de sus mejores generales (Jebe y Subutai) había derrotado, a orillas del río Kalka (en la actual Ucrania), a una confederación de los principales príncipes rusos, deshaciendo toda posible oposición al Imperio mongol en esta zona.

La marea mongol no había hecho más que empezar; el Imperio, gobernado por Ogedei Kan, hijo de Temujin, acabó las conquistas iniciadas por su padre, y en 1232 atacó al otro gran Imperio chino. El de la dinastía Song (que dominaba el centro y sur de la actual China), además de conquistar una parte de Corea, el Turkestán (este del Mar Caspio) y otros territorios circundantes a la frontera mongol. La zona de influencia mongol era tan inmensa después de la muerte de Ogedei, acaecida en 1241, que se dividió en cuatro grandes Imperios, uno de ellos, regido por Kubilai Kan (nieto de Gengis), se transformó en la dinastía Yuan, que gobernaría China durante un siglo.

Cabe decir que el Gobierno mongol era bastante diferente de los tipos de Imperio tradicionales de esta época. Los *kanes* no intentaban controlar por completo las culturas conquistadas, a las que dejaban gobernarse de forma independiente siempre y cuando pagaran puntualmente los impuestos requeridos (principalmente con alimentos para las monturas y hierro para forjar armas). En algunos casos los mongoles desaparecían súbitamente de territorios recién conquistados, debido a que a la muerte de un kan todo el ejército debía reunirse en la capital mongol para elegir al siguiente emperador.

Los mongoles también dominaban las técnicas de asedio de la época. Esta ilustración árabe muestra el ataque a una ciudad de Oriente

Próximo realizado por las tropas de un kan durante el periodo 1256-1258, cuando los mongoles atacaron múltiples ciudades del norte de Irán. Se puede observar en la ilustración la presencia de catapultas de contrapeso y plataformas de tiro, con las cuáles los arqueros podían hostigar a los defensores.

Los sucesivos kanes expandieron el Imperio al resto de China, Siria, el actual Iraq, Corea, Java y Vietnam y hasta intentaron invadir Japón en dos ocasiones. Sin embargo, poco a poco, el Imperio se fue dividiendo, debido a las continuas pugnas entre sus líderes. La conquista de grandes ciudades y zonas ricas hizo que paulatinamente muchos mongoles dejaran el método tradicional de vida nómada, abandonando en el proceso bastantes cualidades guerreras que los hacían tan temibles. Por ese motivo, durante el siglo XIV fueron expulsados de sus territorios de conquista por otras fuerzas en auge, como los turcos en Anatolia, la dinastía Ming en China y los mamelucos en Oriente Próximo. En Europa, los gobernantes rusos se unieron de nuevo para quitarse de encima el yugo mongol, y derrotaron a una de las mayores fuerzas mongoles, conocida como la Horda Dorada, en la batalla de Kulikovo (1380), al sur de Moscú. Este decisivo enfrentamiento propició la expulsión de los mongoles de Europa oriental y permitió el inicio de la unificación de los territorios de esta vasta área, que más tarde se convertiría en el Imperio ruso.

Guerra en América

Acabaremos este repaso global a las más interesantes sociedades militares fuera de Europa llegando hasta América.

Nos centraremos primero en Mesoamérica, una región histórica, un área cultural, que actualmente engloba una área extensa de México, así como Guatemala, Belice, El Salvador y parte de Honduras, Nicaragua y Costa Rica. En esta gran región, y desde el 2000 a. C. hasta la llegada ya en el siglo XVI de los conquistadores europeos, tenemos constancia de pueblos que, aunque pertenecían a culturas distintas, tenían muchos puntos en común, o formaron una serie de civilizaciones alternativas y continuas entre las que destacará especialmente la maya. Comencemos con ella.

Los mayas son famosos especialmente por su sabiduría. Existen numerosas pruebas de los abundantes conocimientos que tenían respecto a ciencias tales como la astronomía, así como el urbanismo y la arquitectura. Calendarios astronómicos y ciudades en mitad de la selva de Guatemala o de los estados mexicanos actuales de Yucatán o Chiapas, por ejemplo, son algunas de los ricos restos que nos ha dejado esta civilización, hasta que, tras un periodo clásico de alto desarrollo iniciado a finales del siglo III sufriera un colapso de origen desconocido hacia el siglo X, que redujo su predominio de manera drástica y diera comienzo a una decadencia que habría de durar hasta la conquista de aquellas tierras por parte de los españoles en la década de 1520.

Pese a todo, un aspecto poco destacado de los mayas, de manera injusta e inexacta, es su tradición guerrera. De hecho es muy probable que los conflictos bélicos fueran una constante entre estos pueblos que carecían de un control centralizado; motivo este de que los diferentes reinos mayas batallaran entre ellos incansablemente para aglutinar mayores territorios bajo su poder.

Los combatientes mayas no estaban organizados de forma profesional, y en lugar de mantener una fuerza de combate estable se reunían solamente durante los periodos conflictivos. Las armas estaban resguardadas en un almacén central del reino, desde dónde se proporcionaban a los hombres aptos para el combate. Por otra parte, no eran excesivamente sofisticadas, y la mayoría eran mazas de piedra y lanzas de corta envergadura aptas para embestir al enemigo. El armamento de protección también era mínimo, aunque uno de sus elementos, el vestido de algodón reforzado, fue adaptado más

tarde por los conquistadores españoles. Estos, pues, descartaron sus pesadas armaduras metálicas por estas prendas, que ofrecían una protección considerable y no restaban movilidad al soldado; punto este especialmente importante, dado que el hábitat natural de los mayas eran frondosas selvas, los metales, pues, además de ser incómodos sufrían un deterioro rápido debido a la humedad. Muchas veces, según se ve en distintos grabados, los guerreros combinaban esta indumentaria con un ligero escudo cuadrado. Los ejércitos mayas, armados como se ha comentado anteriormente, podían llegar a estar compuestos por miles de soldados, según cuentan las fuentes coetáneas traducidas.

En cuanto a sus ciudades, la destreza urbanística de los mayas se aplicó también a fortificarlas, la mayoría de asentamientos conocidos en la actualidad están defendidos por murallas de grandes dimensiones. Ejemplos de ello son la ciudadela de Tulum, o el caso de la gran ciudad de Chichen Itzá (ambas en la península de Yucatán, en México actual), que en lugar de una sola muralla tiene distintos recintos internos, para mayor protección de las diferentes zonas de la población.

Ya con el mundo maya en plena decadencia, a comienzos del siglo XIV se consolidó en Mesoamérica, no obstante en una zona básicamente distinta, la creación del Imperio azteca o mexica, aunque la denominación más correcta para referirse a él quizá sea la de Triple Alianza. Este último nombre viene dado porque estaba formado por la confederación de tres ciudades-estado: Tlacopán, Texcoco y Tenochtitlán. Los habitantes de Tenochtitlán, los mexicas, acabarían dominando a los otros aliados.Esta ciudad pasaría a ser la capital de la Triple Alianza, que se expandió de forma vertiginosa durante las décadas siguientes, gracias al desarrollo de técnicas bélicas nunca vistas en América hasta el momento.

La Triple Alianza estuvo en constate conflicto con sus enemigos, entre los que destacaban los descendientes de los toltecas (que habitaban al suroeste de Ciudad de México), los mixtecas y los zapotecas (en el centro de México). Las ciudades y naciones de estos pueblos rivalizaron durante más de un siglo a través de innumerables conflictos, afortunadamente conocidos por los especialistas a partir de la arqueología y los códigos jeroglíficos que nos han llegado de la época.

El primer punto que es importante destacar de lo referido a estos conflictos bélicos, sucedidos en parte de Mesoamérica durante los siglos XV y XVI, es que estaban extraordinariamente ligados a la religión, tanto es así que los sacrificios rituales de los enemigos capturados eran comunes. Estas sangrientas ejecuciones se ordenaban en aras de una mayor fertilidad de la agricultura en los valles dominados por los diferentes estados, verdaderas arterias por donde se expandían.

Precisamente su geografía accidentada, llena de sierras montañosas, zonas pantanosas y selvas, es otro de los factores distintivos de la guerra en esta parte del globo. Existían carreteras, pero las áreas donde se podían construir eran limitadas, ya que la mayoría del territorio tan solo podía ser conectado por estrechas vías de comunicación. En ellas los soldados solo podían pasar de uno en uno o, a lo sumo, en hilera de dos. Por ese motivo la logística y las marchas de los ejércitos aztecas eran muy complejas, y usualmente se basaban en la rapiña de las zonas conquistadas, y en movimientos escalonados. Así, en lugar de marchar todo el ejército en una única columna se dividía en numerosos destacamentos que tomaban vías distintas hacia el mismo punto de encuentro. También era común dejar horas de margen entre la marcha de un contingente y el siguiente para evitar que se formaran cuellos de botella llenos de tropas, y que el enemigo pudiera preparar una emboscada cuyas consecuencias podían ser fatales para el ejército en marcha.

Los ejércitos de la Triple Alianza, que por estas razones eran muy móviles y basaban buena parte de su eficacia en la rapidez, estaban organizados en unidades de ocho mil guerreros llamadas *xiquipilli*. Estas podían dividirse en contingentes más pequeños de cuatrocientos soldados si se necesitaba aumentar su flexibilidad. Las tropas estaban al mando de las familias fundadoras del

Imperio azteca, los *calpulli*, que respondían a las órdenes del emperador o *tlatoani* a través de una complicada jerarquía militar.

El Castillo, uno de los edificios más impresionantes de la ciudad maya de Tulum, localizada en la península de Yucatán, tal vez del siglo XIII. Las excavaciones arqueológicas hechas en sus restos demuestran que el asentamiento estaba rodeado por una inmensa muralla de cuatro metros de alto y ocho de ancho.

Estos contingentes eran espectaculares por los atuendos de los soldados, pues podían ser de muy diferentes colores. La prenda básica era una especie de chaleco fabricado con algodón endurecido (el *ichcahuipilli*), encima de este se colocaban plumas que, dependiendo del color, indicaban la unidad a la que pertenecía el soldado. El tipo de vestido indicaba, además, la valía del guerrero: un traje rojo señalaba que este había capturado a dos enemigos, los que habían matado a cuatro portaban un casco y un traje que imitaba a un jaguar, y las tropas de choque o *cuahchicqueh* iban vestidas de amarillo. Además de estas tropas regulares también existían unidades de élite vestidas con la forma simbólica de animales, como los llamados jaguares y águilas.

Los oficiales y el emperador llevaban ropas aún más decoradas para que, de esta forma, pudieran ser reconocidos a distancia. Entre estos elementos de vestuario destacan los cascos esculpidos como cabezas de animales míticos para los aztecas, como el coyote. Estos vestidos iban complementados con pinturas rituales por todo el cuerpo, así como por un escudo, también decorado, grandes estandartes y cuernos para atemorizar al enemigo.

En lo que respecta a las armas, el *maquahuitl* era la más habitual. Consistía en una especie de garrote de madera con dos afiladas hojas de obsidiana incrustadas a lo largo, medía aproximadamente un metro. La mayoría de guerreros iban armados con esta arma y un escudo ligero, ideal para moverse por las intrincadas selvas que formaban su zona natural de combate. Existían, también, varios cuerpos escogidos de infantería ligera, y arqueros que debían hostigar al enemigo antes del choque principal de las fuerzas de élite de cada rival.

Soldados de élite del ejército azteca (un águila a la izquierda, seguido por un jaguar a su derecha). Pictogramas como este, localizado en el Field Museum de Chicago, son una excelente ayuda para entender la guerra en Mesoamérica durante el siglo XV.

Las tácticas empleadas por los aztecas eran verdaderamente elaboradas. Una de las más usadas era un asalto frontal con las mejores tropas de choque, dirigida a una zona vulnerable de la línea de combate enemiga. Su ventaja era la simplicidad del plan, pero existían otros sistemas más complejos, como los ataques simultáneos por los dos flancos. De entre todas, las emboscadas y engaños eran de las tácticas más reconocidas, y era normal que uno de los rivales simulara una retirada general para, cuando el enemigo lo perseguía de forma desordenada, descubrir tropas escondidas que permitieran sorprender y destruir al ejército contrario. Si estos trucos no tenían éxito, las batallas podían durar horas, ya que en estos ataques los hombres eran relevados de la primera línea de combate cada quince minutos. Resulta lógico semejante sistema de relevo si tenemos en cuenta la extrema virulencia del *maquahuitl*, ocasionaba un golpe mucho más efectivo que cualquier lanza o espada europea. Una herida de ese arma muchas veces equivalía a la pérdida de un miembro, y el hecho de que las protecciones corporales fueran cuanto menos precarias hacía que en las batallas se dieran muchas bajas. Esa es la razón de los relevos: si los guerreros mexicas hubieran permanecido en primera línea más de unos minutos, no habrían aguantado el estrés psicológico del combate. Además de ello, y debido a las prácticas de sacrificios humanos empleadas para la ejecución de los enemigos capturados, el suicidio era muchas veces el destino final de los perdedores, que sabían que la muerte era el precio que pagarían por ser aprisionados.

En cuanto a las técnicas poliorcéticas aztecas eran muy diferentes a las que se puedan encontrar en otros continentes. La precariedad de las rutas de comunicación impedía la creación de sistemas de asedio eficaces, y era imposible mantener a las tropas sitiadoras más que un relativo periodo de tiempo frente a las ciudades rivales, dado que existían dificultades logísticas para proveer de alimentos a un numeroso grupo de combatientes. Así pues, tampoco existían grandes murallas, y lo corriente era que se combatiera al atacante cuando este había entrado en la zona urbana. Las calles de una ciudad eran tortuosas y laberínticas de manera expresa, y era fácil que un enemigo que no las conociera se perdiera y fuera víctima de emboscadas realizadas desde los tejados de las casas circundantes. Así, en lugar de defender las ciudades mediante grandes murallas que evitaran el asedio, los aztecas podían permitirse que el atacante se internara por la ciudad para aniquilarlo poco

a poco, una vez desorientado.

El otro gran Imperio americano anterior a la época de los conquistadores españoles fue el inca. Cusco, su capital, fundada hacia el siglo XIV, y localizada en el sureste del Perú actual, era el centro de poder de esta sociedad guerrera, que bajo el mandato de su emperador, de supuesto origen divino (llamado Sapa Inca), inició una expansión acelerada a mediados del siglo XV. Pronto, la mayor parte occidental de Sudamérica fue conquistada por ellos, incluyendo extensas zonas de la sierra de los Andes, así como los actuales Perú, Ecuador, Chile y algunas zonas de Argentina.

Debido a su tradición militarista, parecida a la de los mexicas, los incas crearon un ejército muy potente, que pudo llegar a tener hasta cien mil combatientes. Se componía de unidades creadas en base a grupos étnicos, cada uno era constituido de acuerdo a un sistema de servicio de trabajos obligatorio, llamado *mita*, que podía llegar a durar siete años. Los oficiales al mando de cada unidad eran profesionales pagados por el Estado, que también mantenía una guardia imperial de élite. Esta se componía, básicamente, de soldados procedentes de la misma Cusco, y en ocasiones tuvo hasta diez mil guerreros.

Este gran ejército conseguía desplazarse por el Imperio gracias a la extensa red de carreteras construida en él, con un sistema muy parecido al del Imperio romano en Europa. Una vez llegados a la zona de combate, los guerreros incas se desplegaban según su panoplia. Las primeras hileras se componían de tropas con armas de largo alcance, como arcos y hondas, con las que hostigaban a los enemigos gracias al lanzamiento de flechas y piedras.

Cuando los contendientes se aproximaban más, estas primeras hileras se movían a la retaguardia, dejando paso libre para las siguientes, que blandían armas de combate cuerpo a cuerpo (mazas, garrotes y hachas). Por detrás de ellos había una nutrida tropa de lanceros, que podía dar apoyo a las hileras de delante gracias a estar armados con largas picas de seis metros.

Este sistema requería de una buena disciplina para mantener la línea, capacidad que sin duda era poseída por el ejército inca. El hecho de que los guerreros debieran prestar servicio militar durante varios años, unido a la profesionalidad de los comandantes, permitía que el entrenamiento fuera muy eficaz, por ello los incas no tuvieron rival hasta la llegada de las tropas españolas en el el siglo XVI.

En ocasiones, las batallas campales no servían para hacer claudicar al enemigo, así que los incas también eran expertos en el uso de técnicas de asedio. Aunque no disponían de grandes máquinas para conquistar ciudades enemigas, el gran número de soldados permitía establecer ejércitos que sitiaran a las poblaciones rivales, cosa que a la larga forzaba su rendición a causa de la sed y el hambre.

Los incas eran competentes a la hora de crear grandes fortificaciones, capaces de mantener en jaque a cualquier fuerza invasora. Prueba de ello es la extraordinaria fortaleza de Sacsayhuamán, al norte de la capital, Cusco. Situada a gran altitud, fue creada por una cultura anterior a la inca en el siglo XII, pero con el advenimiento del Imperio se reforzó y expandió considerablemente. Aunque se desconoce la función de este gran recinto, sus murallas son impresionantes, llegan a los seis metros de altura y cientos de metros de longitud.

Como vemos, por todo el planeta existieron sociedades en las que la guerra formaba una parte vital del entramado cultural. Muchas de ellas crearon grandes imperios basados en la capacidad de sus potentes ejércitos, aunque en la mayoría de los casos la explosión colonizadora europea de la Edad Moderna, causada por una superior potencia económica, tecnológica y militar, acabó por eliminar los sistemas de combate originales de cada zona.

5

El ascenso de los caballeros

Los caballeros feudales

La cristalización del feudalismo en Europa, a partir del segundo tercio del siglo XI, respondió a un proceso multicausal que incluyó factores tecnológicos de carácter militar propiciados por el ascenso de la caballería. El feudalismo implicó la hegemonía social de los caballeros feudales, que eran, fundamentalmente, guerreros que combatían a caballo. La caballería se convirtió, durante la Edad Media, en el arma suprema y total, y los valores que se le atribuían al caballero (valor, humildad, generosidad, templanza, lealtad, nobleza, defensa de la justicia, de la religión, de su país o de su señor…) generaron un imaginario que ha perdurado hasta nuestros días como estereotipo positivo del comportamiento masculino. En este sentido no es exagerado afirmar que la caballería medieval ha marcado, algo, la cultura occidental europea.

Entre griegos y romanos la caballería había tenido un papel importante, pero prácticamente siempre se usaba como arma subsidiaria, o complementaria, de la infantería. El soldado de a pie podía ir equipado con un armamento ofensivo y defensivo más pesado que el del combatiente a caballo. En el mundo antiguo el estribo no se había inventado y los jinetes, para mantenerse, debían presionar las rodillas contra los flancos del caballo, no era fácil mantener el equilibrio sobre la montura. Si los jinetes cargaban con un equipo pesado su posición en el caballo tendía a volverse inestable y ello facilitaba las caídas, sobre todo en los giros y en los galopes. Ciertamente, en el mundo antiguo existieron guerreros bien armados, como los catafractos romanos y bizantinos, que portaban ellos y sus monturas pesadas cotas de escamas de metal, pero estos cuerpos profesionalizados eran la excepción. Tal como indicábamos en el capítulo 3, la dificultad para cargar armamento en razón de la falta de estribos, unas sillas de montar poco adecuadas, así como el reducido tamaño de los caballos y la rareza de las herraduras explican las limitaciones de la caballería en el mundo antiguo, un arma importante, pero pocas veces determinante.

La historiografía del siglo XIX se complació con la idea de que el ascenso emblemático de la caballería se debía a los visigodos, que como sabemos en la batalla de Adrianópolis (que tuvo lugar en el año 378 en la actual Edirne turca) habían derrotado a las lentas y pesadas legiones romanas del emperador Valente. Supuestamente, los visigodos habrían utilizado estribos, y su caballería se había convertido en un arma eficaz capaz de romper las invencibles formaciones de infantería que durante mil años habían dominado los campos de batalla.

Pero lo cierto es que no hay ninguna evidencia textual o arqueológica sobre el uso del estribo

antes del siglo VIII, con la excepción de unos estribos ávaros, de época incierta, depositados en el Museo de Historia de la Ciudad de Viena. Los ávaros eran un pueblo nómada euroasiático que emigró hacia Europa central y oriental en el siglo VI. Dominaron la llanura panónica (occidente de Hungría, oriente de Austria) hasta principios del siglo IX. El caballo era su medio de vida y transporte y no sería de extrañar que efectivamente fueran los introductores del estribo.

Lo que es seguro es que los visigodos de Adrianópolis no usaron estribos y, probablemente, su caballería fue muy eficiente, al margen de la utilización del artefacto, ya que, igual que otros pueblos de las llanuras, su cultura estaba íntimamente relacionada con el caballo, del que era además subsidiaria. Montura y guerrero actuaban con gran compenetración y naturalmente ello redundaba en una mayor eficacia en el campo de batalla. Durante el bajo Imperio romano (284-476) el uso de la caballería fue en aumento, ya que se necesitaban unidades rápidas para hacer frente a enemigos sorpresivos e inciertos. Y, naturalmente, con los nuevos reinos bárbaros la caballería consiguió aun más consideración.

De igual manera que en el caso de Adrianópolis, no pocos historiadores especularon con la posibilidad de que los francos ganaran en el 733 la decisiva batalla de Poitiers a los musulmanes, gracias a las cargas de su pesada caballería, dotada de estribos, que destrozó la caballería ligera islámica. Por lo que sabemos, fue la infantería franca la que llevó el peso de los combates en la batalla contra unas fuerzas islámicas que estaban compuestas, mayoritariamente, por caballería ligera apoyada por infantería. Por tanto, el enfrentamiento ha de ser, en realidad, considerado a la inversa: los bien armados infantes francos formaron un muro contra el que se estrellaron los ligeros jinetes musulmanes.

Sin embargo, lo que sí es cierto es que fueron los propios francos los que introdujeron novedades que, si no determinantes, contribuyen a explicar el ascenso de la caballería en la Edad Media. Efectivamente, los francos usaron estribos durante la segunda mitad del siglo VIII y fueron sus principales promotores en el campo militar. También utilizaron sillas de montar que fijaban con seguridad al caballero. Además, sus caballos eran de gran tamaño y estaban dotados con herraduras. La consecuencia fue lógica, los guerreros pudieron acumular un mayor número de armas ofensivas y defensivas: escudos, cotas de malla, lanzas, espadas… Los estribos y la silla les mantenían firmes sobre la montura, y los fuertes caballos no tenían problemas significativos para soportar los pesos. Prácticamente, por primera vez, los soldados de caballería podían ir mejor armados que los de infantería, y además se desplazaban más rápido. Las novedades implicaron mayor maniobrabilidad en el combate, velocidad y un gran poder ofensivo y defensivo.

Por otra lado, la delicada situación militar del Imperio franco, conocido también como Carolingio, propició que se potenciara el arma de caballería en tanto que garantizaba velocidad, movilidad y supremacía en los combates. Los reyes francos Carlomagno (768-814) y Luis el Piadoso (814-840) fueron los grandes impulsores del arma de caballería. Durante los siglos VIII, IX y X el Imperio franco, atacado y cercado por eslavos, húngaros, musulmanes y vikingos tuvo que desarrollar un importante esfuerzo militar y dotar las fronteras con guerreros eficientes y con iniciativa. La presencia de enemigos de muy diversas culturas militares exigía respuestas contundentes y rápidas. En ese sentido se potenció la creación y equipamiento de caballeros, llegando incluso a recabarse fondos a partir de la confiscación de tierras de la Iglesia. Más tarde llegaron a asignar a los caballeros el trabajo de familias campesinas para asegurar el sustento del guerrero, su caballo y su equipo. Con estas medidas el feudalismo ya avanzaba de manera imparable. Los caballeros se convirtieron en profesionales de la guerra, toda su actividad se concentraba en el entrenamiento y en el mantenimiento de su montura y armas, no trabajaban y otros, los campesinos,

debían trabajar para ellos. Y en este contexto se fue gestando la cultura del caballero durante los siglos IX y X. Desde un punto de vista tecnológico, el estribo había contribuido de manera determinante a generar un nuevo tipo de sociedad en Europa, militar, militarizada y polarizada en el mantenimiento de los guerreros de caballería.

Caballero franco de principios del siglo IX. Está equipado con loriga de escamas de hierro. Destaca el caballo de batalla, de grandes dimensiones, el escudo circular de madera y metal y la espada recta. Corresponde al tipo de caballería impulsada por el emperador Carlomagno (742-814) y el rey Luis el Piadoso (778-840). Recreación de F. X. Hernàndez.

A principios del siglo XI, los caballeros francos se habían convertido en un arma invencible. Estaban equipados con una larga cota de malla, denominada *ausberg*, de mangas anchas y de una sola pieza, que se extendía desde la cabeza hasta las rodillas, aunque la parte de la cabeza podía ser independiente. Los brazos y piernas podían protegerse con piezas de cuero y fieltro. En la cabeza portaban un yelmo cónico de hierro, con protector nasal. El escudo era de madera con remaches de hierro y tenía forma de cometa o almendra, para así proteger la vulnerable pierna izquierda del caballero; la derecha quedaba suficientemente cubierta con el uso de la espada. Las armas ofensivas eran una lanza con punta de hierro y una espada larga, recta y de doble filo. El caballo no iba especialmente protegido. La carga de estos caballeros acorazados sobre sus pesados caballos resultaba imparable. Esta manera de luchar de los francos fue adoptada por otros pueblos como los normandos que invadieron Inglaterra en el 1066.

Durante el siglo XI los caballeros simultaneaban dos formas de ataque que aparecen bien representados en el tapiz de la princesa Matilde de Bayeux, que recrea la batalla de Hastings (1066) entre normandos y sajones, de la que hablaremos más adelante. En algunos casos, los guerreros atacaban blandiendo las lanzas sobre el hombro para arrojarlas contra el enemigo, acto seguido continuaban el ataque dando golpes de espada. Esta era la forma de lucha más tradicional. En otros casos utilizaban lanzas pesadas que se apoyaban en el antebrazo y la cadera, una innovación de mediados del siglo XI. En esta modalidad la fuerza del caballo y del jinete se concentraban en la punta de la lanza y los impactos podían ser terribles. De hecho, para que la lanza no se clavara más

de la cuenta en los cuerpos de los enemigos, se colocaba una banderola en el extremo del asta o bien se forjaba una cruceta travesera de hierro en la punta de la lanza.

Recreación escultórica de caballero normando de mediados del siglo XI. Porta un *ausberg* largo de cota de malla y un escudo de cometa colgando en la espalda. Museo de Bayeux (Normandía, Francia). Fotografía de F. X. Hernàndez.

Pero el éxito de la caballería no era simplemente una cuestión tecnológica, también había un importante componente cultural, pues los guerreros francos formaban una unidad monolítica con sus monturas. Otros pueblos como los sajones, por ejemplo, disponían igualmente de caballos y utilizaban *ausbergs*, yelmos y espadas similares a los francos, y disponían igualmente de guerreros profesionales, pero tenían más confianza luchando a pie, así que llegados a la batalla descabalgaban, tal como sucedió con la guardia sajona del rey Haroldo II, los *housecarls*, en la anteriormente citada batalla de Hastings.

Igualmente, los andalusíes hispanos, para frenar a sus belicosos vecinos del norte, trataron de forjar fuerzas de caballería pagando y equipando soldados asalariados. A pesar del costoso esfuerzo el rendimiento y eficacia de estas tropas en combate era mucho menor que el de los caballeros feudales que, en definitiva, eran «empresarios» por cuenta propia y tenían una cultura militar sin fisuras. No era lo mismo un caballero feudal, imbuido de una formación castrense precisa y adiestrado desde la infancia que luchaba por sus intereses, que un combatiente a sueldo que montara un caballo y luchara por cuenta ajena.

El estribo fue un artilugio determinante en el desarrollo de la caballería militar, permitió aumentar la estabilidad de los guerreros sobre las monturas. Recreación inspirada en las ilustraciones del tapiz de la princesa Matilde de Bayeux, conocido simplemente como el tapiz de Bayeux. Museo de Bayeux (Normandía, Francia). Fotografía de F.X. Hernàndez.

El poder de los caballeros feudales se vio acrecentado cuando, a partir del 1022, muchos de ellos comenzaron a actuar en beneficio propio y monopolizaron el poder en las tierras sobre las que tenían control. El proceso de fragmentación del reino franco empezó, precisamente, por sus territorios más extremos: las zonas fronterizas o *marcas*. La Marca Hispánica, una franja de seguridad establecida por los francos, al sur de los Pirineos, desde principios del siglo IX, fue el primer territorio que se feudalizó. Los nobles de la frontera, auténticos señores de la guerra, acostumbrados a la lucha cotidiana contra los andalusíes se sublevaron contra las autoridades condales carolingias. El conflicto acabó por la vía del pacto. Los señores feudales se convirtieron en pequeños soberanos de las tierras que administraban y procedieron a patrimonializarlas en beneficio propio e incluso privatizaron la impartición de justicia. La epidemia feudal pronto se extendió por toda Europa y se convirtió en el modelo político y social dominante, un sistema que tenía en la cúspide los profesionales de la guerra que se sustentaban a partir del trabajo de campesinos semiesclavizados. En la cúspide de la pirámide feudal se encontraban los grandes señores: reyes, marqueses y condes; por debajo de ellos sus barones feudatarios, cada uno de ellos tenía caballeros menores infeudados. La Iglesia bendecía y daba cohesión al nuevo planteamiento político-social y se convertía en un poder feudal. Los siglos XI, XII y XIII marcaron el auge del sistema propiamente feudal, pero algunas de sus características, en relación al uso y disfrute de la tierra, continuaron con el régimen señorial que mantuvo plena vigencia hasta el siglo XVIII.

Los ejércitos del momento se organizaban, o improvisaban, a partir de masas de caballería lo más numerosas posibles, y la forma de lucha no tenía ni secreto ni variantes era tan sencilla como efectiva: la carga de caballería directa contra el enemigo. Los infantes apenas tenían protagonismo y se limitaban a auxiliar a la caballería.

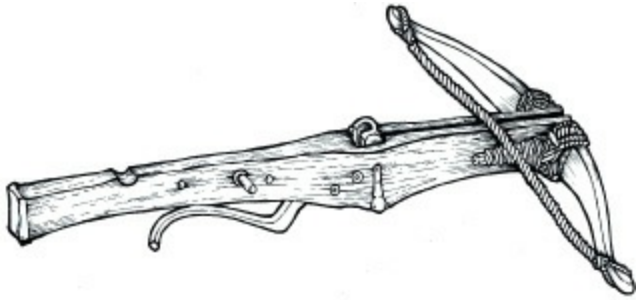
En los comienzos del siglo XIII, los caballeros continuaban siendo la fuerza militar hegemónica, pero para entonces ya estaban empezando a tener lugar cambios importantes. La uniformidad de los caballeros podía resultar confusa en los polvorientos combates. Todos los guerreros de caballería llevaban equipos similares y a pesar del uso de estandartes las confusiones eran recurrentes. Reconocer amigos o enemigos era una necesidad, y para dar respuesta a esta demanda acabó desarrollándose la heráldica. Los caballeros asociaron su nombre o territorio feudal a unos determinados colores y formas geométricas o figurativas. Usualmente eran formas muy simples con colores chillones para que, desde lejos, pudieran distinguirse con facilidad. Los emblemas y signos de identidad se pintaron en los escudos, más tarde sobre las sobrevestas de los caballeros y, finalmente, sobre las gualdrapas de los caballos, así como, por descontado, en banderas y estandartes. Manera de que la identificación estuviera asegurada: así nacieron los escudos heráldicos.

Imágenes del tapiz de la catedral de Bayeux, de la segunda mitad del siglo XI. Muestra un grupo de caballeros normandos cargando contra guerreros sajones a pie, que se defienden con sus escudos, espadas largas y hachas. Museo de Bayeux (Normandía, Francia). Fotografía de F. X. Hernàndez.

Pero estos no fueron los únicos cambios en el arnés del caballero de principios del siglo XIII. El largo *ausberg* desapareció en beneficio de dos piezas separadas de malla: el *ausberg* corto y las calzas de malla. El nuevo *ausberg* llegaba justo hasta la pantorrilla y podía incorporar una caperuza de malla, que también podía ser independiente, tenía mangas largas y manoplas de malla. Las calzas de cota de malla cubrían estómago, pantorrillas, piernas y pies. Naturalmente estas piezas protectoras, las más importantes, no tocaban directamente la piel. El caballero se colocaba una túnica sobre la ropa interior, después el perpunte, un chaquetón acolchado para amortiguar los golpes. A veces, incluso, bajo o sobre la malla se colocaba un jubón de cuero o de materiales resistentes para aumentar la protección. Sobre la cabeza, para evitar el roce con el yelmo y amortiguar impactos, se colocaba un gorro acolchado. Por último, sobre todo el equipo iba la sobrevesta con los colores que identificaban al caballero o a su señor. Durante el siglo XIII se continuaron usando yelmos cónicos, pero también se generalizó el uso de los cilíndricos, denominados de barrilete, que cubrían totalmente la cabeza del caballero. Los escudos de cometa fueron abandonados en favor de otros más pequeños, ya que las calzas de malla garantizaban la protección de las piernas. Las armas básicas continuaron siendo la lanza y la espada.

Asimismo, durante el siglo XIII, los grandes y costosos caballos de batalla también recibieron protecciones. El pecho de los animales se cubría con cotas de malla, y en ocasiones también la grupa. Por encima se colocaba la gualdrapa, que mostraba los colores del señor feudal. La frente del animal iba protegida igualmente con una testera de metal o cuero. Las altas sillas de arzón, con pocas variaciones en cuanto a tipología, fijaban firmemente al caballero sobre el animal.

El caballero era una unidad de combate, pero su desplazamiento y operatividad exigía sirvientes y apoyos muy directos. Así contaba, normalmente, con un escudero, esto es, un joven muchacho, que se adiestraba en el oficio de la caballería. El escudero se encargaba del mantenimiento de las armas y de ayudar de manera directa a vestir y desvestir al caballero, a quien podían acompañar también algunos hombres de armas y arqueros, a pie o a caballo. Finalmente también formaban parte del elenco uno o dos criados que transportaban provisiones, la tienda de campaña y las pertenencias del caballero. Cada caballero, y según rango y riqueza, podía contar hasta con una docena de auxiliares directos. Esta unidad operativa compuesta por un caballero y sus auxiliares se denominaba *lanza*.



El uso de la ballesta se generalizó durante el siglo XII. Era un arma de gran potencia y sus dardos podían perforar las defensas corporales de los caballeros. Dibujo de Mar Hernàndez.

Los caballeros del siglo XIII continuaron siendo invencibles y la carga de caballería se mantuvo como forma suprema de lucha. No obstante, durante esa centuria aparecieron nuevas formas de combate protagonizadas por una infantería que comenzaba a desafiar el poder de los caballeros.

Una de las innovaciones más importantes fue el desarrollo de la ballesta durante el siglo XII, plenamente arraigada en el XIII, que, a diferencia de los arcos del momento, era capaz de lanzar proyectiles con mucha fuerza. Un dardo de ballesta tenía un gran poder de penetración y podía perforar sin problemas el *ausberg* y el perpunte de un caballero. La proliferación de ballesteros comenzó a ser una amenaza para la caballería. De otro lado, las ciudades experimentaron un importantísimo desarrollo urbanístico y comercial y generaron formas propias de defensa a partir de milicias urbanas de infantería. Generalmente estos combatientes eran hombres libres, estaban bien organizados y luchaban por sus propios intereses. Las milicias urbanas eran disciplinadas y se desplegaban en formación oponiendo largas picas y repletos grupos de ballesteros contra la caballería feudal. En no pocas batallas las fuerzas especializadas de infantería (ballesteros, piqueros o los singulares almogávares de la Corona de Aragón) desafiaron la invencibilidad de la caballería feudal.

La vida en el castillo

El sistema feudal se fundamentaba en el control de territorios agrícolas que se ejercía desde los castillos. Si adoptamos un mero punto de vista conceptual los castillos eran unidades administrativas que centralizaban la recaudación fiscal y la impartición de justicia en un determinado territorio adscrito a un determinado señor feudal que, sobre el papel, representaba al rey o a un noble feudal superior. El castillo también era un centro de servicios que contaba con artesanos especializados y almacenes, pero también ejercía funciones residenciales y, por descontado, militares y de control social sobre los campesinos.

Durante los siglos X, XI, XII y XIII, los señores feudales y sus predecesores habitaron, con sus familias y servidores, en los castillos, junto con hombres de armas y artesanos. Usualmente existían también en el castillo graneros donde se acaparaban, a veces durante largos periodos, grandes cantidades del trigo que entregaban los siervos campesinos. La posesión de estas reservas alimenticias era uno de los factores de poder del régimen señorial que se fundamentaba en la explotación de los siervos por parte de los señores.

La tipología de castillos variaba en función de las regiones y características de cada territorio. Los primeros castillos francos, normandos y anglonormandos se organizaron simplemente a partir de motas o montículos artificiales de tierra con una fortificación y residencia de madera en su extremo superior, lugar de residencia del señor feudal, y un recinto con empalizada inferior donde vivían los

servidores y los artesanos. A partir del siglo XI se construyeron en el área franconormanda, y también en Inglaterra, grandes torres cuadrangulares de piedra de varios pisos, que servían a la vez de núcleo fortificado y de espacio residencial. Alrededor de la torres se levantaba una empalizada, o un recinto amurallado, con dependencias para servidores y artesanos. La Torre de Londres, aunque modificada a lo largo de los siglos, es un ejemplo de este tipo de fortificaciones.

Torre de la Manresana (Prats de Rei, Barcelona). Restos de un castillo románico del siglo XI vertebrado por una torre cilíndrica de grandes dimensiones. La torre era, a la vez, un espacio de residencia y el punto más fuerte y protegido de la fortificación. Fotografía de F. X. Hernàndez.

En la península ibérica la arquitectura militar tuvo un desarrollo más precoz, durante los siglos X y XI, y se fundamentó en el uso de la piedra y el tapial. En Oriente Próximo las tradiciones constructivas romanas y bizantinas fueron continuadas por los árabes, que las mantuvieron y expandieron por el norte de África y Al Ándalus. La arquitectura militar utilizada por los árabes se basaba en fortificaciones organizadas alrededor de un patio cuadrangular. Estaban dotadas con torres de flanqueo, que no sobrepasaban la altura de las murallas, y, a veces, contaban con un amplio patio fortificado complementario, el *albacar*, donde podían acampar tropas en tránsito o refugiarse, en caso de peligro, la población civil. Las fortalezas árabes no estaban adscritas a señores de la guerra, eran propiedad del Estado o ciudad pertinente responsable de una zona fronteriza y estaban guarnecidas por tropas a sueldo. En el norte de África y Al Ándalus también se desarrollaron desde el siglo IX torres cilíndricas incorporadas a las fortificaciones o, bien como almenaras de señalización y observación. Estas torres cilíndricas fueron adoptadas en los territorios cristianos al norte de Al Ándalus de manera temprana en el siglo X, ya que en el centro de Europa su uso no se generalizó hasta el siglo XII. Las torres con paramentos curvados presentaban una mayor resistencia frente a los intentos de derribo.

Castillo de Loarre (Huesca). Un impresionante conjunto fortificado construido a partir de la suma de torres y paramentos durante los siglos XI al XIV. La gran torre del homenaje preside los diversos recintos concéntricos que componen la fortificación. Fotografía de F. X. Hernàndez.

Los castillos feudales hispanos de los siglos XI y XII acostumbraban a estar vertebrados por una fuerte torre cilíndrica o cuadrada, lo que se ha venido a denominar *torre del homenaje*, alrededor de ella se extendían diversas dependencias y recintos concéntricos que eran más fuertes cuanto más se acercaban a la torre central. Todos los recintos estaban pensados para defender, en profundidad, la torre del homenaje, el espacio de residencia del señor feudal.

A diferencia de los modelos defensivos nobiliarios, los castillos andalusíes estaban pensados con una mentalidad más igualitaria. No había ningún último reducto extremo, las fortificaciones estaban pensadas para defender al conjunto de personas residentes en la fortaleza. En caso de peligro incluso la población civil se alojaba en campamentos ubicados en el albacar.

La influencia poliorcética del mundo musulmán sobre Europa, que se vehiculó a través de Al Ándalus, de los Estados cruzados de Palestina y de las órdenes militares (templarios y hospitalarios), generalizó en los reinos cristianos, a partir del siglo XIII, el uso de nuevos tipos de castillos de formas cuadrangulares, y vertebrados a partir de patios. Estos modelos fueron adoptados y desarrollados, indistintamente, por señores feudales y por órdenes militares como las de los templarios, los hospitalarios o los caballeros de Calatrava. Sin embargo, en muchos casos, y a pesar de las innovaciones, se siguió manteniendo la lógica feudal de la torre del homenaje como recinto supremo.

Los castillos eran, principalmente, un instrumento militar. En previsión de un ataque, la tendencia era minimizar las guarniciones, ya que la presencia de muchos defensores, o de población civil, podía provocar un rápido agotamiento de los recursos alimentarios y las reservas de agua. Algunos castillos contaban con pozos, pero otros, situados en lugares elevados, debían confiar en la capacidad de las cisternas. Unos pocos guerreros eran suficientes para rechazar un ataque que se realizara con cuerdas o escalas, razón por la que su defensa no precisaba de grandes contingentes. Para rendir una fortaleza podían utilizarse diversas estrategias, entre las más usuales citamos la negociación o el cerco para provocar una rendición por hambre. Si se deseaba asaltar una fortaleza, o las murallas de una ciudad, podía formalizarse el asedio utilizando las habituales técnicas de expugnación. Para destruir los muros se utilizaban diversos sistemas. La excavación de minas consistía en la perforación de galerías subterráneas hasta alcanzar y entibar los muros de fundamentación de las murallas. Posteriormente, provocando un incendio de la entiba, se descalzaban los muros y se provocaba el derrumbe de un sector de la muralla por el que podían penetrar los asaltantes. Otra opción consistía en golpear la muralla lanzando contra ella pesadas piedras. Las máquinas de torsión, de tradición grecorromana, prácticamente no se utilizaban y su función la efectuaban, en este periodo, artefactos de contrapeso: los trabuquetes o mangoneles. Eran máquinas que podían lanzar proyectiles muy pesados, de más de cien kilos, y eran mucho más eficaces y precisas que las viejas máquinas de torsión de la antigüedad clásica. Su funcionamiento era similar al de una honda. Consistían en una larga viga en cuyo extremo había una caja con un pesado

contrapeso de piedras. Cuando el contrapeso se dejaba caer de golpe, el extremo de la viga lanzaba con fuerza el proyectil contra los muros que se pretendían atacar.

El bombardeo a partir de trabuquetes podía llegar a erosionar la más poderosa de las murallas. Finalmente, también se utilizaban los arietes de tradición grecorromana. Consistían en manteletes de madera que cubrían pesadas vigas que servían para golpear puertas o muros.

Los asaltos directos siguieron contando con técnicas ancestrales: largas escaleras, que se apoyaban sobre los muros y torres de asalto, dotadas de puentes levadizos y plataformas de tiro para los ballesteros.

Para dificultar la acción de las máquinas de guerra, la poliorcética respondió con la construcción de fortificaciones avanzadas como las barbacanas, que protegían las puertas, o las alcorazas y albarranas de tradición islámica, que eran torres avanzadas respecto a la fortificación principal y cuya finalidad era cubrir muros, puertas o tomas de agua. También se desarrollaron los puentes levadizos para proteger las puertas. Para mejor prevención de asaltos, los defensores procedían a construir cadalsos sobre las almenas que, a manera de balcón avanzado, les permitían arrojar objetos, piedras, cal viva y líquidos hirvientes contra los atacantes que se acercaban al pie de la muralla.

Murallas de Carcassona (Languedoc), en la parte superior se han instalado cadalsos de madera, estructuras proyectadas al exterior para que los defensores pudieran batir, con piedras y flechas, a los enemigos que se acercaban al pie de las murallas. Fotografía de F. X. Hernàndez.

Las Cruzadas

A finales del siglo XI, la Europa feudal y cristiana experimentó una notable efervescencia religiosa que impulsó movimientos bélicos de masas. Las denominadas Cruzadas fueron un importantísimo fenómeno que generó una singular relación entre la Europa feudal y el mundo islámico durante el espacio de tiempo transcurrido entre los siglos XI y XIII. Se trataba, fundamentalmente, de iniciativas militares de tipo religioso por las que los cristianos lucharon contra los musulmanes. Los combatientes tomaban como emblema una cruz, de ahí el nombre de *cruzados*, que ellos recibieron, y el de *Cruzadas* por el que conocemos este periodo no meramente bélico. Hubo un total de ocho grandes cruzadas que se dirigieron directamente contra Oriente Próximo. El objetivo genérico de las expediciones era conquistar para el cristianismo el Santo Sepulcro y los

espacios donde había vivido Jesucristo, ya que se consideraba una afrenta que dichos lugares, no en vano llamados los *Santos Lugares*, estuvieran en manos de los musulmanes. También hubo cruzadas puntuales en determinados territorios con el fin de asegurar la hegemonía o la conquista cristiana. Así, por ejemplo, algunas campañas contra Al Ándalus, como los ataques a Barbastro (1063), Tarragona (1089), Almería (1309) o Granada (1453-1458), fueron consideradas por parte del Papado como cruzadas.

También hubo cruzadas contra cristianos, tal fue el caso de la sangrienta guerra religiosa que, impulsada por el papa Inocencio III y el rey de Francia Felipe II Augusto, entre 1209 y 1215, se ensañó contra los cátaros o albigenses, que tras ser declarados herejes fueron exterminados por criticar las prácticas de la Iglesia romana.

La primera cruzada para conquista de los Santos Lugares de Tierra Santa (Jerusalén y Palestina) se organizó en el 1096. Participaron numerosos contingentes de señores feudales procedentes del condado de Tolosa de Languedoc, la Sicilia normanda, Flandes y Valonia. A los contingentes feudales se sumaron los más heterogéneos grupos, incluidos civiles. Después de múltiples vicisitudes y penalidades, los cruzados atacaron y tomaron Jerusalén en el 1099, acaudillados por el conde valón y duque de la Baja Lorena, Godofredo de Bouillon.

Los territorios conquistados en Siria y Palestina se organizaron a partir de reinos y principados cristianos que trataron de implantar, también en Oriente, las formas sociales y políticas del feudalismo. El fervor cristiano de muchos caballeros condujo a la creación de órdenes religiosas militares. Estaban compuestas por monjes guerreros y tenían como misión defender los Santos Lugares. Las primeras órdenes militares, las más importantes, se fundaron en Jerusalén, fueron los Caballeros del Temple o templarios que se crearon y tuvieron su cuartel inicial en los edificios existentes sobre la supuesta zona del templo de Salomón; y los Caballeros del Hospital, o de San Juan, los llamados hospitalarios. Las órdenes militares se expandieron rápidamente y crearon delegaciones por toda Europa.

La segunda cruzada (1147-1149) fue convocada en 1145 en respuesta a la caída en manos musulmanas del condado de Edesa, uno de los Estados cruzados fundados durante la primera. Convocada por el papa Eugenio III, contó con la colaboración de Luis VII de Francia y del emperador germánico Conrado III, así como con la ayuda de numerosos nobles. Los ejércitos de ambos reyes marcharon por separado y sufrieron sucesivas derrotas a manos de los turcos. También fracasaron en 1148, en un intento de ataque a Damasco. Los escasos resultados militares de la cruzada contribuyeron al desmoronamiento del reino cristiano de Jerusalén en 1187. El único éxito de la segunda cruzada lo consiguieron los cruzados ingleses, escoceses, flamencos, normandos y alemanes, cuando en su ruta marítima hacia Tierra Santa se detuvieron en las costas portuguesas y ayudaron a la toma cristiana de Lisboa en 1147.

Los musulmanes recuperaron Jerusalén en 1187, después de que Saladino (1138-1193), sultán de Egipto y Siria, derrotara a los cruzados en la sangrienta batalla de los Cuernos de Hattin, que tuvo lugar el 4 de julio del año 1187, al oeste del mar de Galilea, en Palestina. Pero a pesar de perder la capital, los cruzados siguieron manteniendo el control de gran parte de Palestina gracias a la potencia de sus ejércitos y a la construcción de impresionantes fortalezas como el krak de los Caballeros, que protegía la ruta entre la ciudad siria de Homs y la libanesa de Trípoli.

La tercera cruzada (1189-1192), y algunas de las siguientes, intentaron inútilmente recuperar Jerusalén, y mantener la presencia cristiana en Oriente Próximo. Los Estados cristianos de Palestina sucumbieron finalmente a los ataques musulmanes en 1291, cuando los turcos selyúcidas conquistaron la base de San Juan de Acre, derrota que provocó la evacuación de Tiro, Beirut y Sidón

y la retirada a las islas de Chipre y Rodas, cercanas a las costas palestinas.

Globalmente consideradas, desde el punto de vista militar, las cruzadas fueron un fracaso, ya que el objetivo principal, consolidar el dominio cristiano sobre Jerusalén, no se cumplió. Pero, no obstante, y si prescindimos del fundamental punto de vista militar, que es mucho prescindir, las cruzadas contribuyeron a dinamizar de manera extraordinaria el comercio medieval y ello estimuló el crecimiento de las ciudades. Emporios marítimos emergentes, como Venecia, Génova, Pisa, Marsella o Barcelona se beneficiaron extraordinariamente de las nuevas rutas que posibilitaban conectar con el Imperio bizantino, Siria y Egipto, que, a su vez, estaban en relación con las terminales de la Ruta de la seda y del comercio indio de las especies.

Las grandes batallas

En los combates medievales de los siglos XI, XII y XIII, la táctica era prácticamente inexistente y la estrategia muy limitada. Los ejércitos desplegaban hileras de infantes armados con escudos, lanzas, arcos y ballestas. Detrás se organizaban los caballeros que, en un momento dado, cargaban contra el enemigo con el objetivo de destruirlo o desorganizarlo. No había más táctica que la fuerza bruta. Si la carga fracasaba, los caballeros supervivientes se reagrupaban tras las líneas de infantes y se reordenaban para efectuar nuevos ataques. A veces, si las fuerzas de caballería eran muy numerosas se distribuían en dos o tres cuerpos o divisiones que sumaban distintas «batallas». La *batalla* era una unidad que agrupaba unos ciento cincuenta caballeros. Para su formación se requerían diversas mesnadas, lo que los franceses denominaban *conreix*. La mesnada era el grupo básico de combate de la caballería feudal y estaba compuesta por un caballero principal, los hombres de armas que con él vivían en el castillo y otros caballeros amigos o compañeros. Su composición no necesariamente obedecía a una lógica feudovasallática. Acostumbraban a tener entre veinte y treinta componentes agrupados en torno al pendón de su líder.

El mando de las batallas y de los cuerpos recaía sobre nobles poderosos, o guerreros de prestigio. En los grandes combates, cuerpos o batallas cargaban sucesivamente hasta quebrar al enemigo.

Los grupos de caballeros feudales, sin embargo, presentaban por definición problemas graves de disciplina. Los componentes de una misma mesnada estaban acostumbrados a luchar juntos y, en este sentido, eran unidades eficaces. Cuando se reunían diversos señores feudales, las desconfianzas, las disputas por el mando y la falta de instrucción en combate conjunto hacían que el comportamiento global de una fuerza feudal pudiera resultar caótico e imprevisible. En este sentido, los ejércitos del periodo eran por definición desorganizados. Un rey o un noble de alto rango nunca sabía si a su llamada acudirían sus señores feudales menores, caballeros, milicias de ciudades o tropas de los dignatarios religiosos. La desobediencia, e incluso la insurrección, eran una práctica común durante toda la Edad Media. En este contexto destacaron, por razones obvias, las órdenes militares, que avanzaban algunas de las características de los ejércitos modernos.

Las órdenes religiosas militares estaban compuestas por monjes guerreros, caballeros asociados y servidores diversos. Las primeras órdenes, templarios y hospitalarios, se constituyeron tras la conquista de Jerusalén del 1099, su cometido era defender la integridad de los caminos, proteger a los peregrinos, asistir a los enfermos y garantizar la defensa de Tierra Santa. Este modelo religioso y militar había tenido sus precedentes en la Caballería Aurata Constantiniana del emperador Constantino (311-337) que formaba bajo el signo del lábaro cristiano, o las órdenes navarras del

Roble, del siglo IX, y de la Terraza, del siglo XI. También hubo algo similar a los monjes soldados en el campo islámico, sobre todo en el norte de África y Al Ándalus. En las fortificaciones llamadas *rábitas* se concentraban combatientes devotos, los almurábitos, que vigilaban las zonas fronterizas y que se distinguían por su vida piadosa y belicosidad militar. Las órdenes religiosas cristianas fueron de muy diversos tipos y se extendieron por distintos territorios. Los templarios y hospitalarios se instalaron en la mayoría de reinos cristianos. La orden Teutónica, fundada en Palestina en 1190, acabó territorializando su actividad en los países bálticos, donde llegaron a crear un auténtico Estado enfrentado al entorno eslavo. Los Hermanos Livonios de la Espada también actuaron en la zona báltica, la orden portuguesa de Avis se concentró en la defensa de las fronteras frente a Al Ándalus, la orden inglesa de la Jarretera se configuró como una hermandad de caballeros con una proyección más política que militar, etc.

Los caballeros templarios y hospitalarios, los castellanos de Calatrava y Santiago, o los aragoneses de Sant Jordi d'Alfama y Montesa, eran desde el punto de vista técnico y tecnológico plenamente asimilables a los caballeros feudales. Estaban equipados con poderosas armaduras y contaban con caballos de batalla, pero a diferencia de los señores feudales estaban acostumbrados a una instrucción conjunta, así como a tácticas de combate que implicaban trabajo en equipo: constituían un auténtico ejército. No es de extrañar que las órdenes militares se convirtieran en fuerzas de confianza en determinadas situaciones históricas. Los reyes de Castilla y Aragón confiaron plenamente en los caballeros templarios y hospitalarios, y más tarde en los de Calatrava, Santiago y Montesa, para emprender sus conquistas en Al Ándalus.

También en Palestina, templarios y hospitalarios garantizaron la principal fuerza de combate de los Estados cruzados. A su vez, estas órdenes militares participaron en la colonización de territorios y en la reactivación del comercio internacional a partir de sus múltiples conventos o encomiendas. Sin embargo, su éxito, sobre todo el de los templarios, fue su desgracia. Felipe IV de Francia percibió a estos últimos como un peligro, ya que constituían un poderoso ejército internacional, presente en muchos reinos, que contaba con un gran número de fortalezas, marina propia e ingentes recursos económicos. A partir de 1307 comenzó la disolución y persecución de los caballeros templarios por parte del rey de Francia y del papa Clemente V.

Como se ha señalado repetidamente, la hegemonía de la caballería fue total entre los siglos IX y XIII. Pero precisamente en el siglo XIII, la infantería comenzó a recuperar su protagonismo en las batallas campales, como ya se apuntó con anterioridad. Las tácticas de los infantes consistieron en combinar, de manera eficaz, distintos tipos de combatientes para enfrentarse a las cargas de la caballería. En primer lugar, los ballesteros se disponían en grupos y trataban de diezmar el avance de los caballeros. Otros grupos de infantes estaban armados con largas picas. Su manejo requería el uso de las dos manos, que impedía que pudieran llevar escudos para protegerse. Las picas se proyectaban hacia el frente para crear una densa barrera que frenara la carga de los caballos. Finalmente, había también grupos de infantes armados con escudos y espadas que cubrían a los piqueros y ballesteros cuando se acercaba el enemigo o se iniciaban los combates cuerpo a cuerpo. Los suizos y flamencos destacaron por la calidad de sus piqueros, al mismo tiempo genoveses y catalanes formaron los mejores ballesteros.

En la península ibérica, tanto los andalusíes como los reinos feudales cristianos utilizaron ampliamente fuerzas irregulares para hostigar territorios y ejércitos enemigos. Eran los denominados *almogávares*, nombre que derivaba de la palabra árabe *almogavar* que significa «los que realizan incursiones». Su presencia en los territorios fronterizos podía convertirse en una pesadilla.

Las grandes batallas a campo abierto que se libraron en la Edad Media fueron escasas, lo más

usual eran los pequeños conflictos y los enfrentamientos sociales en los cuales los caballeros acorazados hacían valer su fuerza. Esta microconflictividad endémica era usual en una sociedad que legitimaba la violencia organizada. También resultó habitual el bloqueo o asedio de villas fortificadas o castillos, como consecuencia de enfrentamientos interfeudales o de luchas por el dominio y control de ciudades. Pero las sociedades feudales fueron también especialmente belicosas contra sus vecinos directos. En este sentido, se dieron enfrentamientos de todo tipo: campales, asedios e incursiones entre poderes feudales y ejércitos musulmanes, eslavos, húngaros, bizantinos… La fuerza de la caballería de los militarizados países occidentales se impuso invariablemente frente a los ejércitos de otras culturas.

Entre las grandes batallas que se libraron entre ejércitos de caballeros cabe destacar las que condujeron a la conquista normanda de Inglaterra o a la consolidación del reino de Francia, como las de Hastings (1066), Muret (1213) y Bouvines (1214); o las que se libraron en las pugnas por la península itálica, como fueron las de Benevento (1266) y Tagliacozzo (1268).

Los caballeros feudales también se enfrentaron a ejércitos musulmanes en batallas campales. Por el número de combatientes implicados las más importantes fueron las de Hattin (1187) y Arsouf (1191), en la zona de Palestina; y la de las Navas de Tolosa (1212), en Al Ándalus.

La batalla de Hastings, magistralmente representada en el tapiz de la princesa Matilde que se conserva en el Museo de Bayeux, se libró el 14 de octubre de 1066 en Hastings, cerca de Londres. En dicho encuentro, que ya ha salido a colación varias veces en este capítulo debido a su notable importancia, se enfrentaron las tropas de Haroldo II, último rey sajón de Inglaterra, contra el ejército de invasión normando recién desembarcado comandado por Guillermo de Normandía. Los sajones se hicieron fuertes en una colina y la caballería normanda lanzó sucesivas cargas hasta que, finalmente, pudo quebrar la firmeza de los *housecarls*, la guardia real. Haroldo II murió en el combate y Guillermo pasó a ser rey de Inglaterra, que quedó unida políticamente al ducado de Normandía.

La batalla de Muret se libró el 12 de septiembre de 1213 en el contexto de la cruzada contra los cátaros. Las tropas aliadas catalanas, aragonesas y tolosanas estaban cercando a Simon IV de Montfort, el jefe cruzado, en el pueblecito de Muret, cerca de Tolosa de Languedoc. El rey Pedro II de Aragón intentó, durante toda la mañana y mediodía, que las fuerzas cruzadas salieran a combatir a campo abierto con la esperanza de aprovechar su superioridad numérica para derrotarlos. Al caer la tarde, las fuerzas del rey Pedro se retiraron a comer y solo quedó de guardia un retén de caballería. En ese momento, Simón formó toda su caballería, salió por una de las puertas laterales de Muret y, a continuación, con el sol en la espalda deslumbrando a los contrarios, atacó en masa el campamento enemigo. La guardia de caballeros fue arrollada. El rey Pedro intentó evitar el desastre y se puso al frente de sus caballeros, pero murió en la refriega. Las fuerzas aliadas resultaron prácticamente exterminadas.

El combate que inició el principio del fin de los cruzados en Palestina fue la batalla de los Cuernos de Hattin, que se libró el 4 de julio de 1187. Un ejército cruzado dirigido por el rey de Jerusalén Guido de Lusignan, con fuertes contingentes de caballeros templarios y hospitalarios marchó hacia la ciudad de Tiberiades para enfrentarse al sultán Saladino. En la penosa marcha, las tropas cruzadas perdieron parte de sus monturas y acabaron sus reservas de agua. Saladino hostigó a los cruzados sin cesar. Las cargas de la caballería cruzada resultaron inútiles ya que las tropas de Saladino se retiraban frente a los ataques. Los cruzados, finalmente, se hicieron fuertes en dos montículos, los Cuernos de Hattin, pero no disponían de agua. Saladino hizo quemar la reseca vegetación de la zona para asfixiar y aumentar las penalidades de los cristianos. El fuerte calor y la falta de agua sentenciaron la batalla. Guido fue hecho prisionero, y en su tienda roja Saladino cobró

la *Vera Cruz*, una pieza de madera que, supuestamente, había formado parte de la cruz de Cristo. Saladino, con sus propias manos, degolló a Reinaldo de Chatillon, uno de los lugartenientes de Guido que se había destacado por sus acciones violentas contra los musulmanes. Tras la derrota de Hattin, la Jerusalén cristiana tuvo los días contados.

La batalla de Arsouf, por su parte, enfrentó a un poderoso ejército cruzado dirigido por Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, contra los ejércitos de Saladino; justo cuando los cruzados, tras la conquista de San Juan de Acre, pretendían recuperar el control de la ruta de Jerusalén. El 7 de septiembre de 1191 las fuerzas de Saladino pasaron al ataque en Arsouf, al sur de la actual ciudad israelí de Haifa, aprovechando que la columna cruzada discurría entre el mar y una zona de espesos encinares. La batalla fue durísima, los musulmanes evitaron la confrontación directa con la caballería feudal y centraron su estrategia en hostigar a los cruzados que avanzaban organizados en una larga columna. Grupos de caballería ligera musulmana surgían de los bosques, por los flancos del ejército en marcha, y cosían a flechazos a los infantes y desorganizaban los carros de intendencia. Pero la disciplinada caballería templaria y hospitalaria cargó una y otra vez destrozando las fuerzas de Saladino. Los cruzados exterminaron varios miles de musulmanes, pero Ricardo ante la resistencia renunció a atacar Jerusalén.

En la batalla de las Navas de Tolosa, una gran masa de guerreros procedentes de Castilla, Navarra y Aragón, junto con milicias de diferentes ciudades y señores feudales de distintas procedencias, se enfrentaron con un ejército islámico que sumaba fuerzas almohades, norteafricanas y andalusíes. El choque se produjo el 16 de julio de 1212, cerca de la actual aldea de las Navas de Tolosa (municipio de La Carolina, en la provincia andaluza de Jaén). Se calcula que las fuerzas cristianas sumaban más de veinte mil combatientes y que las musulmanas podían exceder largamente los cincuenta mil. Las repetidas cargas de la caballería feudal acabaron desorganizando las líneas de almohades y andalusíes provocando su derrota y retirada.

En estos dos últimos enfrentamientos, como en otros, los ejércitos islámicos nunca pudieron oponer una fuerza que neutralizara la caballería feudal. Las fuerzas islámicas sumaban soldados a sueldo, mercenarios cristianos ocasionales, milicias de las ciudades o voluntarios por razones religiosas. Pero a pesar de que podían reunir contingentes numerosos, difícilmente podían vencer a los señores feudales, auténticos profesionales de la violencia.

Por lo que respecta a los asedios más relevantes dados hasta el siglo XIII cabe destacar el de Jerusalén, en el 1099, que culminó la larga y épica marcha de la primera cruzada. También resultaron relevantes los acaecidos durante la cruzada contra los albigenses. El de Beziers (Herault, Languedoc), acaecido en 1209; terminó con una auténtica carnicería. Los cruzados exterminaron a la totalidad de la población al grito de «Dios escogerá y salvará a los suyos». En la misma contienda destacó el asedio de Tolosa de Languedoc, en 1218.

Mallorca, entonces Madina Mayurca, fue atacada en 1229 por el rey aragonés Jaime I el Conquistador. Hubo un durísimo duelo entre los trabuquetes de los atacantes y los de la ciudad, y también una fuerte pugna subterránea. Los cristianos construyeron numerosas minas para socavar la muralla, pero los asediados respondieron con contraminas y construyendo nuevos muros tras las murallas derruidas. También se utilizaron torres de asalto y arietes. Finalmente, las fuerzas de Jaime I entraron en la ciudad el 31 de diciembre de 1229 y procedieron al exterminio masivo de la población musulmana.

Los asedios a castillos y fortalezas aisladas fueron innumerables, y entre los más conocidos destaca el épico asedio y asalto de la fortaleza cátara de Montsegur (Ariège, en Francia), en el 1243, por parte de las fuerzas regias francesas. La conquista solo fue posible cuando los montañeses vasco-

navarros al servicio del senescal de Carcassona consiguieron conquistar los accesos de la inexpugnable peña que albergaba el castillo. Ello posibilitó la colocación de un trabuquete que permitió bombardear y destruir la muralla de la fortaleza.

También sobresalió por la dureza de los combates el asedio que dirigió en 1271 el sultán de Egipto Baibars contra el krak de los Caballeros, durante el que los hospitalarios defendieron fieramente la fortaleza hasta quedar prácticamente exterminados.

6

El ocaso feudal

Vuelve la infantería

Desde el siglo VIII, la caballería dominaba absolutamente el panorama militar europeo y durante los siglos XIV y XV, aparentemente, nada había cambiado. Desde hacía seis centurias el caballero era el referente en cuanto a valores. Los juglares recitaban cantares de gesta en honor de Roldán, paladín de Carlomagno, o del Cid, el histórico guerrero castellano del siglo XI; y los novelistas inmortalizaban las hazañas de imaginarios y valientes héroes de la caballería como Amadís, Jean de Saintre o Tirant lo Blanc, y muchos caballeros seguían ejerciendo como trovadores. Las revolucionarias imprentas del XV nacieron publicando, entre otras obras, novelas de caballerías. El guerrero a caballo lo era todo y, sin embargo, las cosas habían cambiado. La ballesta y el arco largo inglés acabaron con el glorioso letargo de la caballería.

Durante los siglos XIII y XIV las ballestas demostraron ser máquinas eficaces, sus flechas cortas o virotes podían taladrar al más noble de los caballeros. Por otra parte, esas armas mejoraban continuamente en cuanto a prestaciones, lo que implicaba mayor alcance, mayor potencia, mayor poder de penetración y, en consecuencia, mayor peligro para los caballeros. Los arcos de madera de las ballestas fueron sustituidos por arcos metálicos, se dotaron de estribos colocados en el extremo de la pieza y ganchos ubicados en los cinturones de los ballesteros que permitían tensar fuertemente las cuerdas. Se llegaron a construir ballestas pesadas de gran tamaño que se tensaban con pequeños cabrestantes y sistemas de poleas compuestas. Durante los siglos XIV y XV las ballestas aumentaron en cuanto a letalidad. Pero las ballestas, sobre todo las de gran potencia, presentaban problemas, su carga exigía esfuerzo y, sobre todo, tiempo. En campo abierto y frente a una carga de caballería, los ballesteros no podían recargar con velocidad suficiente y, en definitiva, no podían vencer por sí solas a la caballería. Pero durante el siglo XIV irrumpió una vieja-nueva arma que frenó y derrotó a la caballería: el arco inglés.

Los cinco libros dl esforçado y inuencible cauallero Tirante el blanco de roca salada: Cauallero dela Barrotera. El qual por su alta caualleria alcãço a ser príncipe y cesar del imperio de grecia.

Los quatro libros del Esforçado cauallero Amadis de Gaula: Complidos.

Portadas de novelas caballerescas impresas: Tirante (Tirant lo Blanc) y Amadís de Gaula. A finales del siglo XV y principios del XVI, la literatura caballeresca gozaba de gran prestigio, justo en el momento en que la caballería perdía el dominio en los campos de batalla.

El arco y el arco compuesto venían utilizándose desde el II milenio a. C., como ya vimos en el

primer capítulo, pero siempre fue un arma limitada con un corto alcance efectivo y su manejo exigía mucha fuerza, práctica y destreza. Más que en otro tipo de armas, como por ejemplo la ballesta o la pica, la efectividad del arquero era subsidiaria de la práctica y del entrenamiento, así como de la calidad del arco y el ajuste preciso de la cuerda. El arco era un instrumento muy complejo y su uso requería compenetración y familiaridad entre el combatiente y el instrumento. Los caballeros de los siglos IX, X, XI y XII resistieron bien las agresiones de los arqueros. Las flechas disparadas con arco, a diferencia de los dardos de ballesta, difícilmente podían atravesar un *ausberg*, aunque podían quedar prendidas en los anillos de la cota de malla. Los caballeros podían retornar de las cargas como alfileteros pero, en definitiva, indemnes. Si bien los arcos compuestos, con doble curvatura para adquirir mayor potencia, que utilizaban los jinetes islámicos eran ciertamente más peligrosos, en su conjunto, los arcos suponían una amenaza soportable para los caballeros.

Los arqueros ingleses del siglo XV eran tropas muy consideradas y bien pagadas. El equipo básico, el arco largo, se complementaba con cascos y protecciones metálicas. Los arqueros fueron decisivos y dieron la victoria a los reyes ingleses en batallas como las de Crécy (1346) y Azincourt (1415), durante la guerra de los Cien Años (1337-1453).

En la Inglaterra medieval, el arco evolucionó adquiriendo mayores dimensiones. El denominado largo se convirtió en un artefacto muy popular y durante el siglo XIV estaba muy extendido su uso. Se trataba de un arco simple, es decir, no compuesto, sin dobles curvaturas, construido con madera de tejo o de olmo, y que podía tener prácticamente dos metros de longitud. Aunque su alcance era menor que el de la ballesta, las flechas con punta de hierro podían alcanzar los doscientos cincuenta metros. La ventaja del arco era su cadencia de tiro de diez flechas por minuto, a diferencia de la ballesta que solo lanzaba una. Además, dado que el arquero disparaba de perfil, permitía una mayor densidad de combatientes. En el espacio que ocupaba un ballestero cabían dos o tres arqueros y ello suponía una mayor concentración de disparos y, en consecuencia, una mayor letalidad. En manos expertas, el arco largo se convertía en un arma peligrosa y los campesinos ingleses eran, ciertamente, virtuosos del arco gracias a las continuas prácticas. Muy al contrario, por ejemplo, en Francia, los nobles

enloquecían de cólera si veían un campesino practicando con un arco, ya que no concebían que los siervos pudieran adiestrarse en el uso de las armas, cosa siempre peligrosa en caso de enfrentamiento entre siervos y señores. Pero los nobles ingleses, a diferencia de sus vecinos, estimularon el entrenamiento de los campesinos puesto que un grupo de buenos arqueros siempre eran una tropa auxiliar apreciada. Así, el tiro con arco se convirtió en una especie de deporte nacional. Las sesiones de entrenamiento y las competiciones de puntería eran constantes y se extendían por doquier. Como consecuencia, Inglaterra dispuso de buenos y diestros arqueros que convirtieron el arco largo en un arma absolutamente terrible que sumaba potencia y alcance, y, lo que era más importante, con él podía mantenerse una elevada cadencia de disparos.

Los reyes ingleses de los siglos XIV y XV se apresuraron a reclutar arqueros para sus ejércitos y los dotaron con buenos equipos: jubones de cuero con refuerzos de metal, cascos de hierro, una manta para proteger la cuerda y una estaca afilada que se plantaba frente al tirador para suministrarle una protección adicional frente a la caballería.

En las batallas de Crécy (1346) y Azincourt (1415), durante la guerra de los Cien Años (1337-1453), los arqueros ingleses agujerearon a lo más selecto de la caballería acorazada francesa. Ambas batallas se dieron en la zona septentrional de Francia. En Crécy, al norte de la desembocadura del río Somme, el ejército inglés de Eduardo III trataba de zafarse de la persecución francesa. Compuesto por una gran fuerza de arqueros, hombres de armas y unos pocos caballeros, también llevaba extraños artefactos: tres novedosas armas de fuego llamadas bombardas. El día 26 de agosto, cerca de la aldea de Crécy, Eduardo decidió plantar batalla ante la certeza de que en las próximas horas iba a ser alcanzado por el ejército francés. Los ingleses formaron un frente compuesto por una densa línea de hombres de armas y dos fuertes formaciones de arqueros de unos mil hombres cada una, avanzadas y dispuestas en cuña. Tras este despliegue había una segunda línea de arqueros, infantes y algunos caballeros con el rey. Desconocemos la ubicación de las bombardas y si sus detonaciones y proyectiles contribuyeron a la victoria inglesa.

Los franceses con su poderoso ejército, dirigido por el propio rey Felipe VI llegaron por la tarde. Los nobles, sedientos de sangre y gloria, exigieron entrar en batalla de inmediato. El rey ordenó a los ballesteros genoveses que avanzaran y tomaran posiciones para diezmar la formación inglesa. Pero, de manera sorpresiva, los arqueros ingleses fueron los que avanzaron a la carrera y asaetearon a los genoveses mientras se estaban preparando. Las pesadas ballestas no tuvieron capacidad de respuesta frente a los rápidos arcos. La iniciativa inglesa sulfuró los ánimos de los caballeros franceses que, incontenibles, se lanzaron a la carga arrollando a sus propios ballesteros. Pero los arqueros ingleses nuevamente colocados en posición, tras sus estacas, descargaron sucesivas andanadas de flechas, la primera parabólica y las siguientes buscando el tiro tenso. Centenares de flechas alcanzaron la masa compacta de caballos y caballeros sembrando el terror. Fueron muy pocos los jinetes que lograron alcanzar las líneas inglesas y varios centenares los que quedaron sobre el campo. La perpleja caballería francesa se reagrupó y lanzó hasta quince feroces cargas y todas resultaron desbaratadas. Al caer la noche, miles de cadáveres de caballeros estaban extendidos sobre el campo de batalla, entre ellos el del duque de Lorena, lugarteniente del rey, diez condes, mil quinientos afamados caballeros de noble linaje y un gran número de hombres de armas.

Crécy cerró el círculo iniciado, casi mil años atrás en Adrianópolis, con la victoria de los jinetes visigodos sobre la infantería romana, ya nada volvería a ser igual, la época de la caballería se esfumaba.

El arco largo de la infantería había derrotado a la caballería pero existían otros precedentes y paralelos de técnicas para frenar a los guerreros montados. Con anterioridad al siglo XIV las

formaciones de piqueros habían resultado disuasorias contra los ataques de los caballeros. Los flamencos y suizos fueron pioneros en este tipo de combate durante los conflictos del siglo XIII que enfrentaron a ciudades y nobleza. La pica era una larga lanza que podía alcanzar cinco o más metros. Era un artefacto pesado y su servidor debía emplear las dos manos para manejar el asta, y ello impedía que pudiera cubrirse con un escudo. Los piqueros establecían formaciones en profundidad, algo parecido a lo que en su día había sido la falange macedónica. En los extremos de la formación, o intercalados en ella, podían haber hombres de armas, arqueros, ballesteros o caballería. Tras la primera línea de piqueros había cuatro, cinco o seis líneas más. Cuando todos los piqueros ponían las lanzas por delante, el resultado era un erizo punzante que disuadía el avance de los caballos, que quedaban como mínimo a cuatro metros de distancia de la primera hilera de infantes.

Recreación de la batalla de Crécy, según una miniatura de la *Crónica* de Jean Froissart elaborada a principios del siglo XV (Biblioteca Nacional de Francia). La imagen, poco concordante con la realidad, muestra numerosas tropas inglesas. En primer término, se aprecian los arqueros ingleses luchando con los ballesteros genoveses.

Una formación de piqueros disciplinada y experimentada, sin miedo a los caballos, podía aguantar e incluso vencer, sin problemas, cualquier carga de caballería. En contra de lo que pueda creerse, un caballo, independientemente de lo que decida el caballero, difícilmente se abalanza contra una barrera de objetos punzantes… Por otra parte, las formaciones de piqueros podían avanzar con las picas en ristre manteniendo su formación que de defensiva pasaba a ofensiva. Naturalmente, el uso de estas formaciones exigía entrenamiento y determinación y no estaban al alcance de todo el mundo. Un grupo de campesinos difícilmente podía improvisar una formación de este tipo, pero un colectivo de artesanos o de vecinos agrupados en una milicia urbana y que destinara horas a la instrucción podía desafiar a la más costosa formación de caballeros emplumados. Por descontado, los soldados profesionales también podían hacerlo. Entre los siglos X y XIII, los únicos mercenarios reputados habían sido caballeros feudales. Gentes como Rodrigo Díaz de Vivar, llamado El Cid Campeador, que en el siglo XI luchó indistintamente al servicio de los musulmanes o de los reyes de Castilla y León; Alí ibn Reverter, noble catalán del siglo XII que comandó ejércitos musulmanes en el norte de África; o Alonso Pérez de Guzmán, conocido como Guzmán el Bueno, que combatió en el siglo XIII al servicio del sultán meriní Abu Yusuf y también de Alfonso X de Castilla, habían ganado fama como guerreros de caballería a sueldo. Con el siglo XIV aparecían nuevos profesionales de infantería, los temibles piqueros suizos, los ballesteros genoveses, los almogávares catalanes y aragoneses, los hombres de armas borgoñones y, más tarde, los lansquenetes suizos o alemanes…

Los almogávares, combatientes de infantería ligera de cuya existencia ya sabemos desde el capítulo anterior, también se enfrentaron de manera repetida a la caballería y en batallas como la de Cefís (13 de marzo de 1311), cerca de Queronea (Beocia, en Grecia), aniquilaron la práctica totalidad de la caballería francesa que gobernaba los principados helénicos desde la época de la cuarta cruzada (1202-1294). Su táctica se basaba en una ferocidad extrema y en propiciar lo más rápidamente posible una melé en la que sus armas cortas, chuzos y cuchillos, les permitían despanzurrar los caballos y aniquilar los caballeros a muy corta distancia. De otro lado, y siempre que podían, propiciaban encuentros en terrenos que les fueran favorables, quebrados, pedregosos o con vegetación, donde la caballería perdiera parte de su ventaja.

Recreación de hombres de armas de infantería del siglo XV. La utilización parcial de armaduras de placas y cascos se complementaba con el uso de espadas y de las temibles alabardas. Fotografía de F. X. Hernàndez.

Los hombres de armas borgoñones también crearon reputadas bandas mercenarias de infantería. Luchaban con espadas y mazas y se protegían con buenas armaduras. Su coordinación y decisión les permitía enfrentarse a la caballería.

A finales de la Edad Media, y ya en contexto renacentista, a finales del siglo XV, los piqueros suizos y los hombres de armas borgoñones cedieron protagonismo a las bandas profesionales de lansquenetes suizos o alemanes. Eran magníficas fuerzas de infantería que conjuntaban el uso de la pica con el de la terrible alabarda, una especie de lanza que en su extremo contaba también con un hacha y un pico, y con las espadas de manejo a dos manos. También comenzaron a usar las toscas armas de fuego portátiles del momento. Los lansquenetes de infantería fueron los dueños de los campos de batalla hasta que a principios del siglo XVI se generalizó el uso de armas de fuego portátiles.

Alabardas, partisanas, cascos y petos. Armas ofensivas y defensivas que optimizaron las posibilidades de combate de la infantería. Durante el siglo XV, los hombres de armas luchando a pie podían aguantar los ataques de la caballería y aun hacerla retroceder. Fotografía de F. X. Hernàndez.

CIUDADES INEXPUGNABLES

En el contexto de las cruzadas, el comercio europeo conoció un desarrollo extraordinario. El feudalismo se había generado en un contexto básicamente rural, en una Europa con escasos intercambios y con ciudades semiabandonadas. Ahora el movimiento urbano renacía, los intercambios a escala internacional y regional conocían un nuevo empuje y naturalmente los conjuntos urbanos crecían. A principios del siglo XIII las ciudades europeas tenían ya una extraordinaria pujanza y agrupaban tras sus muros, principalmente, mercaderes y artesanos, y no eran pocos los nobles que abandonaban sus agrestes castillos para construir palacios en las ciudades. Los nobles feudales acumulaban tributos de grano, pero las ciudades amasaban dinero y eso las hacía poderosas. La ciudad era fuente de poder y los reyes pronto buscaron alianzas con ellas. Les concedían privilegios a cambio de recursos económicos y de una alianza que pudiera contrapesar la levantisca nobleza. Naturalmente, los nobles poderosos y la Iglesia trataban también de controlar los núcleos urbanos y beneficiarse de su dinamismo. A su vez, las ciudades pugnaban por conseguir el máximo autogobierno y libertades y, en ese sentido, muchas de ellas mantuvieron las lealtades oportunas, pero acabaron configurándose como Estados pequeños o grandes. En Italia hubo ciudades como Venecia, Génova, Pisa o Florencia que se convirtieron en auténticas repúblicas que dominaron extensos territorios. También consiguieron una notable libertad e independencia las ciudades agrupadas en la Liga Hanseática, en el norte de Europa.

Ciudadela de Monterregione (Toscana). Era una fortificación avanzada de Siena contra el peligro permanente de una agresión por parte de Florencia. La fortaleza guarnecida por los sieneses se reveló extraordinariamente útil durante los conflictos del siglo XV. Fotografía de F. X. Hernàndez.

El poder político y económico de las ciudades com portaba a su vez un poder militar. Las ciudades organizaron milicias a partir de sus propios habitantes. Lo más usual era que los distintos gremios actuaran con una cierta autonomía y que entre sus distintas actividades contemplaran también la variable militar. Así, el gremio se encargaba de organizar un grupo o compañía con sus agremiados, pagaba el armamento y organizaba la instrucción. Las personas que convivían en el día a día en un mismo oficio y, normalmente, en una misma calle compartían también confianzas en la instrucción y en la acción militar. Generalmente, los gremios formaban unidades de infantería y adoptaban un armamento que les permitiera explotar sus posibilidades para luchar de forma cooperativa: picas y ballestas. El conjunto de compañías formadas por los gremios componían la milicia o ejército de la ciudad, una masa de gente con solidaridades y acostumbrada a maniobrar en conjunto, valores importantes en los contextos de lucha feudales que no siempre se distinguían por el orden. Usualmente, el mando lo ejercían los propios consejeros o magistrados urbanos, y en sus banderas y estandartes se mostraban los colores de la ciudad.

La movilización siempre era puntual para las campañas exteriores y permanente para cubrir las guardias en murallas y puertas. Lo normal era que la milicia custodiara, por turno, las fortificaciones y accesos de la ciudad. En caso de ataque, cada compañía o gremio tenía asignado su espacio de combate. El ciudadano libre estaba obligado a mantener armas en su casa, o en la casa gremial, o a tomarlas del ayuntamiento y acudir en defensa de la ciudad o sus intereses.

A veces, la milicia urbana se organizaba para realizar acciones exteriores con el fin de defender los intereses ciudadanos o a petición del rey o titular político de la ciudad. Hay documentadas centenares de campañas de milicias urbanas contra señores feudales para castigar detenciones arbitrarias, peajes ilegales o confiscación de mercancías perpetradas contra gentes de la ciudad.

En cualquier caso, lo normal era la participación en campañas cortas. Si se trataba de campañas de larga duración, organizadas por los monarcas, solo algunas unidades especialmente organizadas, y a cambio de un sueldo para sus milicias, participaban en el evento.

Los servicios de guardia de puertas y el mantenimiento del orden público los podía ejercer la propia milicia urbana o bien fuerzas contratadas de manera permanente por parte de los magistrados de la ciudad. Las ciudades poderosas llegaron a tener marinas de guerra, castillos con guarnición en lugares estratégicos e incluso ciudades satelizadas.

Una de las entradas tardomedievales de la ciudad de Siena. Las murallas medievales eran a la vez instrumento defensivo y límite jurídico que marcaba los límites del universo de libertades que definían la ciudad contra el exterior feudal. Fotografía de F. X. Hernàndez.

En las urbes medievales las murallas tenían, obviamente, una finalidad defensiva, pero también definían un espacio de libertad. En el interior de los muros había leyes y dinámicas propias muy diferentes de un exterior regido por el arcaísmo de la dictadura feudal. La ciudad era, por definición, un espacio de libertad y de hombres libres. Pero las murallas, más allá de definir un perímetro conceptual y legal, tenían como misión primigenia defender la ciudad. Siguiendo los criterios usuales en la poliorcética del momento, las murallas tendían a ser altas, aunque en el siglo XIII no eran excesivamente anchas. Lógicamente, construcciones defensivas de gran altura y anchura podían suponer unos costes excesivos, ya que las ciudades se habían ensanchado notablemente y los perímetros, en ocasiones, debían cubrir varios kilómetros. Los lienzos de muralla estaban regularmente ritmados por torres, normalmente prismáticas pero, a veces, también con soluciones cilíndricas. Las torres acostumbraban a superar en altura las murallas y se usaban indistintamente como observatorio, como reducto para aislar sectores de muralla o para atacar de flanco a los que quisieran acercarse a los muros.

En los países islámicos, las torres, cuadrangulares o cilíndricas, no acostumbraban a sobresalir en altura con respecto a la muralla. Las tradiciones constructivas acumuladas (romanos, bizantinos, sirios) generaron en ocasiones espectaculares propuestas defensivas en las ciudades bajo control islámico.

Las murallas estaban coronadas por un camino de ronda, generalmente estrecho, con almenas que facilitaban la protección de los defensores, algunas de las torres disponían de espacios para colocar máquinas de guerra de contrapeso. Las bases de las murallas podían estar reforzadas con un talud y, en general, al frente se extendía un foso, con agua o seco. En algunas zonas de las murallas, tramos de almenas avanzadas o *corseras* permitían lanzar objetos en vertical directamente contra las zonas

adyacentes a la parte baja de los muros. Igualmente, algunos espacios estratégicos estaban protegidos con matacanes, que eran garitas avanzadas que permitían el lanzamiento vertical de proyectiles. Las puertas de las ciudades eran escasas, no solo para facilitar la custodia y defensa sino también el control y los peajes de las mercancías. El acceso podía estar regulado por un puente levadizo. Las puertas solo se abrían durante determinadas horas del día.

El ataque, el asedio o la ocupación de ciudades fue una práctica recurrente en los últimos siglos de la Edad Media. En general, el combate por la ciudad implicaba problemas complejos igual que en los siglos anteriores, pero corregidos y aumentados por la mayor extensión de los recintos fortificados, ampliados sucesivamente, y el aumento demográfico de las urbes. Una ciudad densamente poblada podía oponer una denodada resistencia siempre que pudieran mantenerse vías de abastecimiento y suministro de agua.

En algunas ciudades adscritas a un determinado poder señorial o regio apareció el fenómeno de las ciudadelas, que tenía, ciertamente, precedentes en las acrópolis de algunas ciudades antiguas o medievales. Las ciudadelas durante los siglos XIV y XV, en una perspectiva renacentista, no eran un reducto supremo de la ciudad, sino más bien un espacio de seguridad del príncipe. Eran un recinto fortificado que podía estar ubicado sobre el perímetro de la muralla y por tanto, indistintamente, con opciones hacia el interior y el exterior de la ciudad. Desde estos recintos los príncipes podían ejercer el control militar sobre ciudades, espacios que, por definición, eran propicios a motines y sublevaciones. La mayoría de ciudadelas, sobre todo en la Italia renacentista, se construyeron a finales del siglo XV y principios del XVI, y su lógica respondía ya a fortificaciones bajas para alojar artillería. Sin embargo, fue a principios del siglo XV, con tecnologías arquitectónicas todavía medievales, cuando el concepto de ciudadela comenzó a desarrollarse. Casos como el *Castel Nuovo* de Nápoles, levantado por el rey Alfonso V el Magnánimo de Aragón fueron paradigmáticos.

No obstante, la poliorcética medieval, que era continuista con respecto a la del mundo antiguo y que se basaba en fortificaciones barrera, de gran altura combinadas con fortificaciones extensivas horizontales, comenzó a decaer durante los siglos XIV y XV. El poderoso desarrollo de la artillería, durante la segunda mitad del XIV, evidenció que las murallas altas se habían convertido en objetivos magníficos que eran derrumbados fácilmente a cañonazos. La destrucción de las inexpugnables murallas romanas de Constantinopla a manos de la artillería turca, a mediados del siglo XV, evidenció, de manera traumática, una nueva etapa de dominio de la pirobalística. Pero los cañones también podían utilizarse para defender las fortificaciones. Comenzó entonces, durante aquella segunda mitad del XV una frenética carrera para idear y diseñar fortificaciones que aguantaran el impacto de los cañonazos y, a su vez, formas de arquitectura defensiva que, a diferencia de los estrechos adarves medievales, permitieran colocar cañones. Se ensayó prácticamente de todo: torres circulares y las denominadas «barreras» perimetrales para sacar provecho de la artillería. Finalmente, los baluartes pentagonales, adosados a las murallas, se rebelaron como las formas más idóneas al servicio de la artillería.

La artillería comenzaba a revolucionar las formas de hacer la guerra y las técnicas de fortificación, pero los avances que sentenciaron la guerra medieval llegaron definitivamente con la aparición de las armas de fuego portátiles que cambiaron, también, las formas de guerrear a campo abierto.

ARMADURAS PARA TODOS

El arnés del caballero del siglo XIII se caracterizaba por el uso de cotas de malla que, en la siguiente centuria, comenzaron a evolucionar y a complementarse con placas de hierro. Dado que el *ausberg* resistía mal los impactos directos de las potentes ballestas y los golpes de espada, se procedió entonces a reforzar las cotas de malla mediante la superposición de placas metálicas en los puntos más débiles: codos, rodillas y piernas. La práctica aumentó hasta generar sistemas mixtos que sumaban zonas cubiertas por la cota y otras protegidas por placas, si bien el uso de estas fue en aumento por diferentes razones. Los artesanos habían conseguido una pericia cada vez más notable en el forjado y ensamblaje de piezas de hierro y acero, que posibilitaba soluciones cada vez más, sofisticadas, funcionales y eficientes en los sistemas de protección corporal. Por otra parte, las placas de hierro, en comparación con las tradicionales cotas de malla, otorgaban una mayor protección y resistían mejor el impacto de las flechas y de los golpes de maza o tajos de espada. Lógicamente, los caballeros feudales se apresuraron a demandar protecciones de placas que aumentaran su imbatibilidad en el campo de batalla. Además, la sustitución parcial de malla por placas no necesariamente implicaba más peso. Finalmente, por si todo esto fuera poco, hubo otro factor determinante: la manufactura de mallas era costosísima en comparación con la de placas. En un *ausberg* normal podía haber más de treinta mil anillas de hierro y la manufactura de una sola cota implicaba un notable esfuerzo de tiempo y dinero. En comparación, las placas, forjadas a golpe de martillo, podían construirse con rapidez y su precio era más que competitivo. Este factor fue, sin embargo, contradictorio, pues, durante siglos, la exclusividad de la caballería se había fundamentado no solo en la posesión de costosos caballos de batalla, sino también en los caros *ausbergs* que solo los nobles podían encargar. Pero la proliferación de placas implicó una democratización de los sistemas de defensa, ya que por poco precio el combatiente tenía a disposición protecciones adicionales que podían ser decisivas entre la vida y la muerte. A mediados del siglo XIV un caballero, con caballo de batalla, armado con una armadura vistosa, no era excesivamente superior a un hombre de armas montado sobre un rocín y protegido parcialmente con placas de hierro.

Miniatura del *Codex Manesse*, compilación de poetas alemanes corteses de los siglos XII y XIII, que nos muestra la apariencia de los caballeros alemanes de principios del siglo XIII, cuando los *ausbergs* de cota de malla todavía tenían un papel preponderante en el arnés del caballero.

A pesar de la nueva situación, la caballería siguió vertebrando, formalmente, la mayoría de los

ejércitos. La lanza continuó siendo la unidad táctica básica. Estaba compuesta por el caballero y sus escuderos y por hombres de armas que, parcialmente acorazados y montados sobre rocines, componían una fuerza de combate temible. Una lanza de finales del siglo XIV podía sumar quince o más combatientes.

La tendencia a usar placas aumentó a lo largo del siglo XV hasta culminar en el denominado arnés blanco, que ya no contaba con partes de malla. Las distintas piezas se unían entre sí con correas o pequeños mecanismos confeccionados por diestros artesanos. Bajo la armadura, los combatientes, igual que sus antecesores, llevaban piezas acolchadas que también portaban en la cabeza. Las armas básicas de la caballería continuaron siendo las mismas: lanzas, escudos y espadas. Los arneses más espectaculares, sin embargo, no fueron los destinados a la guerra, sino los utilizados en los torneos.

Recreación de hombre de armas de caballería de finales del siglo XIV. Los asequibles aditamentos de placas permitieron aumentar el número de efectivos de la caballería acorazada. Escuderos y hombres de armas montados en rocines también se dotaron con defensas corporales de calidad. Fotografía de F. X. Hernàndez.

No obstante, la caballería señorial perdía el verdadero protagonismo, ya que las nuevas defensas podían reaplicarse de manera fácil y parcial a cualquier combatiente. Todo el costoso sistema social que justificaba el mantenimiento de guerreros a caballo comenzaba a entrar en crisis debido a que sucedáneos, incluso más eficaces, irrumpían en los campos de batalla. Una caballería que podía prescindir de los caballeros de noble linaje y una infantería cada vez más poderosa marcaban cambios que anunciaban el ocaso de la medievalidad militar. Las piezas de placas, sobre todo petos y espaldares, junto a yelmos polivalentes como las barbudas y celadas, o buenas piezas corporales de cuero o remachadas de metal como las brigantinas, conferían un inusitado poder a la infantería que, bien armada, desafiaba a la, en otro tiempo, intratable caballería. Las nuevas bandas mercenarias de infantería dotadas con armaduras y alabardas no tenían ninguna similitud con la infantería compuesta por levas campesinas, ni nada que temer en un enfrentamiento contra hombres de armas a caballo.

Durante los siglos XIV y XV hubo también otros factores que provocaron la decadencia de la caballería nobiliaria. En este periodo, las monarquías se reforzaron y avanzaron hacia formas políticas cada vez más autoritarias.

La poderosa nobleza, más que un apoyo para los monarcas, se había convertido en un pesado lastre. Cuando el rey quería iniciar una campaña militar los nobles aportaban poco dinero, ya que

este estaba en manos de los mercaderes de las ciudades, y algo parecido sucedía con la Iglesia. Si para cumplir los pactos feudales obligaban a los nobles a presentarse con sus ejércitos privados para apoyar una campaña, todo eran problemas: retrasos, excusas y escasos efectivos. Además, los contingentes señoriales eran poco fiables y tenían un escaso rendimiento en el campo de batalla. Los reyes preferían que los nobles cambiaran el servicio de armas por un subsidio, puesto que con el dinero obtenido podían alquilar tropas profesionales que generalmente eran más fiables y tenían un mejor comportamiento en el combate.

Las compañías de hombres de armas, de infantería o caballería, a sueldo aparecieron y proliferaron en las guerras del siglo XIV y se convirtieron en usuales durante el XV. Los ejércitos de ese periodo estaban compuestos por fuerzas que estaban, directamente, al servicio del rey: contingentes feudales de confianza, tropas mercenarias y, en algunas ocasiones, milicias urbanas.

Las tácticas de combate del periodo vinieron muy marcadas por la evolución de la guerra de los Cien Años (1337-1453), que enfrentó a Francia e Inglaterra y que tuvo amplias repercusiones en todo el continente europeo. La guerra estuvo marcada por las ya citadas batallas de Crécy y Azincourt, en las que la infantería y los arqueros tuvieron una importancia determinante. Pero es preciso destacar que la guerra acabó a cañonazos anunciando la irrupción de las armas de fuego. Durante la época de dicho conflicto los enfrentamientos implicaron el uso mancomunado de distintos tipos de agrupaciones de combatientes y de armas para hacer frente al enemigo. La infantería acorazada cobró un protagonismo innegable y más cuando sumó a su actividad en campo abierto el control de fortalezas y fortificaciones. Pero la caballería, cada vez más blindada y a la vez más plebeya, aguantó el desafío y en absoluto desapareció de los escenarios de guerra. Los ejércitos rápidos y potentes compuestos por tropas montadas continuaron jugando un papel determinante, aunque lo realmente importante fueron los procesos de colaboración entre infantería y caballería, así como, finalmente, la introducción de la artillería en los asedios y en los enfrentamientos campales.

Las marinas de guerra

Las galeras fueron los barcos hegemónicos en el Mediterráneo medieval. De hecho continuaban la tradición de los antiguos barcos de combate griegos y romanos accionados por remos, o de los dromones bizantinos. Las galeras eran barcos alargados y bajos. Sobre la cubierta se extendían los bancos de boga donde se ubicaban un gran número de remeros. Aunque cada remero accionaba al principio de esta etapa un remo, a finales del siglo XV comenzaron a proliferar galeras que disponían de grandísimos remos que eran accionados por tres o cuatro galeotes. Los remos se utilizaban para adquirir velocidad en los momentos de combate, si bien para efectuar las travesías contaban con una o dos velas latinas. Por tanto, las galeras disponían de una tripulación importante y ello implicaba, naturalmente, problemas logísticos y de coste, dado que mantener el motor humano que accionaba los remos exigía una gran cantidad de calorías, es decir, de abastos. Naturalmente también había problemas de salubridad. La concentración humana y la falta de higiene hacía que las galeras apestaran, se decía que antes se podía oler a una galera que verla.

Durante los siglos XIII y XIV las galeras todavía se gobernaban, con dificultades, mediante dos pesados remos ubicados en la zona de popa. El timón de codaste, centrado en la popa, generalizado durante el siglo XV, aumentó la gobernabilidad de las galeras de guerra a remo, y de las carabelas y naos mercantes a vela.

La galera era independiente de los vientos, los remos la podían impulsar con gran velocidad en la

dirección que se desease, lo que la convertía en idónea para la lucha. A finales del siglo XIII todavía contaba con un espolón para envestir y perforar las naves enemigas. Durante el siglo XIV, el ariete subacuático dio paso a una especie de espolón aéreo que se utilizaba como puente de abordaje. En la zona frontal, las galeras disponían también de un castillo de proa que se usaba como plataforma de combate. Era en el pasillo central que unía la proa con la popa donde se colocaban los combatientes. La zona posterior, la denominada *carroza*, era la más resguardada, se hallaba cubierta por un toldo y en ella se colocaban los mandos con sus banderas y otro contingente de combatientes. Sobre la cubierta se ubicaba el fogón, con una gran perola donde se cocinaban las raciones, más de doscientas según el buque, para la tripulación de remeros y soldados embarcados.

Pintura mural de principios del siglo XV, ubicada en el ayuntamiento de Siena, que muestra un combate entre galeras. Las técnicas de combate terrestre se reproducen sobre las plataformas de combate en que se convierten las galeras. Fotografía de F. X. Hernàndez.

A menudo, los combates navales carecían de desarrollo táctico. Las galeras se unían entre sí generando grandes plataformas de combate y los guerreros armados con ballestas, lanzas y espadas trasladaban las técnicas de lucha terrestre a estos singulares espacios de enfrentamiento marino. En otras ocasiones, las galeras embestían las naves contrarias o las abordaban.

En algunas marinas, los remeros eran prisioneros de guerra. Sin embargo, las más eficaces flotas de la época, las de Génova, Venecia y de la Corona de Aragón, utilizaban hombres libres en los bancos de bo ga. Las galeras medievales podían tener diversas dimensiones, las más grandes alineaban hasta doscientos remeros y las más pequeñas en torno a ciento cuarenta.

Las flotas de invasión podían contar también con barcos de transporte especializados, como las denominadas *táridas*, que funcionaban también con velas y remos y tenían como singular particularidad un portón levadizo, justo en la popa, que permitía desembarcar cómodamente los caballos, indispensables en los ejércitos feudales. Las táridas eran, en este sentido, parecidas a las naves de desembarco del siglo XX y constituían un espectacular ejemplo de ingeniería naval.

El más grande almirante de la Edad Media fue Ruggiero di Lauria, (cuyo nombre se ha transcrito también en ocasiones como Roger de Llúria), que combatió al servicio de Aragón y Sicilia y derrotó en sucesivas ocasiones a las flotas francesas impidiendo la hegemonía de los Anjou en el Mediterráneo central. Según parece, su supremacía se basó en el uso de tripulaciones libres y motivadas, en la eficacia de sus capitanes y la de sus ballesteros especializados en barrer a flechazos las cubiertas contrarias. A su vez, los catalanes desarrollaron galeras de dimensiones superiores a

las de sus enemigos, ello les otorgó superioridad táctica durante el siglo XIV. Una de las mayores batallas de galeras, antes del combate de Lepanto (1571), se dio justo frente a Constantinopla. Fue la denominada batalla del Bósforo que, el 13 de febrero de 1352, enfrentó a sesenta y ocho galeras aragonesas (armadas por las ciudades de Barcelona, Valencia, Mallorca, Marsella…); venecianas y bizantinas contra sesenta y cinco galeras genovesas. Los genoveses fueron derrotados, pero los vencedores sufrieron ingentes pérdidas.

Las galeras se continuaron usando en el Mediterráneo hasta mediados del siglo XVIII, y a principios del XIX continuaban en activo pequeñas galeras, o *galeotas*, que se dedicaban a practicar el corso o a combatirlo.

Las galeras fueron naves que se utilizaron de manera exclusiva en el Mediterráneo. En los mares del norte de Europa las galeras jamás fueron eficaces, dado que eran barcos demasiado bajos y por tanto muy vulnerables al oleaje. Allí, las naves de combate siguieron los patrones marcados por los tradicionales *drakars* vikingos, capaces de navegar a vela y a remo. La flota de invasión de Guillermo el Conquistador representada en el tapiz de Bayeux muestra perfectamente la persistencia de estas naves de tradición vikinga comentadas en el capítulo tercero.

Entrada al Arsenal de Venecia, una gran factoría especializada, principalmente, en la construcción de galeras de guerra. De origen medieval el astillero construyó galeras hasta el siglo XVIII. Fotografía de F. X. Hernàndez.

Para finalizar este recorrido por la lucha naval en el final de la Edad Media, no podemos sino afirmar que la artillería implicó un giró copernicano en este tipo de combates, como no podía ser de otra forma, según hemos visto en lo relativo al conflicto bélico terrestre. Las galeras pudieron incorporar pocas bocas de fuego, ya que solo las podían situar en la zona delantera. Las naves mercantes sí pudieron acumular numerosas piezas de artillería a babor y estribor. Naos y carabelas, aunque lentas y difíciles de dirigir, gracias a la altura de sus cubiertas y a sus cañones, se convirtieron en inexpugnables plataformas de fuego. Ya en los comienzos de la Edad Moderna,

durante el siglo XVI, las naves armadas o galeones iniciarán su fase de dominio en el Atlántico y disputarán en el Mediterráneo la hegemonía de las galeras.

Epílogo

Caníbales, legionarios y caballeros

Los neandertales, como sus predecesores, practicaron el canibalismo de manera sistemática. Una costumbre, dietética o cultural, violenta que tal vez implicó el desarrollo de cacerías y enfrentamientos, es decir, de guerras. De este modo, la guerra, entendida como práctica de violencia organizada para la apropiación de recursos y control de territorios tendría tanta antigüedad como los propios humanos.

Los *sapiens* dejaron de masticarse entre sí, pero continuaron atizándose con piedras y flechas. ¿Porqué? Probablemente por razones diversas centradas en la cultura y en la competencia en cuanto a obtención de alimentos y dominio de espacios… Es decir, tal vez fue la necesidad de sobrevivir lo que motivó conductas agresivas ocasionales o endémicas. De tales consideraciones podríamos elevar, como hipótesis, que la violencia fue un componente cultural inherente a la evolución física y social de los humanos. Y quizá el planteamiento sea cierto, pero no necesariamente debe considerarse la violencia como un factor determinante en el proceso de humanización. Obviamente, resultaría exagerado y erróneo pensar que la casuística violenta fue un factor de progreso. En realidad, el progreso, el cambio tecnológico y la humanización basada en la colaboración se produjeron a pesar de los lastres violentos. Los humanos avanzaron como tales en tanto en cuanto fueron capaces de colaborar, socializar y establecer solidaridades estructurales, pese a que estas pautas quedaran cercenadas en momentos coyunturales por prácticas violentas. Por otra parte, la renuncia al canibalismo de los *sapiens* sugiere que el *homo* que acabó dominando fue, precisamente, el que renunció a la violencia extrema que supone el canibalismo.

Que hubo enfrentamientos y violencia organizada durante toda la Prehistoria parece evidente, y la arqueología lo demuestra, y según lugares o contextos ello debió ser más o menos ocasional o usual. Los estudios antropológicos, acerca de los comportamientos de sociedades de cazadores-recolectores contemporáneas respecto a la guerra, demuestran la gran variedad de casos culturales que han incidido en sus prácticas de violencia organizada. Se debe destacar, sin embargo, que las incipientes guerras de las sociedades prehistóricas no generaron una tecnología singular. Los mismos instrumentos que se aplicaban en la caza se reaplicaban en el enfrentamiento entre humanos. No obstante, sí que podríamos hablar de tecnología de guerra singular desde un punto de vista poliorcético, ya que algunas sociedades neolíticas evidenciaron una preocupación respecto de sus condiciones de seguridad y procedieron a fortificar o establecer defensas en sus poblados. Tal iniciativa evidenciaba que uno de los peligros que más temían era el que representaban, real o potencialmente, otros grupos humanos.

Con la aparición de los grandes Estados, a partir de la evolución de las sociedades tribales de

jefatura, la guerra se institucionalizó, y fue el poder político y/o religioso lo que mantuvo el control y el monopolio de la violencia. Las civilizaciones de Mesopotamia, Egipto, India, China y también las de Centroamérica y Sudamérica generaron Estados que se dotaron de brazos armados, es decir, ejércitos, para proteger las instituciones y el conjunto de territorios y recursos, incluidas las gentes, vinculados a dichos Estados. En algunos lugares y momentos, estos ejércitos fueron más o menos estables o profesionales y en otros se organizaron coyunturalmente para dar respuesta a una determinada amenaza. Estos ejércitos se utilizaron para defender, pero también para agredir, conquistar o adquirir nuevos recursos y espacios.

Es en ese momento que el desarrollo militar generó técnicas organizativas y tecnología instrumental específicas. Aparecieron herramientas cuyo único destino era provocar heridas o la muerte a los humanos, y tal dinámica se aceleró en algunos lugares con el desarrollo de la metalurgia del bronce. Así, los escudos, los cascos, las espadas en forma de hoz, las espadas rectilíneas, los carros de guerra… se diseñaron como instrumentos cuya única función era matar humanos, sin posibilidades de reaplicación en otras actividades.

Tal como hemos explicitado, en el capítulo inicial de la presente obra, los primeros y grandes Estados crearon sus ejércitos a partir de técnicas y experiencias organizativas y desarrollando los oportunos sistemas logísticos y tecnológicos. Los ritos y conmemoraciones entorno a las actividades militares se convirtieron en fuente de prestigio para los dirigentes de los Estados que, en diferentes lugares, procedieron a monumentalizar la memoria de sus supuestas gestas. En este contexto, el desarrollo de formas y reglas de guerra adquiría una dimensión no solo técnica y tecnológica, sino también cultural. El prestigio de los faraones no se fundamentaba únicamente en su papel como organizadores de la sociedad y redistribuidores de la riqueza, sino también en sus glorias guerreras y en la capacidad de someter o exterminar humanos, tal como se manifestaba y conmemoraba en los bajorrelieves esculpidos en los templos.

El desarrollo de la metalurgia del hierro fue, con seguridad, uno de los más importantes hitos de cambio en la historia de la humanidad; el progreso tecnológico que implicó tuvo innumerables efectos secundarios de carácter económico y social. La posibilidad de disponer de herramientas potentes para trabajar la tierra multiplicó las posibilidades de subsistencia. La revolución agrícola, hasta entonces limitada a los fértiles valles de cuencas fluviales con posibilidades de irrigación, se extendió imparable por los más diversos territorios del planeta. Campesinos dotados con hachas, azadones y arados de hierro procedieron, imparables, a deforestar bosques, nivelar campos y poner en actividad agrícola grandes extensiones de terreno. La colonización agraria afectó espacios hasta entonces inaccesibles. La población aumentó y pudo dispersarse con más facilidad, y también mejoró la calidad de vida de las gentes. Naturalmente, la metalurgia también incidió en la guerra. Los ejércitos de los grandes Estados se dotaron con armas más eficaces, las espadas de hierro eran mucho más resistentes y duras que las de bronce y, al ser el hierro, más fácil de obtener que el bronce, una vez conocida su tecnología, se pudo armar masivamente a más gente. También las pequeñas comunidades pudieron organizarse a partir de minorías aristocráticas que basaban su poder en el oficio de las armas. El fenómeno de la guerra organizada se extendió, ya no era monopolio de Imperios poderosos: tribus, ciudades y grupos de distintas dimensiones también contaban con sus núcleos guerreros.

Es en este contexto que se dio una de las primeras revoluciones militares: la hoplítica, que experimentaron las ciudades-estado de Grecia, a partir del siglo VIII a. C., y que hemos expuesto ampliamente en el capítulo segundo. Los cambios implicaron un salto tecnológico con mejoras del armamento (escudos, cascos, armaduras corporales…) pero, sobre todo, desarrollaron aspectos

técnicos de organización y socialización. A partir de este momento, la eficacia de las unidades militares ya no se basaba ni en héroes ni en las actitudes individuales de los combatientes, sino en la organización jerarquizada y la acción conjunta de los individuos implicados. Por estas razones, la revolución política fue importante como factor de socialización de los humanos y de la consideración de la guerra como actividad de solidaridad de los componentes de una colectividad.

El helenismo y, finalmente, Roma heredaron la experiencia de la revolución militar de las ciudades griegas. Gracias a ella y a las transformaciones pertinentes, Roma pudo dominar parte del mundo, la que se extendía al entorno del Mediterráneo.

La experiencia romana supuso una nueva revolución militar que, como la anterior, tuvo dimensiones técnicas, tecnológicas y sociales, y se dio en el marco de una nueva revolución política. Los grandes Estados de la antigüedad se habían basado en la evolución de las sociedades de jefatura. Grecia, ciertamente, había aportado un nuevo modelo de Estado neodemocrático basado en la ciudad, la polis, y su territorio. Roma trascendió el modelo griego y creó lo que auténticamente podemos considerar como *el Estado:* una comunidad regida por un poder público que fundamentaba su legitimidad en un corpus legislativo consensuado por los miembros del colectivo. Por esta y otras razones Roma fue el antecedente directo de los Estados modernos, y aún hoy nuestra cosmovisión del Estado, entendido como ley y poder público, tiene una importante herencia de romanidad.

El Estado romano, en su proceso de constitución, entró en colisión de manera sucesiva con diversos pueblos que fueron derrotados, incorporados o asimilados. La revolución política romana se dio en paralelo a una revolución militar, y debe entenderse que ambos fenómenos se interrelacionaron y retroalimentaron entre sí. Por decirlo de otra manera, la revolución política pudo darse gracias a las nuevas estructuras militares y viceversa. Gracias a las reformas de Camilo Furio, explicadas en el capítulo tercero, Roma se dotó de la extraordinaria maquinaria militar que representaron las legiones. Los cambios a nivel tecnológico existieron en cuanto a la evidente mejora del tipo de armamento, pero las transformaciones más importantes fueron las técnicas, organizativas y logísticas, que hicieron de las legiones una extraordinaria máquina de destrucción táctica y estratégica, y una magnífica escuela de ciudadanos. La particular superioridad militar de Roma, sumada a la singular elasticidad de un Estado capaz de integrar sucesivas coronas territoriales de ciudadanía, generaron una dinámica de crecimiento centrífugo. Así, el llamado Imperio romano fue posible mientras pudo articularse una dinámica de crecimiento fundamentada en la conquista de territorios. Los nuevos recursos conseguidos permitían, a su vez, controlar excedentes que garantizaban la subsistencia del Estado y de su transfondo: la ciudad de Roma y sus masas urbanas. Probablemente Roma llevó su crecimiento al límite, en función de las posibilidades del desarrollo tecnológico del momento. La dificultad para gestionar los extensos territorios se manifestó cuando, durante el bajo Imperio, se intentaron diversas subdivisiones con el fin de agilizar la administración. Desde Roma, con los reducidos medios de comunicación, gestión y logística de la época, resultaba muy difícil sostener con homogeneidad los territorios que, en teoría, correspondían al Imperio. Al ser incapaz de ir más allá en su expansión, el Imperio romano acabó quebrando. Hubo una contradicción entre el modelo expansivo y las posibilidades tecnológicas para sostenerlo. Por tanto, su declive no debe entenderse exclusivamente en clave militar. La estructura legionaria, con muy pocas variaciones, demostró su eficacia durante más de ocho siglos. Fue la quiebra del Estado la que implicó derrotas militares que también contribuyeron al colapso romano. La caída de Roma, es decir, del Estado romano, abrió sin duda un nuevo periodo en la historia militar, y el paréntesis abierto por la revolución hoplítica y el *moderno* ejército legionario, con disciplinados ejércitos de infantería, dio paso a una situación de *impasse* en la que se ensayaron intentos tecnológicos y organizativos de

muy diferente naturaleza.

Mientras todo esto sucedía, en otros lugares del planeta la variable militar seguía su propia lógica y evolucionaba a partir de otras bases, tal como hemos expuesto en el capítulo cuarto. Así, en China, Indochina, India, Persia, Arabia… los grandes ejércitos estatales, dotados con armas que respondían a diferentes evoluciones tecnológicas, seguían su propio curso. Los desarrollos eran paralelos y sin intersección. Por tanto, no podemos saber si la tradición militar china era superior a la romana, ya que nunca entraron en colisión. Sin embargo, si que sabemos que prácticamente todos los ejércitos del presente se organizan a partir de una tradición europea, consolidada en la época de las armas de fuego, y sobre todo en el siglo XVIII, pero que tiene sus raíces en Grecia y Roma. La experiencia militar romana está todavía muy en los ejércitos contemporáneos, pero ello se debe a que Europa dominó parte del planeta a partir del siglo XVI e impuso sus sistemas culturales y políticos y ello se logró, ciertamente, gracias a disponer de una eficaz estructura militar que, en parte, era heredera de los conceptos romanos de Estado y ejército.

La irrupción en Occidente de los llamados pueblos bárbaros implicó, como fenómeno militar más destacado, el ascenso de la caballería. La revolución militar grecorromana se había basado en ejércitos ciudadanos de infantería y en las oportunas obras de fortificación. Pero la cultura de los pueblos del este (germanos, eslavos, mongoles, etcétera) estaba muy mediatizada por una vida nómada que otorgaba protagonismo a los desplazamientos a caballo. El binomio entre humano y caballo generó, en todos estos pueblos, un importante componente cultural equino que tuvo, obviamente, sus implicaciones militares. Nuevos ejércitos de caballería, rápidos en cuanto a desplazamiento, con capacidad para atacar por sorpresa y que, en cierta manera, respetaban la individualidad de los guerreros, comenzaron a dominar el panorama bélico euroasiático. Con todo, los pueblos germánicos, francos, visigodos, ostrogodos… incorporaron abiertamente las tradiciones militares romanas, en colaboración con los propios romanos, o tras la desaparición del Imperio.

Durante el siglo IX, y tal como hemos expuesto en el capítulo quinto, diversas innovaciones permitieron trascender la experiencia militar del mundo antiguo y consolidar, de manera sistemática, la nueva hegemonía de la caballería. El desarrollo del estribo, las herraduras, las nuevas sillas de montar, las razas de grandes caballos… optimizaron la cultura guerrera equina de los, en otro tiempo, pueblos bárbaros. El guerrero acorazado medieval se convirtió en una fuerza militar hegemónica e invencible. Por primera vez en la historia, los soldados de caballería estaban más pesadamente armados que los de infantería, mejor protegidos, con más medios ofensivos y con capacidad para desplazarse con más rapidez.

Este nuevo modelo militar que se generó entre los francos estuvo mediatizado, a su vez, por las terribles y durísimas presiones bélicas que sufrió el reino franco por parte de otros pueblos. La presencia andalusí en el sur, la irrupción de los vikingos en el norte y remontando los ríos de las Galias, así como las sucesivas oleadas de pueblos que amenazaban las fronteras del este (húngaros, cazaros, cumanos, eslavos, etc.) estimularon la inversión material y cultural de recursos en el esfuerzo militar. La sociedad y las instituciones francas comenzaron a transformarse para sostener su mejor arma, la nueva caballería, con el fin de repeler peligros exógenos y mantener su propia coherencia. La resultante fatídica de las dos variables, ascenso de la caballería y peligros exteriores, fue la militarización masiva, intensiva y extensiva de las sociedades vinculadas a los reinos carolingios. Centenares de miles de campesinos procedieron, con su trabajo, a sostener a los caballeros, profesionales de la guerra que exigían grandes recursos para mantener su equipo, entrenamiento y movilización permanente. Este fenómeno social, político y tecnológico es lo que acabó generando el feudalismo: una sociedad militar y militarizada polarizada al servicio de los

guerreros a caballo, convertidos en grupo social y político hegemónico. Pero tal revolución no implicó el abandono de las herencias romanas, sino una superposición de nuevos presupuestos sobre viejas concepciones y estructuras militares y políticas. La idea de Estado y poder público, con dificultades, siguió en pie con el apoyo, ahora, de ejércitos de caballería. La entronización y supremacía de la caballería, por otra parte, culminaba un proceso de transformaciones militares que ya se había iniciado en el bajo Imperio.

Batalla de Nájera, miniatura de la *Crónica* de Jean Froissart. La batalla se libró el 3 de abril de 1367 y enfrentó a las tropas franco-castellanas, a la derecha, con las inglesas del Príncipe Negro, a la izquierda. Entre los combatientes pueden distinguirse hombres de armas, a pie y a caballo, así como arqueros.

Las militarizadas sociedades europeas, herederas del Imperio carolingio, se enfrentaron entre sí y, en algunos casos, se expandieron. La superioridad y calidad militar de la caballería feudal quedó plenamente demostrada en la península ibérica, donde los reinos militarizados del norte despedazaron progresivamente al potente Estado andalusí dotado con ejércitos convencionales de ciudadanos. De igual manera, las denominadas cruzadas obtuvieron resultados desproporcionados teniendo en cuenta los efectivos comprometidos en ellas.

Fue entre los siglos XI y XV que los Estados militares europeos acumularon las experiencias técnicas y tecnológicas, y las estructuras sociales, que les permitieron proyectarse, dominar y doblegar amplias áreas del planeta a partir del siglo XVI.

Este compás de espera es el que hemos desarrollado y explicado en el capítulo sexto. Aparentemente, en estos siglos existe una especie de empate técnico desde el punto de vista militar. Así, el entorno bélico islámico turco, heredero de las tradiciones árabes y precursor en cuanto a uso de la artillería, no podía considerarse inferior, en ningún caso, al de los Estados cristianos de occidente. Y al respecto existe la evidencia empírica de la conquista de Bizancio y la imparable expansión turca por el Mediterráneo y los Balcanes apoyada en una eficaz estructura militar. Del mismo modo, el desarrollo militar terrestre y naval de China y Japón, durante la Edad Media, no puede considerarse inferior al de Occidente, ni desde el punto de vista tecnológico ni organizativo.

En este periodo medieval, la supremacía militar europea no quedó demostrada, ya que, al margen de las conquistas hispánicas, los resultados de los enfrentamientos de las cruzadas primero, y contra el Imperio turco después, deben considerarse como globalmente desfavorables a la Europa occidental.

¿Por qué los europeos se impusieron como civilización dominante y desarrollaron una imbatible cultura militar entre los siglos XVI y XVII, si, como se ha indicado, había una paridad militar entre áreas de civilización durante los siglos XV y XVI?

El hecho de que coronas como la francesa, inglesa, portuguesa y, por descontado, castellana fueran capaces de expandirse vertiginosamente desde principios del siglo XVI no puede explicarse solamente a partir de la evolución política de monarquías autoritarias o bien estructuradas. La cultura bélica inherente a una sociedad militar y militarizada durante los siglos anteriores, capaz de integrar y reaplicar creativamente las más diversas innovaciones, fue probablemente determinante.

En el segundo volumen que la colección *Breve* Historia dedica a la guerra, titulado *Breve historia de la guerra moderna*, se reflexiona ampliamente sobre la hegemonía militar de Occidente en el contexto de la pirobalística. Pero es en el capítulo sexto de este primer volumen que se aproximan las causas que provocaron la desbocada revolución tecnológica militar europea, de los siglos XVI y XVII, que flanqueó con eficacia la aventura mercantilista e imperialista. Pero el empuje no fue producto del azar, algo sucedió a lo largo de los siglos XIV y XV que preparó la posterior ruptura del equilibrio bélico en favor de las potencias europeas.

Es durante los dos últimos siglos de la Edad Media europea que nuevas y creativas propuestas militares, tales que las armaduras blancas, la revalorización de la infantería y el desarrollo de armas de fuego, se acumularon sobre la tradición romana y la de la caballería feudal, preparando el gran salto a la pirobalística y los ejércitos de masas. Naturalmente, las nuevas propuestas fueron posibles en la medida en que las ciudades generaron buenos tecnólogos y artesanos. Así, por ejemplo, las nuevas armaduras blancas necesitaron diminutos tornillos y fijadores de precisión que solo podían fabricar artesanos cualificados que adquirieron práctica a partir de la manufactura de artefactos bélicos. Los conocimientos adquiridos fueron especialmente útiles en tanto que pudieron reaplicarse en maquinaria de uso civil y, como consecuencia, la manufactura bélica estimuló, de manera directa e indirecta, el conjunto del sistema productivo. Al mismo tiempo, las sociedades europeas manifestaron una gran capacidad para generar hábitos y mecanismos que permitieron integrar y desarrollar, también en clave militar, los más diversos aspectos tecnocientíficos.

Lansquenete con su mujer. Grabado de Daniel Hopfer (1470-1536). La infantería mercenaria suiza y alemana cobró un gran protagonismo en los campos de batalla de finales del siglo XV y principios del XVI.

Monarquías poderosas, cortes precoces, ciudades efervescentes, mercaderes activos, religiosos escépticos, ejércitos inquietos, imprentas comunicadoras, científicos curiosos… configuraron paisajes con muchas potencialidades que, oportunamente catalizados por los renacentistas italianos, dieron paso a un imparable desarrollo técnico y científico que potenció el arma más potente de Occidente: el conocimiento. Y tal suma de circunstancias no se dio en otros lugares del planeta.

El caso de la pólvora y sus diversas utilizaciones fue uno de los más significativos. Según parece, la pólvora ya la usaban los chinos desde el siglo X con finalidades militares. No están claros los artefactos utilizados, aunque parece que había recursos asimilables a la cohetería, seudogranadas de mano y tubos de disparo. En cualquier caso, la pólvora siempre fue un recurso complementario en los dispositivos militares chinos. Los entornos musulmanes también conocieron la pólvora, probablemente a partir de los chinos, sin embargo, tampoco fueron capaces de optimizar su uso militar. En contraste, la actitud de los europeos fue muy distinta, ya que durante la primera mitad del siglo XIV la pólvora comenzó a utilizarse en cañones para disparar proyectiles. Lo que resulta más sorprendente es, precisamente, que durante el siglo XV hubiera en Europa una experimentación sistemática respecto a las posibilidades bélicas del compuesto, y dicha inquietud no se dio ni en los países islámicos ni en China. Quienes prospectaron con más ahínco las posibilidades de la pólvora fueron los europeos. Los turcos utilizaron a mediados de esa centuria la artillería contra Constantinopla, pero los fundidores de cañones y los artilleros, es decir, quienes acumulaban y tenían el conocimiento, eran mercenarios europeos al servicio de los otomanos.

Batalla de Morat (hoy en el cantón suizo del Vaud), de 1476, según un grabado de la *Crónica Stumpf*. En este combate, los piqueros y lansquenetes suizos vencieron a los hombres de armas borgoñones.

A principios del siglo XVI, Europa había entrado plenamente en la revolución pirobalística. Uno de los problemas interpretativos del proceso consiste precisamente en explicar porqué los europeos se convirtieron en líderes en cuanto a uso militar de la pólvora. Al respecto, podría argumentarse, como hemos indicado, que el entorno turco otomano también fue competente en cuanto a la gestión de la artillería. Sin embargo, no fueron los turcos los que, aprovechando sus saberes militares, se expandieron hacia América o Extremo Oriente, cuando, sobre el papel, quizá tenían posibilidades y recursos tecnológicos para hacerlo.

Respecto a esta problemática histórica, las hipótesis están muy abiertas. Una línea argumental consiste precisamente en sostener que los europeos dieron el gran salto del siglo XVI gracias a su violenta cultura militarista. Así, mientras otros pueblos utilizaban la pólvora en fuegos artificiales, los europeos se dedicaban a ensayar cañones. Y en la misma línea podría extrapolarse la argumentación concluyendo que la moderna civilización europea fue, en definitiva, la resultante de un contexto belicista de raíz feudal que conllevó desarrollo y prosperidad. Pero tal aseveración es gratuita y exagerada. Ciertamente, durante los siglos XIV y XV, Europa se gestó como potencia militar fundamentada en la optimización de la herencia romana y la cultura de la caballería. Pero esta herencia también debe considerarse en clave negativa, ya que contribuyó a sostener cruentas guerras internas que frenaron el progreso. También es cierto que las expansiones fueron posibles gracias a la supremacía militar, pero ni en clave interna, ni externa, el factor militarista debe considerarse como determinante. La violencia feudal no estuvo en la base del Renacimiento. La preparación del despegue europeo moderno debe entenderse, y explicarse, desde una perspectiva multicausal. La interacción y retroalimentación entre el dinamismo comercial, el humanismo, la revalorización de la herencia clásica, la transformación de las formas políticas, la revolución cultural del Renacimiento y, sobre todo, el desarrollo técnico y científico prepararon a Europa para un gran salto que se dio, eso sí, con el apoyo de los cañones.

Bibliografía

ANGLIM, Simon, Phyllis G. JESTICE y Rob S. RICE: *Técnicas bélicas del mundo antiguo 3000 a.C-500 d.C.*, Madrid, LIBSA, 2006.

BARBERO, Alessandro: *El día de los bárbaros: la batalla de Adrianópolis, 9 de agosto de 378*, Barcelona, Ariel, 2006.

BENNETT, Mathew, Jim BRADBURY y Kelly DEVRIES: *Técnicas bélicas del mundo medieval 500 d.C-1500 d.C.*, Madrid, LIBSA, 2006.

CÉSAR, Cayo Julio: *Comentarios a la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2004.

CONLAN, Thomas D.: *Armas y técnicas bélicas del Samurái (1200-1877)*, Madrid, LIBSA, 2009.

CONNOLLY, Peter: *Greece and Rome at War*, Estados Unidos, Greenhill Books, 2006.

CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, Labor, 1984.

COWAN, Ross: *For the glory of Rome. A history of Warriors and Warfare*, Estados Unidos, Greenhill Books, 2007.

DAVIS HANSON, Victor: *The Western way of war. Infantry battle in Classical Greece*, Estados Unidos, University of California Press, 1989.

DURHAM, Keith, Mark HARRISON e Ian HEATH: *The vikings. Voyagers of discovery and plunder*, Reino Unido, Osprey Publishing, 2006.

FUNCKEN, Liliane y Fred FUNCKEN: *Le costume, l'armure et les armes au temps de la chevalerie* (2 tomos), Bruselas, Casterman, 1977.

GARDINER, R. (editor): *The age of galley. Mediterranean Oeared Vessels since pre-classical Time*, Reino Unido, Conway Maritime Press, 2004.

GOLDSWORTHY, Adrian: *Las guerras púnicas*, Barcelona, Ariel, 2002.

---.*El ejército romano*, Madrid, Akal, 2005.
---.*La caída del Imperio romano: el ocaso de occidente*, Madrid, La esfera de los libros, 2009.

GUILAINE, Jean: *El camino de la guerra: la violencia en la Prehistoria*, Barcelona, Ariel, 2002.

HARRIS, W.V.: *War and Imperialism in Republican Rome 327-70BC*, Reino Unido, Oxford University Press, 1985.

HERNÀNDEZ, Francesc Xavier: *Història militar de Catalunya*, Barcelona, Rafael Dalmau Editors, 2003.

KEEN, Maurice: *Historia de la guerra en la Edad Media*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2006.
---.*La caballería*, Barcelona, Ariel Editores, 1986.

KEPPIE, Lawrence: *The Making of the Roman Army: From Republic to Empire*, Estados Unidos, University of Oklahoma Press, 1998.

LENDON, J.E.: *Soldados y Fantasmas. Historia de las guerras en Grecia y Roma*, Barcelona, Ariel, 2006.

MAALOUF, Amin: *Las cruzadas vistas por los árabes*, Madrid, Alianza, 1998.

MOTT, Lawrence: *Sea Power in the Medieval Mediterranean. The Catalan-Aragonese Fleet in the War of the Sicilian Vespers*, Estados Unidos, University Press of Florida, 2003.

QUESADA SANZ, Fernando: *Ultima ratio regis. Control y prohibición de las armas desde la Antigüedad hasta la Edad Moderna*, Madrid, Polifemo, 2009.

SÁEZ ABAD, Rubén: *Artillería y poliorcética en el mundo grecorromano*, Madrid, Polifemo, 2006.

SIDNELL, Philip: *Warhorse. Cavalry in Ancient Warfare*, Reino Unido, Hambledon Continuum, 2006.

SOUZA, Philip de, Waldemar HECKEL y Lloyd LLEWELLIN-JONES: *The Greeks at war. From Athens to Alexander*, Reino Unido, Osprey Publishing, 2004.

SUN-TZU: *El arte de la guerra*, Madrid, EDAF, 2000.

WARRY, John: *Warfare in the classical world*, Estados Unidos, University of Oklahome Press, 2006.

nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de la... GUERRA ANTIGUA Y MEDIEVAL

F. Xavier Hernàndez
Xavier Rubio Campillo

Descubre el fascinante mundo de la guerra antigua desde la Prehistoria hasta el siglo XV: el paulatino progreso en el uso de las armas, el desarrollo de la tecnología militar y su evolución táctica y estratégica

Tomando como punto de partida el enfrentamiento entre grupos de homínidos o los rastros de combates hallados en las pinturas rupestres, este libro analiza la evolución de los ejércitos, el empleo de armamento y el desarrollo social de los pueblos desde la perspectiva bélica. Así, presenciaremos como van apareciendo en Sumeria, Egipto, India, China, Centroamérica, Asiria… sociedades con ejércitos jerarquizados para defender su espacio o para crecer a expensas de sus enemigos.

Con total rigor histórico, los autores –apoyándose fuertemente en el gran contenido gráfico del libro– han logrado explicar de una manera muy asequible y ágil, la organización de los ejércitos, el impacto de la herradura, la aparición de nuevas razas de caballos fuertes, el uso del estribo y las sillas de montar, el desenvolvimiento de los piqueros, de los almogávares, de los ballesteros, de los arqueros y el surgimiento de las primeras armas de fuego.

Esta obra es, sin lugar a dudas, imprescindible para comprender la Historia, pues esta siempre ha sido movida y escrita por los innumerables conflictos entre los pueblos desde el principio de los tiempos.

BREVE HISTORIA
www.brevehistoria.com

Hazte amigo de Breve Historia en Facebook

Visita la web y descarga fragmentos gratuitos de los libros, participa en los foros de debate temáticos y mucho más.